

(1994)

AJMÀTOV ascendía por una leve vertiente cercana al río Hron —afluente del Duna que ya se veía a lo lejos—, cubierta de robles y matorral bajo cuando sintió un golpe seco en la espalda, comprendiendo de inmediato que había sido alcanzado por una bala. El proyectil le había atravesado el pecho de parte a parte, extendiendo por su cuerpo un dolor agresivo y punzante que avanzaba como una ola de calor, abrasando y saturándolo todo a su paso. No pudo ver a su oponente. Realizó un esfuerzo sobrehumano para controlarse y se dejó caer pesadamente, rodando entre los helechos y la nieve durante una veintena de metros, evitando un posible segundo impacto que podría haberle resultado fatal. El cabrón que había disparado no andaba lejos. Llevaba caminando un buen rato desde la carretera que subía de Stúrovo con dirección al puesto fronterizo de Esztergom en Hungría. Las instrucciones que había recibido le permitirían haber tomado contacto con el agente francés que se encargaría de llevarlo hasta Viena.

Paisaje nocturno en gris oscuro, plumizo, opaco como una mortaja que cubría en silencio una muerte anunciada. La reunión estaba prevista para aquella noche, en una casamata que había servido como cambio de agujas de la línea abandonada del ferrocarril. Apenas a cincuenta metros podía divisar la silueta compacta donde debería estar su contacto, y recordó las luces del puesto fronterizo que con tanto cuidado había tratado de evitar. Una graja aleteó precipitadamente, cerca, alejándose entre los árboles en vuelo raso y levantando una fina capa de nieve a su paso; la misma nieve que quemaba su mejilla derecha; la misma nieve que recibiría las lágrimas que comenzaban a brotar de sus ojos, bajando lentamente, siguiendo rutas prefijadas a lo largo de los surcos que dibujaban las arrugas de su cara. Decidió entornarlos con cuidado, evitando en lo posible la luz de la luna y su reflejo en la alfombra de nieve. Vagamente recordó las recomendaciones de su instructor en Sajalin: “los muertos siempre tienen los ojos abiertos y están quietos”. Miró su reloj: las 22,30, el frío de la noche llenaba sus pulmones encharcados. No había escuchado el disparo, tal vez un silenciador en un arma larga.

Mientras aferraba con la mano derecha las cachas de madera de su vieja Makarov, atisbó por el rabillo del ojo derecho el suave vaivén de las ramas que se movían, arriba, contrastadas con la luna, el cielo gris y la cuesta infinitamente blanca por la que se había deslizado tras encajar el disparo. Hacía un rato que no nevaba. ¿Qué era lo que había fallado? Su mente se sumergió en los recuerdos de años pasados, recalando en la imagen del pequeño Misha correteando entre los árboles, de día, seguido a corta distancia por Kamut, la perra alsaciana, en el bosque de abedules cercano a la dacha. Tiempos remotos. Sus oídos percibían el leve crujido, magnifi-

cado, de las ramas, y maldijo en silencio la necesidad de seguir tendido en la nieve, lejos del Lada y en una que no le dejaba ver si se acercaba alguien. Esperaría a tenerlo cerca.

Bertrand —su contacto— no le había gustado desde el principio pero era la única carta que podía jugar tras haberlo agotado todo. Los franceses ya se la jugaron cuando lo de Katerina. Ahora resultaba tarde para hacer nada más. Sin raíces la decisión había sido sencilla de tomar. Nada le ataba ya.

Los segundos de espera se hicieron interminables.

Crujidos de calzado pisando nieve, y bajando; suaves al principio, nítidos al fin. El tacto de la pistola le animó a seguir tumbado, y quieto, a la espera, con los ojos bien abiertos y enfocados sobre un pequeño tocón ramoneado por el viento y la intemperie. Si todo salía bien pronto estaría en el coche y con un poco de suerte podría conducir el tiempo suficiente como para llegar a Stúrovo, no parecía haber perdido demasiada sangre.

El sonido era ahora más cercano y al cabo comprobó lo que suponía, que sólo era uno. Zapatos occidentales junto a su cara en el mismo instante en que accionó el gatillo de la pistola, ... nada. Sintió, o creyó sentir, un escalofrío mientras era movido bruscamente; el hombre buscaba algo y Ajmàtov sabía lo que era. Lo encontró en el bolsillo del anorak, en la cajita de las pastillas de cafenitrina. Mentalmente sonrió de forma lastimera; un microfilm resulta reconocible a simple vista pero nunca se sabe si su contenido es fiable hasta que no se visiona. Vieja trampa de perro viejo que al parecer iba a surtir efecto.

Arrastrado por los pies a través de la nieve, originando un profundo surco, se dejó hacer, tampoco podía impedirlo. Hacía un rato que no sentía las manos, ni las piernas, sólo la cabeza. Quiso cerrar por completo los ojos pero no pudo; una especie de fuerza hostil se lo impedía, como si el destino siniestro al que se dirigía se hubiera empeinado en que lo viera todo, y volvió a recordar las vagas palabras de su instructor en Sajalin.

El movimiento cesó por completo cerca de la ribera, entre unos juncos que sobresalían del hielo a duras penas, secos por el frío. El hombre que lo había arrastrado se alejó unos pasos. Tres culatazos, el grave quejido del hielo al romperse, sonido de agua, ... y otra vez pasos. Retornó con decisión, y con fuerza le arrastró de nuevo durante un corto trayecto hacia el agujero abierto en la dura capa blanca que cubría el Danubio en aquel lugar.

Frío. Pobre luz de noche mortecina que se desvanecía para engullirlo en un cieno líquido que lo absorbía todo. Apenas sintió nada. Una lóbrega penumbra le acogió bajo el hielo. Luces ambarinas de una vida cargada de ilusiones frustradas que se reflejaban en el hielo. Por unos momentos siguió pensando en su vida pasada, mientras se hundía; en los errores cometidos, en sus amigos, en Misha y en Katerina,

sobre todo en Katerina. Estaba perdido, el trabajo cuidadosamente elaborado durante varios años se había quedado en un pobre guiño al enemigo. Ni siquiera la cabeza...

“Igor, cuida de Misha”

(1995)

LA noche había sido gélida, y el frío le había obligado a esconderse en las inmediaciones del Skála-Metró; allí había pasado lo más crudo hasta que el servicio de vigilancia de los grandes almacenes había dado con él. «Ser un jodido mendigo tiene sus ventajas», pensó con alivio tras haber evitado caer en las manos de la policía a cambio de unos cuantos empujones y patadas. Había caminado durante largo tiempo con dirección al túnel de salida de agua del balneario Széchény, conocía bien el camino y llegó sin dificultad a pesar de que la precaria luminosidad que levitaba sobre la ciudad a horas tan tempranas impedía una correcta visibilidad, y la nieve, que cubría los suelos adoquinados y las calles, una buena estabilidad; pensó también en la necesidad de buscarse unas nuevas botas porque las que llevaba no tenían visos de aguantar mucho más.

Al amparo de la oscuridad había atravesado el Castillo, para meterse hasta el interior mismo de la red de desagües; otro poco más, esta vez ayudándose de una vela que debería ser sustituida en breve, al igual que las botas, y por fin localizó las escaleras enmohecidas y desgastadas de la época de los Habsburgo. Se animó a bajar con mucho tiento, agarrándose a las aberturas y rendijas que ofrecía la vieja mampostería de las paredes para evitar dar un trompicon que acabaría con sus huesos en el fondo del pozo que aparecía, ahora, iluminado ligeramente por la luz zenital que provenía de la herrumbrosa reja que separaba el colector de la calle. A lo lejos se escuchaba el sonido del agua del río golpeando ligeramente las paredes interiores del colector, y también el rumor de las ratas de Budapest buscando comida o cobijo, al calor del desagüe del balneario que durante el día permitía que la gente bien y los turistas jugaran al ajedrez dentro de las piscinas y termas. Se encontraba a unos siete metros de la salida.

Aquella poza ofrecía el suficiente calorcillo como para tomar un baño a una temperatura agradable; le hacía falta, en la calle hacía un frío de mil demonios y llevaba varios días amontonando porquería sobre su huesudo cuerpo. El balneario abrevaba el río por dos sumideros, pero él prefería este donde el agua era limpia, el general la enturbiaba pues llevaba también la mierda que salía del balneario, lo que le daba un desgastado aire insalubre. Budapest no era una ciudad sucia como Varsovia, pero como tantas otras ciudades gustaba de evacuar sus inmundicias y basuras precipitándolas al río, donde se perdían y oscurecían de forma irreparable la misma superficie que immortalizara el joven Strauss, en su vals, «claro que era otra ciudad

desde donde se veía, y otro río», no aquel que en primavera ofrecía un tono pardo nada apropiado a la degustación de la belleza de sus aguas desde los innumerables puentes que unían las dos poblaciones hermanas de Buda y de Pest.

Se afianzó en la repisa de piedra y se agachó quitándose con mucho trabajo los harapos con los que había pasado la noche, y el día, y sintió el frío entrando en los pulmones a través de los poros de su piel, mientras observaba a su alrededor con cuidado por si divisaba algún roedor demasiado hambriento y con talante agresivo, que los había, y del tamaño de un conejo. La bóveda devolvía los ecos que producía el agua al chocar contra las piedras centenarias. Las ratas se encontraban lejos, en el interior de la red de túneles, alejadas de la frialdad cercana al río y la luz del día, donde el agua tibia les permitía aguantar el frío invernal. Desde arriba, a través del tragaluz, caían goterones fríos que chapoteaban ruidosamente al contacto con el contenido de la poza y que él evitó con cuidado mientras buscaba un lugar plano donde agacharse.

Avanzó un poco más, pegado a la húmeda pared, y al tocar el agua dio un respingo. Introdujo lentamente los pies en la charca evitando caer al fondo lleno de porquerías sólidas que se amontonaban visiblemente desde su superficie. El lugar ofrecía espacio suficiente como para poder sentarse, aunque no lo hizo por precaución. Las ratas, siempre las ratas; uno no podía fiarse como tampoco de los humanos que pululaban como ellas por el interior de la vieja ciudad buscando en el fondo lo mismo: aquello que otros tiraban. Enfrente, el pequeño túnel de salida mostraba el hielo blanco, ahora azulado y violeta, que cubría la superficie del Danubio y que le recordó el mármol blanco que decoraba el salón del Ayuntamiento en el que durante tanto tiempo había servido como funcionario.

Aquel recuerdo le trajo otros, más agrios, teñidos por el odio al viejo sistema que había hecho de la delación y la insolidaridad, su razón de ser. Los tiempos habían cambiado, pero para él ya no tenían ningún sentido. Una falsa acusación de pensamientos liberales y a la puta calle. A nadie se le ocurrió pensar que era bueno como funcionario y que su lealtad al sistema había sido modélica aunque no creyera del todo. Putos rusos... Recordó el viejo chiste que decía de Hungría que era el país más largo porque los rusos habían entrado y todavía no habían encontrado la salida; habían salido, sobre el papel habían dejado a Hungría tranquila, pero lo cierto era que en el fondo seguían estando allí, en cada uno de los viejos esquemas que impregnaban, todavía, el talante y la forma de hacer de los húngaros. Sin trabajo, su mujer no quiso saber nada de él, y sus hijos menos, y más conociendo que el compañero sentimental de mamá les podría nutrir bien la despensa de embutidos y chucherías sacadas del estraperlo por unos cuantos forints. Íntimamente pensaba que aquel hijo de puta de Havel, el eslovaco, le había denunciado para quedarse con todo lo que tenía, que siendo sincero no era mucho, y pensó en su mujer y en la tienda de bragas y su-

jetadores que había regentado hasta que decidió quitarse las propias para mejorar su forma de vida. Le deseó suerte, como siempre lo había hecho; por mal que les hubiera ido, todos, ella, los chicos y él mismo, se merecían algo mejor, y él lo había encontrado en las calles.

Entornó los ojos tratando de ver el cielo de la ciudad de Budapest a través del enrejado que cerraba el techo de la bóveda. Se atusó la abultada barba gris y sumergió las manos en el agua templada que le llegaba casi a la cintura. Se mojó la cara y sonrió: a pesar de los pesares era un hombre feliz. El ruido del agua, y el movimiento de su cuerpo generaban multitud de sonidos que retumbaban a lo largo de las galerías y la bóveda, estaba solo y quería seguir estándolo mientras se despabilaba. Volvió a introducir las manos y tocó algo que en un principio le pareció una piedra. Palpó y comprobó que era una bota; tiró y descubrió que todavía estaba colocada en la pierna izquierda de su propietario. Con la mano derecha sujetó su presa mientras tiraba con fuerza de él. Estaba atascado entre unas ramas viejas que afloraban en la superficie de la poza. Se armó de valor y saltó con cuidado hasta sostenerse a duras penas entre las porquerías y detritus que decoraban el fondo, mientras el agua le llegaba al cuello. Tiró de nuevo del cadáver hasta soltarlo para acercarlo después a la repisa, y lo depositó allí mientras buscaba el comienzo de la escalera que le llevaría a su lado.

El cuerpo correspondía a un hombre de unos cuarenta y tantos, tal vez cincuenta, rubio, y que parecía ruso blanco. El anorak occidental que vestía —de buena calidad— borboteó aire mientras le daba la vuelta sobre las piedras; encontró la herida y comprendió entonces que los que le habían matado tenían prisa: el anorak había hecho de flotador. La corriente había realizado el resto.

Hurgó en los bolsillos y comprobó que estaba limpio. Su muñeca todavía llevaba el reloj, pero sería peligroso quedarse con él, empero se quedó con el anillo. Le abrió los labios y descubrió un incisivo de oro. Se secó la mano como pudo e intentó arrebátárselo por las buenas, abriendo del todo la dentadura, haciendo palanca con su navaja y rompiendo algunos dientes antes de que cediera. Pensó que no era cristiano aquel proceder y agarró la pieza con sus dedos —una buena funda podía valer mucho, magullada menos—. Con sorpresa sintió cómo el diente obedecía ante la presión y se soltaba dejando sobre su mano mojada otra pieza, de aluminio, de apenas tres milímetros de diámetro y cinco de alto que se alojaba directamente en el hueso. Sintió miedo. Lo que tenía a sus pies era el cadáver de un espía, o de algo peor, podría ser del propio KGB, la policía o las abundantes familias que dominaban la capital y que gustaban de pasearse en sus lujosos vehículos occidentales. Aplastó el anorak hasta quitarle el aire que aún tenía y lo introdujo otra vez en el agua escrutando cómo la sombra se desvanecía paulatinamente hasta tocar el fondo. De nuevo tuvo conciencia del frío y decidió, con el diente, el cilindro y el anillo en su mano, que lo

mejor sería vestirse y volver a enturbiar su mente apurando las últimas gotas de slivovitz que le quedaban.

Desanduvo el camino que le había llevado hasta allí, abandonando el refugio que le ofrecía la bóveda del colector, mientras el sol lo hacía en el horizonte brumoso de la ciudad.

(1995)

En el “Salón Azul” los asistentes a la reunión buscaron sus armas mientras se parapetaban tras la mesa ante lo que era una perfecta emboscada. Los guardaespaldas buscaron a sus jefes y formaron un cinturón alrededor de la puerta de entrada del reservado. Alguien del interior gritó:

—¡Ha sido ese hijo de puta!

Varias sombras negras, embozadas en pasamontañas y con subfusiles y fusiles en las manos avanzaban por la escalera principal mientras cambiaban y sustituían los peines de sus armas, agotados en las primeras plantas. Uno de ellos llevaba una granada en la mano.

Avanzaron por el largo pasillo, en formación de ataque, perfectamente coordinados y atentos a cumplir con la misión que se les había encomendado. La granada de mano recorrió los metros que separaban al grupo asaltante de la puerta de doble hoja que cerraba el reservado. Una segunda, lanzada desde un lanzagranadas adosado a un fusil automático, buscó hueco tras la explosión de la primera y acabó contra uno de los dragones, esparciendo fuego y metralla. Los hombres que todavía se mantenían en pie, repelieron con fuego de subfusiles y pistolas ametralladoras al grupo asaltante mientras eran abatidos. En el piso inferior el joven se sentía indefenso, anonadado, superado por la situación que estaba viviendo y gritaba agudamente para evitar el miedo que le atenazaba el corazón mientras su cabeza desataba una onda expansiva de una fuerza descomunal.

Aquella violenta emisión de energía habría bastado para terminar con una manada de elefantes y se abrió paso entre atacantes y atacados como una ola destructiva que buscaba un objetivo preciso en el último piso, en el interior del apartado en donde había tenido lugar la reunión. La potente descarga arrasó todo rastro de vida en el interior del “China”. Astillas nerviosas se desprendieron a velocidad de vértigo; una fuerza centrífuga desgarraba tejidos surgiendo desde el hipotálamo, avanzando con dirección al hueso, rompiendo meninges, circulando libre de trabas a lo largo de la columna vertebral, destrozando conexiones, separando uniones, sembrando la muerte nerviosa.

(1996)

Se había duchado y preparado para comenzar su primer día de trabajo tras varios días en la capital. Primero la visita a L'Espoir Café, la pequeña cafetería de la esquina, para degustar el café y el diario, como todos los días, charlando durante un momento con Silvie, la propietaria, hasta las ocho y cinco, momento en el que se perdería por las calles hasta llegar a la boca del metropolitano, en Pigalle.

—¿Eres el amigo de Nigel y Sally?

—¿Se nota? —había contestado sonriente.

—¿Que eres extranjero o que eres el amigo de esos dos tortolitos?

Lo cierto es que no pretendía parecer que no era alemán: su estatura, su pelo rubio y el terrible acento con el que entonaba un francés muy bien aprendido no dejaban lugar a dudas. También esperaba que le reconocieran como el amigo extranjero de Nigel y Sally, pero no con aquella amabilidad.

—Me llamo Christo... —había dicho.

Recogió el diario y se encaminó hacia la cafetería. La mujer morena que atendía la barra y la cocina le saludó cariñosamente como en los anteriores días.

—¿Comienzas hoy en el museo? —preguntó sin dejar de hacer cosas.

—Por fin —contestó él con amabilidad y un cierto punto de tristeza por la nueva situación.

—¿No quieres comer algo? el trabajo en el centro desgasta a cualquiera.

Se quedó en la barra aunque en un principio tenía la intención de sentarse en una de las mesitas del fondo como había hecho los días anteriores.

—No, gracias, he desayunado arriba.

Observó de nuevo el local, acostumbrándose al entorno en donde debería desenvolverse. Siempre que llegaba a una nueva ciudad obraba de igual forma. L'Espoir Café era una cafetería pequeña, mantenida inmaculadamente pulcra por su dueña, una francesa morena, de pelo negro y ojos marrones. El lugar era confortable. Al fondo, sobre las mesas, una televisión permanecía encendida mientras los dos individuos que desayunaban la miraban embobados.

Un hombre pequeño, de unos treinta y pocos, acababa de entrar y se situó justo a su lado, tomando asiento en una de las sillas altas que flanqueaban la barra de madera. Silvie comenzó a trajinar con la cafetera mientras se desdoblaba intentando cumplir pronto con su cometido, como si esperara que en breve —como iba a ocurrir— se llenara la cafetería.

—¿Café y croissant?.

El hombre bajito asintió y comenzó a charlar con ella sobre cosas banales, como había hecho los días anteriores; parecía franco en sus comentarios llenos de cariño y dulzura para con Silvie, y sin querer se lo imaginó como el perfecto agente de una de esas novelas en las que los individuos que guardan grandes secretos se muestran discretos y cercanos con las personas que les sirven de cobertura y a las

que quieren y respetan. Pensó que tal vez en aquel local tenía lugar, sin que nadie tuviera conciencia de ello, una lucha desigual entre fuerzas oponentes, y que el hombre bajito, era en realidad un agente de un servicio extranjero, de los buenos, disciplinado y capaz, que alejaba con su presencia el peligro, tal vez en forma de chica joven, con mochila y novio en provincias, habladora y desgarbada y que buscaba en la amabilidad de Silvie la perfecta fuente de información.

Como leyendo sus pensamientos, el hombre pequeño le miró, y después al periródico. Por un instante atisbó los ojos verdes del individuo y percibió algo extraño. Rehuyó la mirada y se concentró perdiéndose entre las páginas del diario. Ante la taza de café humeante comenzó a ojearlo centrándose en la sección de cultura, en un artículo a doble página y con profusión de fotografías en el que se mencionaba el proyecto de ingeniería y arquitectura que el canadiense Gehry estaba realizando para una ciudad española por encargo de la Fundación Guggenheim. Poco a poco fueron llegando más clientes y el ambiente se volvió más vivo. Parecían personas sin grandes historias, o tal vez con ellas, pero que las sobrellevaban con la tranquilidad propia de la gente sencilla. El presentador del noticiario matutino que aparecía en la pequeña televisión dio paso a unas imágenes en las que los bomberos se afanaban en apagar un fuego que había destrozado el edificio número 79 de la calle Rennes, de noche. Al parecer una explosión en los pisos superiores había desatado una catástrofe que había sepultado al menos a siete personas. Había ocurrido alrededor de la mitad de la madrugada. Después pasó a la información internacional, con la consabida mención a la guerra en la antigua Yugoslavia. Todo seguía igual en la vieja Europa. Un individuo pulcramente vestido y con la cabeza rapada entró en la cafetería para mirar en su interior. Tras el breve repaso a la docena de clientes que ya se encontraban allí, salió durante un instante para volver acompañado de otro hombre, muy bien vestido y enfundado en un abrigo de piel de camello de color canela.

Apuró el café y se despidió de Silvie. Al salir se cruzó con un hombre quieto en el dintel de la puerta acristalada quien le miró brevemente mientras el calvo se acercaba a la barra.

Dejó detrás a los hombres y mujeres que recalaban en L'Espoir Café antes de integrarse a sus respectivos puestos de trabajo.

Caminó por las calles heladas mientras la luz del día iba supliendo a la que surgía de las farolas que poco a poco se apagaban. Había abundante tráfico a pesar de que las calles todavía estaban cubiertas por una fina capa de hielo y nieve, y mientras avanzaba, y se abría paso entre la gente apresurada que se movía de aquí para allá, reconstruyó los últimos momentos vividos en Nottingham y se lamentó de no haber sido lo suficientemente valiente como para habérselo dicho todo y haber acabado con el asunto de una vez por todas. La quería, y demasiado.

Pensó en la porquería que era su vida, en lo poco que podía ofrecer, en las mentiras sobre las largas ausencias, en su pasado, en su mirada... La quería, y ese era el jodido problema.

Cruzó las calles en un trayecto memorizado que le llevaría a la estación de Pigalle, y los recuerdos volvieron a apresarlo. Tenía la sensación de haber obrado bien y sin embargo aquello le dolía muy dentro. Intentando evitar hacerse más daño buscó algo con lo que recuperar la compostura y comenzó a contar viandantes que vistieran ropa verde; aquella estupidez le ayudaba desde niño a olvidar, siquiera un momento, los fantasmas que le asaltaban de vez en cuando. La quería y no debía haberse involucrado tanto. Había cometido un error y lo estaba pagando bastante caro.

Una vez en el interior de la estación de metro buscó la línea doce, la que le llevaría hasta Concordia, lugar en donde debería realizar un transbordo a la línea uno con dirección a Palais Royal y Louvre. Su primer día de auténtico trabajo en París. Compró el pase mensual y memorizó la situación de cada uno de los vagones con respecto a la estación, eligiendo el segundo. Una vez dentro se fijó en la gente, tratando de acostumbrarse a sus miradas, a sus olores, a sus caras. Mujeres de diferentes edades, hombres cortados por el mismo patrón, nada que hiciera a los habitantes de París diferentes de los de Londres, Madrid o Berlín. En Saint Georges se subieron cuatro estudiantes: tres jóvenes de unos veintitantos y una muñeca asiática de idéntica edad que mantenía una animada discusión sobre Descartes con sus compañeros; también subió al vagón un hombre ceniciento, gris, «el perfecto funcionario» —pensó— y dos mujeres más, maduras, con aire de proletarias a la vieja usanza. En Lorette bajaron las dos mujeres y cuatro hombres de los que ya estaban sentados en Pigalle, quienes maquinalmente, como siguiendo una pauta coreografiada y durante mucho tiempo utilizada, doblaron sus respectivos periódicos y recogieron sus Carteras y gabardinas o abrigos. Subieron dos chicas jóvenes y un muchacho con síndrome de Down que le miró fijamente, situándose muy cerca del hombre gris, el que tenía aspecto de funcionario, tras él subió otro muchacho que parecía enfermo y que tapaba su rala cabellera rubia con un gorrito de lana de rayas azules y blancas sobre sus ojos grises. Tosió por un momento tapándose la boca y excusando con los ojos la mirada agria que le lanzó el funcionario gris mientras el muchacho con síndrome de Down les observaba perplejo desde su asiento.

En Trinité se apearon los estudiantes y no subió nadie al vagón. En Saint Lazare se bajó apresuradamente el hombre gris mientras doblaba en cuatro el periódico que había ocultado su cara durante todo el trayecto —salvo el breve intercambio de miradas con el joven de aspecto enfermizo—, y cinco adolescentes se sumaron al convoy. El muchacho con síndrome de Down le miraba ahora, con su boca entreabierta. Tenía una mirada cálida, comprensiva y limpia; vestía de forma decentada y con ropa muy bien conjuntada, como si la responsable de su cuidado pusiera mucho in-

terés en que pareciera normal —supuso que sería una mujer la que le cuidaba porque los hombres no suelen pensar en esas cosas—. Llegaron a Concordia tras pasar por Madeleine, y dejó atrás a los ocupantes del segundo vagón del convoy de las ocho y trece. Se dejó arrastrar por la marea humana y buscó la línea uno. Realizó la misma operación que en Pigalle y se montó, también, en el segundo vagón. Nada de particular, nueva gente, nuevas subidas y nuevas bajadas. Tulleries y por fin Palais Royal. Ascendió a la superficie sumergido en el torrente humano y festejó la luz matutina que ya embellecía un París nevado que se abría al nuevo día. La imponente mole que suponía el museo más famoso del mundo llenó su campo visual.

El Museo del Louvre era una construcción renacentista propiciada por el rey Francisco I que fue restaurada, completada y variada durante los siglos posteriores y que descansaba sobre una edificación de carácter defensivo que mandó levantar Felipe II el Augusto en 1190. Dejó a un lado la enorme pirámide de metal y cristal diseñada por Pei y que hacía poco había inaugurado los eventos del segundo centenario del museo, para encaminarse directamente al pabellón Richelieu —anteriormente sede del Ministerio de Finanzas— enfrentados al Denon. Tras presentar sus credenciales de estudiante adscrito al Programa Buonarroti de la Universidad de Milán, atravesó los patios interiores, subiendo escaleras, entre infinidad de esculturas que estaban siendo cuidadosamente limpiadas por un tropel de hombres y mujeres del servicio de mantenimiento y limpieza. Un ujier vigilaba las operaciones desde lo alto de la escalinata principal.

—Bienvenido señor Nolte —Lacoste le recibió en su despacho.

Tomó asiento y presentó de nuevo sus papeles.

—Lamento anunciarle que su valedor, el doctor Racinet no podrá verlo hasta mañana, ayer tuvo que marchar a casa temprano, se encontraba indispuesto y me rogó pospusiera la reunión.

Ya lo sabía, Christo había hablado la tarde anterior con el propio Albert Racinet, pero obvió la conversación como le había pedido el director de su tesis, por lo que mostró cierta sorpresa fingida y departió tranquilamente con Lacoste sobre los elementos de formulación de su tesis doctoral.

—Es usted muy joven para abordar un estudio de estas características y profundidad —se levantó y con aire solemne se acercó a la enorme cristalera que tenía detrás de su escritorio.

Lacoste era un hombre de unos cincuenta y tantos años, iba inmaculadamente vestido y presentaba la típica barriga de buen comedor, ajustada por el chaleco de hilo del mismo color gris oscuro que la chaqueta. Ojos marrones, abultados y miopes que se ocultaban vidriosamente tras unas gafas de pasta. El pelo, lacio y peinado para tapar la calva, era de color gris amarillento, tal vez por el exceso de brillantina. Lacoste podía muy bien haber sido uno de los personajes de Tintín, tanto por el as-

pecto como por las formas excesivamente cordiales que mostraba, y la gran cantidad de caspa que decoraba las hombreras de su chaqueta.

—El doctor Racinet es uno de nuestros mejores expertos e intuyo que ha realizado usted una buena elección en él para dirigir su tesis doctoral.

—La fama del señor Racinet...

—Sí, ciertamente la fama le precede —le interrumpió—, pero en el fondo donde realmente resplandece su talante y valor es en el trabajo diario. Racinet es un trabajador nato a pesar de que en mi opinión bebe tal vez demasiado —puntualizó este extremo con una ligera sonrisa de desaprobación.

—Sí cree que hay alguien que puede llevar mejor mi tesis...

—No, ¡Dios me libre! En ningún momento he tratado de desautorizar al doctor Racinet, aunque soy persona que piensa que es mejor separar el trabajo del ocio, y que entre ambos es necesario mantener cierto equilibrio —volvió a matizar el comentario con un alzamiento de las pobladas cejas—. Racinet es una bellísima persona y una eminencia en el estudio de la obra de Bernardo Bellotto, sólo que por el puesto que ocupo y por el respeto que me merece la universidad que usted representa, me veo en la obligación de advertirle de ciertas peculiaridades de nuestro colaborador —de nuevo volvió a puntualizar el extremo con otra sonrisa, esta vez un tanto ladina, mientras volvía de nuevo a sentarse, extendiendo los brazos sobre la mesa de nogal.

Resultaba evidente que Albert Racinet no le caía bien a Lacoste y se preguntó si no sería aquello el comienzo de un serio problema para su trabajo.

—¿Cuánto tiempo va a estar usted entre nosotros?

—Tres semanas, después tengo que marchar de nuevo a Londres, de donde vengo —afianzó la afirmación con un gesto rotundo de su cabeza— y tal vez vuelva en el plazo de un mes.

—Bien, bien —se arrellanó en su sillón de una forma desconcertante, moviendo sus brazos hasta que descansaron sobre el pecho, unidos por las manos de las que sobresalían los dedos pulgares que comenzaron a danzar en sendos movimientos circulares y opuestos en sus trayectorias, mientras hablaba de Bellotto y de su actividad pictórica en Varsovia, poco antes de su muerte en 1780.

La conversación duró algo más de veinte interminables minutos en los que a punto estuvo de abrir la boca y quedar como un perfecto payaso. Conocía bien la historia del paisajista urbano Bellotto, y al terminar aquella entrevista también conocía a la perfección el talante engolado y presuntuoso del responsable directo de Racinet.

Se sintió aliviado al abandonar el despacho. Lacoste se movía como por resortes, a golpes, y aquello le ponía nervioso porque le recordaba a un viejo instructor que tuvo que soportar en su adolescencia y de quien no guardaba demasiado buen recuerdo. Esperó no tener que verlo más, aunque dudó de ello.

Mientras degustaba los cuadros de las galerías todavía vacías, volvió a pensar en ella, pero esta vez de una forma más serena. Nottingham había sido la última estación de un viaje en el que había disfrutado como nunca lo había hecho. Ella había comenzado a rehacer su vida y lo mejor que podía hacer él era alejarse todo lo posible. La quería y aunque nunca lo supiera se lo iba a demostrar de la mejor manera que sabía, dejándola en paz. Salió al exterior y se dedicó a pasear por los muelles que daban directamente al Sena, divisando a lo lejos la efigie gótica de la catedral de Nôtre-Dame, en la Isla de la Ciudad, y los puentes. Comenzaba a nevar ligeramente y buscó refugio cerca de la Biblioteca Nacional, caminando brevemente por Tulleries, como haría siempre que sucediera lo mismo.

.....

Retiraron el cadáver ante la atenta mirada de los abundantes curiosos que se arremolinaban en el muro que bordeaba el Danubio y el puente que lo cruzaba. El comisario Hortobágy hizo una rápida llamada a Moscú evitando cuidadosamente seguir el procedimiento reglamentario. Como tantos, todavía, János Hortobágy seguía siendo fiel a los viejos esquemas implantados por Brèznev y denostados por el maricón de Gorbachov. Consciente de que lo que tenía en sus manos eran los restos de uno de los agentes de la vieja URSS, iba a cumplir con lo que se esperaba de él, tal y como le había enseñado la mejor tradición policial de la época del viejo Rákosi.

Balbucente comunicó a su interlocutor el hallazgo y esperó instrucciones. La petición encontró rápidamente respuesta: un equipo especial se dirigiría hacia Budapest desde Kishiniov por vía aérea, llegaría en poco más de hora y media, y sería necesario ocultar el hallazgo hasta su llegada. La misma voz le recomendó mantener el mismo cuidado que él había puesto ya a disposición de la vieja Madre Soviética.

.....

El viaje en avión había sido placentero. Los problemas parecían haberse disipado y ahora dudaba acerca de si había obrado correctamente. El aeropuerto de Heathrow mostraba mucha actividad a aquellas horas. Miró al reloj del aeropuerto y movió las manecillas del suyo hasta actualizarlo. No llevaba equipaje, y por un momento dudó en utilizar su American Express, prefiriendo cambiar los dosmil marcos que llevaba en el bolsillo por libras. La oficina que la Barclays tenía en el aeropuerto parecía un buen lugar.

La señorita que le atendió le solicitó el pasaporte:

—Helmut Wagner, ¿verdad?

—Sí.

La azafata de la oficina bancaria tomó minuciosamente los datos del pasaporte y abordó a Wagner luciendo una preciosa sonrisa blanca:

—¿Pasado mañana cumple años Sr. Wagner? Felicidades adelantadas —Wagner le devolvió la sonrisa y le agradeció cortésmente la felicitación, se le había olvidado.

—Dosmil marcos alemanes, ¿verdad? ¿En billetes grandes o pequeños?

—De todo un poco...

—Como prefiera.

La señorita rellenó el impreso y se lo tendió para que firmara antes de entregarle los billetes y el pasaporte, y después le dispensó el agradable deseo de una feliz estancia en Londres. Firmó y recogió las Libras y los peniques sobrantes, para dirigirse a la salida atravesando el enorme hall, y tras pasar una de las puertas de cristal buscar un taxi que le llevara lejos.

El aeropuerto hervía entre vehículos y pasajeros que iban y venían. Por primera vez en mucho tiempo se sentía perfectamente bien, sin aquella presión que le producía un intenso dolor de cabeza cada noche, antes de acostarse. Lumet le había recomendado un descanso que hasta aquel momento pensó no poder realizar. Era tiempo de descartar los problemas de un mundo que se le venía abajo por entre los dedos, y que le engullía sin remisión. Pronto, muy pronto, podría por fin pensar sin agobios, cerca de las gaviotas que le habían acompañado los dos últimos meses. Iba a tomar una decisión que alteraría la vida de los que le había seguido a pie juntillas durante mucho tiempo y que a buen seguro no entenderían jamás que la decisión de evaporarse había sido personal, y que había necesitado realizarla del modo en que lo había hecho, sin encomendarse a nadie y lejos de la estructura.

Divisó un taxi de color negro que acababa de pararse enfrente, esperó a que se apeara el ocupante, un hombre gordo y fuerte que parecía tener mucha prisa y que a punto estuvo de dejarse olvidado el equipaje. Cuando el conductor se volvió a introducir en el automóvil, se acercó a la ventanilla y le preguntó:

—¿Puede llevarme desde aquí a la costa de Gales?

El conductor sonrió apagando el taxímetro con su manaza, mientras le devolvía una mirada reluciente y una espléndida sonrisa.

—Si tiene dinero y me dice el lugar exacto... desde luego.

—Pothcawl, cerca de Cardiff —Wagner le enseñó varios billetes de 10 libras y abrió la puerta para colocarse en la parte trasera.

—Llegaremos al mediodía señor —el conductor aceleró para salir del aparcamiento, reincorporándose al vial de salida, entre multitud de vehículos, taxis y autobuses que trataban de salir del atestado aparcamiento general del aeropuerto.

—No importa, no tengo prisa.

Avanzaban lentamente bajo una luminosidad bastante impropia de los aires cercanos a Londres. Diciembre en Londres suele aparecer siempre lluvioso, gris ceniza y terriblemente húmedo. El frenazo le devolvió a la realidad cuando una camioneta verde se interpuso en la trayectoria del taxi, obligándoles a situarse en el arcén.

Se apearon dos hombres, y uno de ellos se acercó hasta la ventanilla trasera mientras el otro se quedaba cerca del conductor.

—Sr. Wagner, debe acompañarnos.

El conductor del taxi se quedó perplejo, esperando instrucciones, Wagner sabía lo que querían aquellos hombres y ofreció dos billetes de diez libras al sorprendido taxista.

—No se preocupe, son conocidos. Otra vez será.

—Es demasiado... —el taxista seguía sin salir de su asombro.

—No importa —contestó de forma seca mientras recogía lo poco que había traído consigo.

A medio camino, el hombre que llevaba a su lado le dijo:

—Gracias por ponernos las cosas fáciles.

Había caído en una trampa. Sin protección, sin armas, hizo lo que le pedían y se introdujo entre los dos hombres en la parte trasera del Rover azul que les esperaba delante de la camioneta, y creyó escuchar por última vez el grito de las gaviotas, en el puerto de Pothcawl, y aquello le hizo recapacitar, con un tono amargo, en lo que había ocurrido, saboreando la derrota.

En plena madrugada, la comitiva llegó al viejo edificio cercano a la antigua sede del Ministerio. La nieve caía abundantemente, cegando las luces de los automóviles que comenzaron a pararse en la plazoleta tras el primero, un Mercedes plateado, para continuar después su camino, bordeando el edificio, buscando la antigua entrada, una arcada de piedra con puerta de hierro; a lo lejos el perfil opaco de la ciudad que dormía.

Hortobágy, quien había prolongado su turno de trabajo para recibirlos personalmente, les dio la bienvenida en la puerta principal del vetusto edificio construido al más puro estilo revolucionario, al final de la escalinata grande, bajo las inmensas líneas rectas que definían la fachada gris, saludando efusivamente y con una marcial deferencia al Camarada Kolpov, mientras éste se retiraba la nieve del grueso abrigo que le cubría hasta casi los pies y que molestaba su avanzar pesado a través de los escalones, vigilado de cerca por dos hombres de su guardia personal que le seguían a pocos, metros mirando alrededor.

—Bienvenido Camarada...

Kolpov le miró secamente mientras terminaba de limpiar sus hombreras.

—¿Lo han traído?

—Como nos ordenaron, Camarada Coronel.

Kolpov miró al hombre regordete y de aspecto ladino que tenía ante sí, y con una mirada calculadora que se introdujo a través de los ojos del Comisario Hortobágy, sopesó su integridad. Hortobágy lo notó y dudó por un instante de que

estuviera viviendo aquel momento y no otro, años antes, cuando los hombres del ejército y la policía de la Patria Soviética tenían un rango y una posición que los hacía diferentes a las autoridades húngaras. Kolpov hizo ademán de avanzar y Hortobágy salió abruptamente de su ensimismamiento para adelantársele y abrir de esta forma el paso que les llevaría hasta los sótanos. Los modernos vehículos, tres Ford y una camioneta especial llegados desde Kishiniov por vía aérea, estaban siendo aparcados en la parte trasera, al lado mismo de las dos unidades celulares de los hombres del comisario. Mientras Hortobágy acompañaba al Camarada Coronel Kolpov por los vericuetos principales del viejo edificio, cuatro individuos sacaban de la camioneta una enorme urna de unos dos metros de larga, totalmente cubierta, que reposaba sobre una plataforma móvil, para introducirla en el edificio por una de las gigantescas puertas traseras, bajo la atontada mirada de algunos policías locales. Parecía que conocían a la perfección el camino, como si lo hubieran realizado antes.

El primer grupo de hombres de Kishiniov había llegado a la capital de Hungría a las doce del mediodía; tras inspeccionar el cadáver y hacer las preguntas de rigor habían decidido que lo mejor sería mantener el cuerpo a baja temperatura hasta la llegada del Operativo 3. Fueron momentos de desconcierto. Hortobágy sabía que el asunto en cuestión parecía de la máxima importancia, pero en ninguno de sus sueños habría osado llegar a pensar que su intervención hubiera supuesto la relevancia que el oficial al mando, el Teniente Haggy, le había confirmado que tenía. Aquella certeza le tranquilizó frente a la conciencia traidora de la flagrante transgresión de las normas que había llevado a cabo desde la aparición del maldito cadáver, y que esperaba no levantara ninguna ampolla entre los jefes de su Departamento. Lo cierto era que Hortobágy se las había visto y deseado para conseguir una cámara frigorífica que permitiera congelar el cuerpo a la temperatura que le habían recomendado. La solución la encontró en el Matadero Municipal, a un par de kilómetros del centro de la capital, lugar en donde había descansado el cuerpo del hombre encontrado en el Danubio hasta escasamente media hora antes de la llegada del Operativo 3, eso sí, custodiado por tres hombres de su entera confianza que hábilmente había distraído de sus funciones habituales.

Anatoli Nikolaievich Kolpov avanzaba ahora tras él una vez que dejaron atrás las enormes salas, desnudas, por las que transitaron durante mucho tiempo un tropel de funcionarios, policías, delatores y detenidos. El rotundo y oscuro Oficial en Jefe formaba parte de la cúpula del antiguo Grupo de Kalinin, ahora Servicio M de la CEI; tras la reestructuración del viejo GK, Rusia había cedido en parte de sus pretensiones y había permitido el traslado del organigrama del G2 a la ciudad ucraniana de Kishiniov, cercana a Odessa, dejando en Kalinin el grueso del entramado operativo, mientras el G2 dependía de Kíev. El Coronel Kolpov estaba al mando del Comando de Operaciones Especiales “GENERACIÓN 2” desde hacía 8 años, cuando a la muerte

de su antecesor Yuri Grumenko fue llamado a tomar esa responsabilidad por el propio Tijonov.

—¿Cómo se encuentra el Camarada Volkov?

Hortobágy no obtuvo respuesta salvo una mirada agria que le indujo a callar.

Tras el largo recorrido por el interior oscuro del edificio, los dos hombres y su pequeño séquito comenzaron a descender por pasillos que hacía tiempo no habían sido transitados; por escaleras angostas hasta que llegaron a los sótanos que habían sido habilitados para permitir el estudio forense que sin lugar a dudas se llevaría a cabo en las próximas horas y bajo el más estricto de los secretos, toda vez que ya se hallaba allí el resto de los hombres desplegados desde Kishiniov y la extraña máquina que habían traído, así como el soporte electrónico y varios ordenadores que al comisario le parecieron japoneses por el tamaño, y que fueron situados alrededor de la periferia del sótano donde habría de tener lugar el extraño estudio.

El edificio había sido la sede de uno de los grupos de interrogatorio del antiguo régimen. Una vez concluyó todo, se abandonó, y ahora se utilizaba como infinito almacén de informes antiguos y dossieres sobre la población húngara, en los pisos superiores, amontonados, recogiendo polvo en innumerables hileras de estructuras metálicas, a la espera de su definitiva destrucción según ordenes gubernativas que las viejas tendencias, todavía en uso, se resistían a acatar. Cualquier nombre, cualquier dato, reposaba todavía allí, a la espera de ser necesitado. Hortobágy gustaba de adentrarse en aquel lugar de vez en cuando, para ramonear entre las líneas de los dossieres aquellas informaciones que más tarde utilizaba en sus investigaciones. El sótano rezumaba humedad, y a cada poco se escuchaba el lejano golpear de alguna gotera contra el viejo embaldosado del suelo. La iluminación era pobre y provenía de una única lámpara a más de tres metros de altura, bajo ella, la mesa de metal que sostenía el cuerpo todavía vestido del hombre encontrado en el Danubio.

Olía mal. Hortobágy y Kolpov estaban observándolo cuando se acercó un suboficial médico para recibir la orden de comienzo. Kolpov asintió brevemente y cinco lámparas halógenas se encendieron cegando brevemente al Comisario quien entreceñó los ojos hasta que se acostumbraron al exceso de luz. Dos hombres vestidos con batas blancas comenzaron a desnudar al muerto, sin ningún tipo de cuidado, pero lentamente, rasgando la ropa donde encontraban dificultad para separarla del cuerpo que ya mostraba la rigidez propia de los cadáveres y seguramente acrecentada por la congelación a la que había sido sometido en la cámara frigorífica del matadero Municipal. Otros dos operarios situaron la urna a un metro de la mesa en la que descansaba el hombre encontrado en el Danubio, siguiendo una pauta que seguramente habrían puesto en práctica un montón de veces —pensó Hortobágy—, y se vistieron con monos de trabajo, de color blanco también; después se ajustaron guantes finos de látex como los que el Comisario había visto en las películas americanas,

muy diferentes a los de goma que utilizaba Árpád —el forense oficial— cuando analizaba algún cadáver en el Instituto Forense de la capital. Cerca de la pared, otros dos hombres más conectaban los ordenadores y los disponían para el trabajo que habría de tener lugar entre aquellas cuatro húmedas paredes recubiertas de ajados azulejos grises.

Cuatro gatos hidráulicos alzaron la máquina hasta una altura similar a la que presentaba la mesa de acero en donde descansaba el muerto, y que ocupaba el centro mismo de la estancia de altos techos. Tras la manipulación de unos mandos que aparecían en uno de los laterales de la urna, se abrieron las dos compuertas superiores y una suave luz verdosa surgió de su interior. Con cuidado milimétrico, los encargados del traslado y ubicación del aparato, extendieron sobre la mesa en donde se situaba el cadáver una serie de tubos transparentes, y algunos cables, y los conectaron al hombre muerto por vía intravenosa, en el antebrazo izquierdo, y a los soportes que se situaban en la parte central del mamparo derecho de la máquina. Ni un ruido ajeno a la operación.

Los técnicos sujetaron entonces dos de los electrodos a las sienes del cadáver, y levantando rudamente su cabeza le rasuraron en la base del cráneo con una maquinilla de las que utilizan los barberos, sin ningún cuidado, como antes, dejando al descubierto la nuca y conectando en aquel lugar otro grupo de electrodos y un tubo que desapareció bajo el cuero cabelludo a través de una aguja hipodérmica de considerables dimensiones que sin duda alcanzó el cerebro.

Esperando instrucciones por parte de Kolpov, todo el grupo dejó de trabajar por un instante que se hizo interminable. El Oficial en Jefe del G2 se acercó a la urna con su avanzar pesado, y acarició el cristal, tras ello asintió de nuevo con un movimiento de cabeza, solemne, sin decir palabra y a otro gesto, más liviano, uno de los hombres desapareció por las escaleras. Otro operario accionó entonces un pulsador rojo que aparecía sobre el cofre y un suave zumbido anunció que el sistema comenzaba a funcionar correctamente. Para sorpresa de Hortobágy, una pequeña bomba empezó a bombear hacia el cadáver un líquido transparente, ligeramente viscoso, que tenía por misión reducir la densidad de la sangre del muerto, para que unos instantes después, y a través de otro tubo, la misma bomba comenzara a succionar desde la máquina traída de Kishiniov, hasta que los tubos transparentes se volvieron rojos ante el paso de la sangre del cadáver encontrado en el río. Unos segundos después, y desde la extraña máquina surgió otro torrente sanguíneo en dirección contraria, para perderse en el interior del cuerpo inerte a través de otra aguja clavada en su brazo. Desde la cabeza, el tubo principal se había vuelto verdigris. En un instante, máquina y cadáver formaban un perfecto circuito cerrado en donde entraba y salía la sangre y los fluidos del hombre que yacía sobre la mesa de acero. Hortobágy sintió algo indescriptible pero se mantuvo quieto en su sitio, cerca del Coronel Kolpov.

Volvió el hombre que había desaparecido hacía un momento, con una silla de madera que ofreció a su jefe. El coronel se dirigió al Comisario:

—Le ruego nos deje trabajar a solas.

El húngaro contestó con aire marcial, golpeando los tacones de sus zapatos, ocultando la sorpresa ante las palabras de Kolpov y las ganas que tenía por dejarles completamente a solas y escapar del olor nauseabundo que anegaba la estancia.

—Desde luego, Camarada Coronel.

Hortobágy abandonó la sala y pasó cerca de la urna. La curiosidad le llevó a mirar en su interior, a través del cristal que cubría la parte superior. No pudo reprimir una sensación infinita de asco al descubrir que en el interior de la misma se hallaba un ser regordete y macilento, sumergido en un líquido verdoso, del que sólo se veía la cabeza llena de electrodos, iluminada por luces fluorescentes en los laterales internos. Sonreía y abría la boca llena de pequeños dientes como si estuviera disfrutando mientras movía los ojos, buscando.

El comisario Hortobágy sintió durante un momento una enorme lástima por el cadáver, pero ante la incongruencia de este pensamiento lo abandonó definitivamente y salió de la sala cerrando la puerta tras de sí y buscando el aire fresco de la madrugada en Budapest; se encontraba algo mareado.

(1996)

Se acercó a las inmediaciones de la calle Reaumur y buscó el buzón frente a una farola, cerca del Conservatorio de Artes y Oficios. Había desembarcado la tarde anterior en el aeropuerto Charles De Gaulle hasta donde había llegado desde Viena, donde hicieron transbordo. A primera hora había hablado personalmente con Petrov, por teléfono, para informarle de que viajaba hacia París con intención de entrevistarse con Brodsky; para cuando el viejo descubriera lo que estaba haciendo realmente allí, habría pasado el tiempo suficiente como para tuviera todo solucionado, y en el fondo sabía que Víktor se lo agradecería, aunque jamás llegara a conocer del todo el auténtico objetivo de su viaje.

Encontró la ranura en la pared y situó en su interior un cigarrillo rubio doblado en forma de U; antes de introducirlo entre los ladrillos le hizo tres muescas en el filtro para alertar que se trataba de un oficial de alto rango y que tenía prioridad, estuvo allí quieto durante un corto espacio de tiempo, con el diario bajo el sobaco derecho, después se marchó del lugar como un transeúnte más. Había decidido usar el pasaporte de turista, evitando el protocolo que le habría permitido personarse en la capital de Francia bajo la identidad de un funcionario. Los servicios de seguridad franceses seguían a los integrantes de la embajada rusa con un peculiar celo, la tradición soviética de utilizar sus sedes en el extranjero como lanzaderas de sus agentes, había permitido que la situación se fuera un poco de madre, y ahora, el SFB y el Servicio M

trataban de colocar a sus hombres bajo otros registros menos cantarines. También había tomado una habitación en el Hôtel Alexander, lo que le permitiría pasar desapercibido durante al menos veinticuatro horas. Tras la apertura, eran muchos los empresarios rusos que realizaban viajes de placer y análisis a París. Rusia necesitaba abrir sus puertas a los conocimientos sobre finanzas y empresariado occidental, y aquella necesidad favorecía la integración a la vida cotidiana y cosmopolita de la capital de individuos como él, ante las narices de los guardianes franceses, lejos de Montparnasse, atestado de inmigrantes rusos, como él. Sin embargo, tenía que presentarse ante Eva y aquello le preocupaba ligeramente, por lo que decidió seguir el cauce de la puerta trasera del dispositivo parisino, hasta entrever las posibilidades que se le presentaban

Se dirigió de forma tranquila, paseando, hacia la zona de Rivoli, con dirección al café La Madeleine, seguro de que el AK47 recibiría el mensaje y le buscaría allí. Todos estarían alerta y en sus posiciones, y atenderían su llamada en un espacio de tiempo que esperaba no fuera demasiado largo.

Al pequeño local se accedía a través de unas escaleras. Descendiendo por ellas se encontraba la puerta de cristal y madera que daba paso al espacio lleno de gente que consumía el sabroso café que servían en su interior. Una vez dentro, decidió ojear la edición matutina de *Le Figaro* mientras buscaba una mesa enfrentada a la puerta y cerca de la pared trasera. Aquel era un lugar seguro, entre tanta gente resultaba sencillo pasar inadvertido y tranquilidad era lo que necesitaba. Tras él entraron, para sentarse muy cerca, dos jóvenes que no superaban los veinte años y que se comían con la mirada y los labios antes de reincorporarse a sus estudios o a sus trabajos; ella, una muchacha morena de corta estatura y larga melena, acariciaba las manos de él, un joven de aspecto blanquecino y ojoso, de pobre pelo rubio y que sin duda estaba sufriendo algún tipo de tratamiento químico. Antes de desmenuzar el diario buscó en la página de anuncios por palabras la contraseña que anunciaba los pormenores del día. Allí estaba, entre multitud de pequeños reclamos: “Se vende icono del siglo VII, abstenerse anticuarios o galeristas...”, no había moros en la costa y la situación en París estaba bajo absoluto control.

Leyó la noticia de portada que hacía referencia a la extraña muerte de clientes y trabajadores de un restaurante chino de la zona de Belleville. El articulista mencionaba que había tenido lugar un ataque armado con profesionales bien pertrechados y preparados —según fuentes policiales—, que tomaron el “China” en un asalto definido por un testigo ocular —un taxista— como una operación de guerrilla, al parecer secuela de un ajuste de cuentas entre bandas mafiosas rivales, dado que en el interior del local se estaba llevando a cabo una importante reunión de capos internacionales. No había habido supervivientes entre las más de ochenta personas que se encontraban en su interior y los pocos testigos que se encontraban en las inmediaciones coin-

cidieron en describir los últimos momentos como un enorme fogonazo que surgió del interior del restaurante. Uno de ellos declaró al periódico que pudo escuchar un grito agudo y estridente en el momento en que percibió un tremendo olor a ozono y vio el fogonazo descrito también por los otros testigos. La información le sorprendió, y más cuando leyó los nombres de los cuatro mafiosos mencionados por el articulista.

El primero era un viejo conocido de Igor. Zorba Kanzakis, “Griego”, la cabeza visible, junto a su socio Haralambopulos, de la red de tráfico de armas más eficiente del Mediterráneo y la zona de los Balcanes cercana al mar Adriático, tenía contactos con buena parte de las familias árabes libanesas, a cuyo través llegaban los abundantes arsenales que surgían del propio interior de las tripas del viejo ejército soviético, vía Siria. El GK sospechaba que disponían de algunas cabezas nucleares y que éstas ya estaban en manos de Kanzakis y su gente. Los chicos del Kalinin habían tenido una sucesión de altercados con la gente de “Griego” en las inmediaciones del monte Elbrus, lugar desde donde salían los convoyes repletos de material bélico con dirección a Damasco. Tsvietaiev había negociado personal y directamente con Kanzakis para evitar males mayores y guardaba un recuerdo extraño de aquel hombre grueso de pelo ondulado, negro y repeinado. Otro de los integrantes de la reunión en el China era Arthur Heinkel, su breve historial delictivo al frente de las mafias alemanas —que con la caída del Muro de Berlín hacían negocio a ambos lados de la antigua frontera entre los dos mundos—, originaba que Tsvietaiev le conociera poco; Heinkel traficaba con todo lo que fuera susceptible de ser cambiado por dinero, desde coches occidentales que vendía a sus contactos en Rusia, hasta drogas de diseño que le proporcionaban los polacos desde Nueva York, situación que habría de durar poco porque el GK ya había localizado varios asentamientos desde donde ahora comenzaban a manufacturarse los mismos tipos de drogas sintéticas, en laboratorios propios situados en los territorios más profundos de la antigua RDA. Heinkel mantenía buenos contactos con el Cártel de Medellín y con la familia Zaldívar de México, aunque todo aquello le hacía poco merecedor de pertenecer al concierto en el que le habían pillado.

El siguiente nombre de la lista era otro viejo conocido, André Poitier Kvotchur, “Arcadia”; integrante del “Grupo Menjou” antes de dedicarse de pleno a utilizar sus contactos en la vieja Rusia para beneficio propio, lo que le había llevado a regentar uno de los mayores entramados de trata de carne en toda Europa. Para Tsvietaiev, Poitier era uno de los principales instigadores de la trampa que se tendió a Ajmátov en el 84. Junto a él operaban Castellet y otro agente, Coubert —creyó recordar—, y los tres estaban, a su vez, bajo las ordenes de Gabriel Menjou, un hombre que había desaparecido, sin dejar rastro, del teatro operacional, tras el éxito de aquella maldita operación de desgaste que acabó con el matrimonio de Mijaíl y la vida de Katerina, su

esposa. Poitier y Tsvietaiev se habían llevado bastante mal a lo largo de la etapa operativa del agente ruso. Víktor Petrov —jefe máximo del Directorio del que dependía el GK antes de las convulsiones que habían puesto a Volkov al frente de todo—, tras la muerte de su hija, decidió amparar una operación encaminada a enganchar por los huevos a Poitier y a sus dos hombres de campo. Durante tres años largos Igor buscó, encontró y perdió sucesivamente la pista del “Grupo Menjou”, hasta que el viejo Petrov decidió que la misión había terminado. Tsvietaiev siempre supuso que tras las extrañas andanzas de los agentes del desaparecido Gabriel Menjou andaba metido parte del engranaje del propio GK, y que Petrov desistió únicamente cuando la presión que recibía, supuestamente desde arriba, se hizo inaguantable. Por un instante sus pensamientos recalaron en Mijaíl y en Katerina y volvió a sentir una profunda lástima por la fortuna que habían tenido sus vidas.

El último de los fallecidos en el interior del salón Azul del China era Yasir Hadmed Aganbeguián, el mayor escollo para el predominio siciliano a ambos lados del Atlántico concentrado en ciento cincuenta y cinco kilos. Conocido por su volumen como “Gordo Aganbeguián”, aglutinaba el control sobre el tráfico de armas, prostitución y derivados del opio tanto en el Oriente Medio, como en Norteamérica, Europa, Laos, Camboya y Vietnam. Aganbeguián sabía hacerse respetar dejando hacer a sus subalternos, sin molestarlos demasiado, y eliminándolos, sin más, en el caso de una traición o un inconveniente. La mano larga de “Gordo”, que llegaba a todas partes y actuaba con igual diligencia en el buen trato o en la eliminación, había propiciando su control absoluto sobre sus compañeros.

Tsvietaiev echó en falta la presencia en la reunión del joven Arkadi Jaritónov, puntal de la extorsión en Moscú y bastión de la agrupación en el Este, le constaba que últimamente se encontraba lejos de su base de operaciones, y aunque lo último que había leído de él le situaba en Suiza, no le extrañaría que pudiera estar también en Francia; y por supuesto faltaba también el gran maestro de ceremonia, Frank L. Schröder. “Alamut”, la organización que dirigía y en la que se encontraban Aganbeguián, Poitier, Kanzakis, Heinkel y Jaritónov, disponía de mutantes, y con ellos había hecho incursiones devastadoras en el propio interior de Palermo y Marsella, para sentar las bases de quién cantaba más alto en el negocio y para que todos lo entendieran.

Sopesando aquella noticia, a Igor le asaltó la duda de que la muerte de Poitier tal vez no hubiera sido casual mientras pensaba de nuevo en la cara de oso, blancuzca y árida del moscovita, Jaritónov nunca le había gustado a pesar de que tenía buenas relaciones con el GK, y contactos bastante más arriba.

Siguió ojeando el periódico mientras saboreaba el café con leche que había solicitado, pero ahora desmenuzando cada reportaje, cada artículo, cada información, por si encontraba algo más, esperando al contacto que sin duda llegaría. La prisa en

salir de Kíev le había impedido preparar suficientemente la operación a la que se había encaminado en solitario. Iba a necesitar ayuda y pensando en ello iba viendo cómo la cafetería se volvía silenciosa y por tanto peligrosa. Sin quererlo su atención se desvió hacia las últimas palabras de la charla que mantenían los chicos que seguían a su lado hasta el momento mismo en que abandonaron definitivamente el local. Transcurridos diez minutos más, un individuo moreno de apenas un metro setenta de estatura le saludó con la cabeza desde la puerta. Alexandr Alexandrovich Gagarin formaba parte de la estructura logística del GK en París y había estado bajo las órdenes de Tsvietaiev en numerosas ocasiones cuando operaron en Afganistán. Alex se sentó frente a Igor como si hubieran quedado la tarde anterior.

Se miraron de manera fría y el recién llegado rompió el silencio:

—Antes de nada debo decirte que acabamos de recibir órdenes precisas sobre ti.

Aquello no le sorprendió en absoluto, de los males previsibles no era el peor. Como otros muchos en el engranaje, Kuzmá se la tenía jurada y ante su sorpresiva ausencia habría decidido jugársela mientras se hallaba lejos, una buena oportunidad es siempre una oportunidad inmejorable para apuñalar al enemigo, aunque se encuentre entre tus compañeros de filas. Una putada más en su larga vida como agente que no lo mataría. Alex continuó haciendo ostensible la división que existía entre obedecer las normas y cumplir con un viejo amigo mientras se levantaba para pedir una infusión.

—En estos momentos me la estoy jugando Igor —continuó una vez de vuelta a la mesa—. Se te acusa de estar involucrado con el CDFC y el “Manhattan Transfer”. Tienes suerte de que haya sido yo y no otro el que ha recogido tu mensaje.

Igor le interrumpió pacientemente, comprendiendo sus razones. Podía muy bien haberse presentado directamente ante Eva, también podía haber pedido un expreso en casa y haberse dejado de chorradas sin necesidad de haberse saltado a la torera todas las directrices, pero tenía prisa, y cuando la falta de tiempo le apremiaba solía actuar así. Era un coronel de limitadas atribuciones, pero todavía tenía solvencia para de vez en cuando ejercer su independencia sin encomendarse ni a dios ni al diablo, como le gustaba hacer, aunque jodiera a sus superiores y a gentuza como Kuzmá Jachaturián, que esperaban momentos como éste para recordarle que era uno más; tenía la bendición de Víktor, y aquello era un salvoconducto que sacaría del bolsillo en el momento preciso, nunca antes de saber qué se cocía en París.

—Alex, sólo quiero una información muy precisa. No tengo nada que ver con esa maldita operación de los americanos, y de paso te diré que esa mierda me importa un comino. Me das la información que te pido y no nos hemos visto. ¿De acuerdo? —dijo en tono conciliador.

Con asentimiento y desgana, consciente de que las órdenes recibidas no eran sino una solapada forma de tirar de las orejas a uno de los hombres con mejor historial y peor disciplina, Gagarin le dijo:

—A tus órdenes...

—Necesito saber dónde localizar a unos agentes del Bureau que operaron en Moscú en el otoño del ochenta y cuatro. Sus nombres son Gabriel Menjou, Jean Castellet y Albert Coubert —obvió el de Poitier—. Necesito localizar a todos aquellos que tuvieron que ver con la operación que se organizó contra Mijaíl en aquellas fechas —no le pareció oportuno admitir aún que necesitaba bastante más ayuda y que había solicitado la reunión para lograr cobertura transitoria y poder encontrar así al hijo del agente, pero la noticia leída en el periódico había dado un nuevo enfoque a su estancia en París.

—¿Todavía sigues cuidando de Mijaíl?

—Me temo que a Mijaíl le han jodido para siempre. Busco a su hijo.

—¿Tenía un hijo?

—¿Me vas a ayudar o no?

Alexandr aplastó la colilla del cigarrillo que acababa de consumir contra el fondo del cenicero mientras levantaba la vista para encontrarse con los ojos inquisidores de Tsvietaiev.

—Castellet murió ayer, al parecer en el interior de un burdel —dijo secamente mientras Igor pensaba en la casualidad de que dos hombres del “Grupo Menjou” hubieran muerto en menos de veinticuatro horas, y en París.

—No lo sabía —contestó Tsvietaiev.

—Lo imagino.

—Coubert trabaja de funcionario en Interior y resulta jodido de localizar, pero puedo ayudarte si me dejas un...

—No dispongo de tiempo.

—Bien, intentaré pasarte algo hoy mismo. De Menjou no se sabe nada, hace mucho tiempo que desapareció del...

—Lo se, pero esperaba algo —se acarició la frente con fuerza, desanimado por la certeza que se comenzaba a fraguar en su mente; no le quedaba ningún tiempo, Misha ya se había puesto a trabajar y lo estaba haciendo bastante bien a tenor de los resultados.

Gagarin sacó una cajetilla de tabaco extrayendo un cigarrillo americano, y la extendió hacia su antiguo jefe, quien cogió otro. Hizo una pausa mientras encendía con su encendedor los dos cigarros, y más relajado, comenzó a hablar:

—Me preguntas por personal del Bureau retirado del servicio hace bastantes años y se te mezcla en asuntos bastante sucios tras haber salido pitando de casa ¿qué diablos ocurre Igor?

Igor le miró duramente mientras su compañero se apartaba ligeramente de su campo visual.

—Será mejor que no lo sepas.

Gagarin asintió condescendiente, sentía un respeto reverencial por su antiguo superior, y le creía. Se concentró en la primera voluta de humo que salía por su boca.

—Cambiano de tema, dime, al menos por encima, qué le ha ocurrido a Mijail para traicionarnos.

Igor Tsvietaiev se revolvió.

—¿Quién ha dicho que nos ha traicionado?

—Llevábamos una semana esperándole para interceptarle aquí. El Bureau le había ofrecido garantías y estaban también los independientes tras su pista.

—¿Quién ha ordenado la operación, no sabía nada de ella?

Alex se mostraba extrañado y en cierto modo molesto por la incertidumbre que embargaba a su antiguo comandante.

—Ya sabes como son las cosas. Llega la orden y hay que ejecutarla, pero no me explico que tú, precisamente tú, no sepas nada.

Desde la perestroika las cosas habían cambiado demasiado en el interior del engranaje del GK. Igor era Jefe de Operaciones Exteriores para toda la franja Oeste de Europa, toda la información relativa a las operaciones en curso debían pasar por sus manos ahora que el aparato le había relegado a trabajos de escritorio, como vulgarmente gustaba de decir sobre la putada con que le habían agradecido los años de servicio en el frente. Lo cierto era que desde hacía un año, más o menos, su única ocupación era preocuparse por los movimientos ucranianos y por localizar actividades de contrabando de material bélico de factura rusa hacia el Oriente medio.

—Ahora pinto bastante poco...

Desde que Brodski se hiciera cargo de la operatividad en Francia las relaciones entre él y ella habían dejado mucho que desear en cuanto a soltura, y siempre había intuido que alguien, arriba, se la estaba intentando meter cruzada, pero lo que le acababa de mencionar Alex en unión a la petición de su cabeza, significaba su propia sentencia de muerte dentro del puto engranaje que acababa devastándolo todo, y si de algo estaba seguro era de que iba a vender caro el pellejo, así que hizo de tripas corazón y continuó amigablemente la conversación a pesar de la mala baba que empezaba a ruborizarle el rostro.

—...así que no lo sé, se les habrá pasado.

Recuperando su compostura y consciente de que su cólera podría atraer las miradas de los pocos clientes que se arremolinaban cerca de la barra, continuó bajando la voz:

—Mira, si algo tengo claro es que Mijail no tenía madera de traidor. El GK ya no es el GK —Igor era reacio a llamar al servicio por el nuevo nombre—. Algo se mueve

en su interior y para serte sincero te diré que no me gusta en absoluto el cariz que están tomando las cosas. Mijaíl tenía un acceso muy restringido a las informaciones vitales, pero me huelo que dio con algo y que trató de evitar un mal mayor —vaciló en continuar, pero al final lo hizo—. No se quién ha eliminado a Mijaíl —lo daba por sentado por primera vez aunque ya lo había mencionado de pasada—, pero me jugaría el cuello a que ha sido nuestra misma gente. Y te digo más —continuó—, estoy seguro de que es nuestra gente la que está acabando con nuestros compañeros en casa; y si te interesa, soy yo quien no tiene demasiado claro que alguien de dentro no nos haya vendido ya al “Tío Sam”. Todo ese rollo de la tutela del Bureau en Francia y todas las demás bobadas que han organizado en Moscú me parecen idioteces paridas por los políticos y que tienen como fin jugar con nuestras pelotas, como han hecho siempre. Lo único que tengo claro es que se han cargado a mi mejor amigo y que hace años le juré algo que pienso cumplir aunque se oponga el mismísi...

—Vale Igor, te creo —le cortó Gagarin.

—No, no me crees y haces bien. Ya no se puede confiar ni en los amigos, esa es la puta verdad —Alex miró hacia el techo con gesto de desgana, tratando por todos los medios de evitar levantar sospechas ante los clientes de la cafetería que ya comenzaban a mirarlos.

—Te juro que si te pones así la dejo —gritó para que se le oyera, alzando los brazos con aspavientos.

Igor comprendió entonces la estupidez de su comportamiento y le siguió en el juego que hábilmente había comenzado:

—Si vas a hacerlo, hazlo ya, continuar no tiene ningún sentido.

—¡Vale, vale —movió la cabeza y puso cara de imbécil, alzó los hombros mientras abría las palmas de las manos, extendidas hacia los costados—, hoy mismo se lo digo y acabamos con el asunto sin que tengáis que llegar a más!

Gagarin miró alrededor para comprobar si les seguían observando, y como era el caso espetó bruscamente a la clientela:

—¿Qué pasa —ante la sorpresa de los cuatro hombres que se arremolinaban cerca de la barra, y la del propio camarero, continuó vociferante—, es el padre de mi chica, si él no se cabrea quién lo va a hacer?

Los hombres y el camarero volvieron la vista mientras el rudo agente se levantaba de la mesa gritando a Tsvietaiev:

—Está bien, no quiero saber nada más. Esta tarde a las cuatro quedaré con ella en Pigalle y acabaré con el asunto, después hablaremos con su madre.

Enmudeció y avanzó hacia la salida, tras un breve momento en el que cruzaron las miradas: los dos sabían perfectamente que jamás habían vuelto a verse desde Kabúl, a mediados de julio de 1987, y que aquella conversación no había tenido lugar.

Afuera, el sol comenzaba a iluminar la fría mañana en París mientras la gente buscaba sus lugares de trabajo y Alexandr Alexandrovich Gagarin se perdía definitivamente al doblar una esquina.

(1996)

EL ángel ceniciento desplegó sus alas doradas y tristes desde la cornisa más alta de un edificio cualquiera, cerca de la azotea blanca repleta de espinas metálicas que miraban al cielo, y comenzó a volar en dirección a los jardines que veía debajo, dejando a su derecha una monolítica imagen férrea, desafiante, que se levantaba sobre cuatro puntales y que acababan en uno; mientras, buscaba la estela aérea del otro ángel, del negro emisario de muerte que planeaba sobre la ciudad desde hacía unos días, montado en su caballo negro, alado también.

Giró su cuerpo gris ceniza de ocres brillos metálicos mientras alzaba la vista hacia el oscuro techo de nubes iluminadas por la propia ciudad, dormida y quieta, silenciosa y ajena a su vuelo y al del otro ángel, al emisario que cumplía lentamente su misión sin que nada ni nadie lo pudiera impedir.

Aleteó suavemente para ganar altura y volar pegado a las ventanas de los edificios, olisqueando el aire frío de la madrugada, atisbando con sus ojos escarlata en los límites que perfilaban el universo oscuro y el iluminado, la crepuscular frontera donde confluyen los dos mundos antagonistas para luchar, y pasó como una sombra por entre los reflejos de su propio cuerpo sin descubrir nada. Siguió volando, a buena altura, ciñéndose al hormigón armado y al acero de los nuevos templos que velaban por la integridad etérea de los nuevos tiempos.

Pasó desapercibido para los que miran sin ver y se hizo nítida presencia para los otros, para los que observan lo que encierra la noche con ojos cerrados y mentes abiertas. Su vuelo era silente como la magia que encerraba su cuerpo, y su mente, como la fuerza que anima a una espora cuando cae sobre el lecho caliente de la tierra que la recibe. Buscaba huellas en los alféizares y en las ventanas, en las columnas, en los muros, en las vigas de acero y en los destellos de cristales y plásticos, y descubrió los restos del otro, como señales que se repetían entrecortadas, y reconoció su espada de fuego, y vio sus ropajes negros, y sus alas del color de brea, sin plumas, y observó el detalle vidrioso que alumbraba sus ojos, desde la profundidad. Había pasado por allí. Su presencia permanecía latente en las esquinas, en los orificios, en los huecos, en las paredes y sólo resultaba precisa para él, el ángel ceniciento que volaba cernido bajo un par de alas doradas y tristes que permanecían quietas, acariciadas por el viento frío de la noche mortecina, mientras oteaba la grieta que separa los dos mundos.

Golpeó dos veces al aire y se elevó, de nuevo, buscando un horizonte nuevo desde donde descubrir su morada.

Atalayas sobre gigantes negros, acerados, grises o recubiertos de infinitos reflejos nocturnos. Quedaba poco tiempo, Dios había llamado a los Titanes por su nombre, los había convocado para el combate final y ya estaban prestos, todos, incluido el iluminado, aquel cuyo nombre fue mentado en primer lugar, el que encabezaría la ofensiva de los ejércitos. Enfrentados a ellos estarían los otros, capitaneados por otro Titán, el hijo de la mandrágora y el ahorcado, de nombre oscuro como su alma y que fue nombrado en segundo lugar.

Sintió una fuerza desigual que rozaba su cabeza, vibrando al acariciar sus puntiagudas orejas, que se le metía por entre las agallas del cuello y que recorría sus alas, de punta a punta; y entendió que los avatares ya estaban dispuestos en el enorme tapiz cuadrangular de la ciudad del crepúsculo y la lava, tomando posiciones bajo el nombre del dios efímero y pequeño que los comandaba. Quedaba poco tiempo para encontrar al elegido y otorgarle la llama que guardaba celosamente bajo sus alas cenicientas, como le habían ordenado que hiciera.

Olisqueó de nuevo el aire frío y limpio de la madrugada, y buscó un lugar donde descansar hasta el amanecer del alba, cuando las sombras se repliegan y ocultan su auténtica verdad.

(1996)

—¿Una triple agente?

—Lo dudo. Como bien sabe los triples agentes han sido más bien escasos y siempre estaban rodeados de estructuras que los hacían infalibles dentro de un orden, y no es el caso que nos ocupa ¿me entiende? A la señorita Whistler parece que le gustaba ser vista, sin importarle para nada que se supiera lo que hacía ni en su desarrollo habitual ni en su relación con Daumier..., lo que resulta profundamente desconcertante, ya me entiende..., porque no se le conoce ningún tipo de cobertura —miró hacia el techo— y eso es lo realmente extraño de esta muchacha. Anda por ahí —volvió a remarcar la cercanía del ahí con sendos movimientos de sus brazos— como si nada. Nadie le hace nada, no la molestan y se permite lujos que a otros les habría costado el pellejo —su cabeza había desaparecido entre sus hombros y su cara parecía una gárgola perpleja.

El pequeño despacho lleno de libros y de papeles asistió a la mirada sostenida por los dos hombres. Christo interrumpió el silencio una vez asimilado lo que trataba de decirle Racinet.

—¿Y el segundo problema?

—Surge del primero —sonrió—, pero a la luz de lo que usted me ha expuesto sobre la relación de la chica con el antiguo régimen alemán debo repasar mis notas. Mañana podré contárselo.

—¿No puede aventurarme algo ahora? —inquirió suavemente Nolte.

—Lo siento amigo, pero de momento no puedo decirle más. No es que no quiera, es que sencillamente me parece presuroso comentárselo hoy sin la pertinente corroboración de unos cuantos datos que obran en mi poder y que ahora están sobre mi mesa, en casa, lo siento.

Racinet se levantó de la silla, tras apurar de un largo trago el vaso de café que ya estaba frío y se subió la cintura de los pantalones en un gesto particularmente familiar que hizo que Christo sonriera.

—Es momento de que paseemos por las galerías y que se nos vea. Si no es así, me temo que el señor Lacoste no nos dejará en paz en todo el tiempo que dure su estancia aquí.

—Una última pregunta —hizo un ademán con la mano que percibió su interlocutor—, ¿sabía algo de esto Dreyfus?

—No, y ahora acompáñeme, se lo ruego. Conozco a Lacoste y no quiero que interfiera en su trabajo ni en el mío.

.....

(1996)

Hortobágy comenzó a sospechar que tal vez la muerte de los dos agentes no fuera del todo casual, y menos fruto de un encontronazo con bandas en el perímetro de la capital. Por un instante pensó en los métodos que se utilizaban hacía apenas una decena de años, y las piezas comenzaron a encajar como en un puzzle gigantesco. Se sentía incómodo, inquieto, y se movió en la silla para levantarse y pasear entre los papeles, ficheros y más sillas que decoraban aquel infausto lugar donde trabajaba desde hacía trece años. A pesar del sueño acumulado iba a intentarlo de nuevo y trató de localizar a Sámos Hajós, el tercer agente que había colaborado en la ocultación del cadáver de Ajmàtov. Hacía una hora que no se sabía nada de él a pesar de que debería estar en su puesto de ronda en el centro, aquello le preocupó.

Advirtió a uno de sus subalternos que se ausentaría durante un par de horas y bajó hacia los sótanos donde recogió su coche, para acercarse hasta la casa de la modista con la que gustaba Sámos de entretenerse mientras ponía los cuernos a su esposa. Hajós era un idiota, de otra forma no habría podido agarrarlo por los huevos, lo que en un principio era una ventaja, en situaciones como ésta se volvía una auténtica cabronada. No podía delegar en sus allegados porque eran unos inútiles, aunque Imre y Mátyás ya no vivieran para contarlos.

Mientras trataba de avanzar a través del denso tráfico que anegaba Budapest a aquellas horas, entre el hielo del suelo y la nieve que no dejaba de caer, siguió pensando en que tal vez había caído en una trampa tendida por el mismo Kolpov. Si el pobre mendigo a quien habían arrebatado el microfilm era prescindible, ¿por qué no

también él?; de momento, tres de las cinco personas que habían tenido algo que ver con el cadáver habían muerto, una más había desaparecido y sólo quedaba él.

Aparcó donde pudo y situó tras el parabrisas la placa que advertía que el Volkswagen Golf estaba en servicio oficial, para comenzar a subir las escaleras del portal contiguo a la frutería. La modista vivía en el tercero de los cuatro pisos que tenía el edificio, y a buen seguro los iba a encontrar allí. Se cagó en los muertos de Sámos en un juramento que le salió del alma y subió rebufando los últimos peldaños. La puerta estaba abierta.

Sámos se encontraba frente a él, con la mirada ausente y la pistola en la mano, en calzoncillos, ella tendida en la cama, y creyó comprenderlo todo: aquel imbécil se había visto superado por la situación que vivía con Petra, su mujer. Había perdido la cabeza y se había cargado a la modista complicando las cosas todavía más. El agente pareció moverse, al menos él habría jurado que lo había intentado. No tuvo tiempo de desenfundar y fue en aquel preciso momento, al notar que su musculatura no respondía, cuando sintió la mano que le quitaba la pistola para descerrajar un disparo sobre la cabeza ya muerta de Sámos; fue en aquel instante cuando entendió que el cepo se cerraba sobre él; y más tarde, cuando observó al hombre vestido de negro que apuntaba a la mujer, se imaginó la pequeña noticia en el interior del periódico; y por último, cuando el mismo hombre de negro recogió el arma de Hajós y le apuntó directamente al pecho, supo que aquello era un simple asunto de faldas, y se sintió amargamente imbécil.

(1997)

HABÍA ocupado las últimas horas repasando el abundante material que surgió de la conversación con Racinet, en un Burger King, entre un par de hamburguesas y un paquete de chips. Tras la reunión en el museo había decidido aprovechar lo que le quedaba de mañana, y las primeras horas de la tarde, para reponer fuerzas y pasear un poco por el centro; había comprado algunos libros y visitado brevemente el Pompidou. Mientras recorría calles y calles, pensó en que París tenía una peculiaridad que ya le había llamado la atención a su llegada: a pesar de la gran cantidad de gente y de vehículos que transitaban sus calles, la ciudad ofrecía al visitante una tranquilidad que no se sabía muy bien de dónde venía; los edificios, las grandes avenidas y las pequeñas calles, la zona moderna y las más antiguas construcciones, transpiraban una tranquilidad que hacía que en nada se pareciera a las otras grandes ciudades que había visitado. La humedad reinante daba un brillo especial a aquella magnífica Babilonia donde se mezclaba de todo. Caminaba lentamente, dilatando el tiempo, bajo un cielo gris plomizo que amenazaba una nueva nevada, cuando sus pensamientos volvieron a recalar en Racinet y en sus comentarios e informaciones; el trabajo iba a ser más sencillo de lo que en un principio le había parecido en Londres,

las cosas parecían estar en su sitio, y con unas piezas tan bien perfiladas resultaría fácil llegar hasta el final. La relación entre Anäis Whistler y Jean Claude Daumier estaba perfectamente establecida, y el campo de estudio también, de hecho llevaban varios días estudiándolo y recabando información complementaria.

Comenzó a nevar ligeramente, de nuevo, y como todavía le faltaba camino para llegar al apartamento —las calles se habían llenado en un abrir y cerrar de ojos, de paraguas y de prisas—, pensó que bastaba de paseos y que lo mejor sería buscar un boca de metro y refugiarse en casa el resto de la tarde. Mientras subía al convoy de la línea tres que le llevaría hasta Saint Lazare para transbordar en la doce con destino a Pigalle, trató de seguir empapándose de todo aquello que le rodeaba. Eran casi las tres y cuarenta de la tarde, todavía tendría tiempo para dormir un rato y ponerse a trabajar pasadas las diez —había quedado en llamar al profesor Racinet a eso de las nueve, por si podía adelantarle algo sobre lo que faltaba—. El vagón en el que se introdujo iba lleno, bastante más concurrido que el que había tomado por la mañana, atestado de gente que volvía de sus lugares de trabajo y que se repartía hacia la periferia de la capital de Francia llenando las estaciones y las unidades, tras haber inundado de vida y actividad el corazón de París. En realidad nada nuevo. En Saint Lazare buscó y esperó la unidad que le habría de situar cerca de la zona donde residía con sus dos amigos, y se introdujo en el interior del segundo vagón —como de costumbre—, que iba más lleno todavía que el que acababa de dejar atrás. Al parecer, y por los comentarios que surgían a su alrededor, la semana había sido un desastre en cuanto a puntualidad y eficacia del servicio de transporte que arañaba las entrañas de París. Allí, de pie, agarrado como podía a una de las barras de metal, en la platea cercana a las puertas, flanqueado por dos adolescentes y un hombre de aspecto rudo, sujetando su portafolios con los brazos, comenzó a sentirse incómodo; no por la presión a la que le sometía una mujerona con aires de matrona de película que le aprisionaba con sus bolsas y su corpulencia desde la espalda, sino por una molestia que sentía en la base del cráneo y que parecía una especie de cosquilleo interno, idéntica sensación a la que se tiene cuando uno se siente observado desde cerca. Miró hacia los lados pero no localizó nada que mereciera su atención; el cosquilleo no desapareció. Hacía un intenso calor, abigarrado y denso como el aire que soplaba por los respiraderos. Se entretuvo pensando brevemente en Dana, en sus ojos y en su forma de andar cuando salía de la ducha, de puntillas. Dana, Nottingham, la última parada de un viaje que le apetecía pero que no podía ser.

—Maurice es un imbécil, la tiene en el bote y sólo piensa en la camarera del Indie...

—En sus tetas, más bien.

—Y que lo digas... esa zorrita usa una ochenta y cinco cuando tiene una novata y cinco o una ciento diez...

—Si cuando se agacha se le ve hasta el ombligo...

El metro avanzaba sobre su itinerario, primero Trinité, después Lorette, pero antes de llegar al apeadero de Saint Georges se detuvo inesperadamente, apagándose las luces y sin que las de emergencia se pusieran en activo; surgió a su alrededor un rumor impaciente y cansino, lleno de palabrotas y de improperios vertidos por los usuarios, en voz alta. La mujer que tenía detrás se movió aprisionándole todavía más contra la barra y el mamparo de aluminio y cristal donde se encontraban las dos muchachas que hablaban voz en grito como si estuvieran solas.

—Joder, otra vez... —dijo una.

—Enseguida vuelve la luz, por cierto te has fijado en los ojos que pone el idiota de Brand cuando te mira... —contestó la otra, cambiando de tema y como si el apagón le importara un comino.

—Siiiiii... —el chillido agudo le llegó a Christo hasta lo más profundo de su cerebro, sin intención de abandonar el lugar.

La gente se movía en sus sitios y asientos mientras las luces de emergencia parecía que no se iban a poner en funcionamiento jamás y el cosquilleo que sentía en la nuca se fue acrecentando hasta convertirse en un dolor intenso en la base del cráneo. Se asustó y trató por todos los medios de liberarse del peso de la mujer y de encontrar un poco de aire que respirar, cuando el tranvía que hacía el recorrido inverso les alcanzó, lanzando destellos estroboscópicos a través de las ventanillas, punzadas hipnóticas que sus pupilas apenas pudieron aguantar; el zumbido eléctrico de la máquina que trataba de ponerse en marcha le machacaba como un martillo las sienes. El dolor cesó de forma abrupta y se encontró bañado en un sudor frío, con la boca abierta, intentando aspirar algo del escaso aire que circulaba en el interior de la unidad, mientras notaba cómo perdía el sentido; se desplomaba. El usuario de aspecto ordinario y rudo impidió con sus brazos que cayera al suelo mientras aplastaban juntos a las dos jovencitas, en el momento en que las luces generales volvieron a iluminar el vagón y sus ocupantes, entre parpadeos.

—¡Anda este se cae...!

—¿Qué le pasa? —dijo la mujer que tenía detrás con tono alarmado.

—¡Jesús!, se ha desmayado... —se apartó la adolescente más bajita.

—Una lipotimia señora —contestó el obrero, con Christo todavía en los brazos.

Un hombre se agachó hasta donde le acababa de depositar el primero y comenzó a desabrocharle los botones de la camisa, abriendo la cremallera del anorak y propinándole palmaditas en la cara mientras se escuchaba la voz histérica de una de las niñas:

—Aire, necesita aire...

—¡Vamos, vamos...! —le decía el caballero, suavemente, a escasos centímetros de su cara— ¡Necesita espacio, hagan sitio por favor! —gritó a los que tenía alrededor con el asentimiento de la chica que había gritado.

—¿Una qué? —preguntó la señora, avanzando su mole y sus bolsas.

—Una lipotimia..., un desmayo, ¡coño! —el obrero trataba de librarse de la señora que tenía literalmente encima, mientras desde el fondo de la unidad surgían gritos de mujeres y hombres que se fundían con los de alguien que solicitaba un médico.

—Parece que ahí atrás pasa algo. ¡Por Dios, me está usted clavando el paraguas! —la joven se dirigía a alguien que tenía detrás.

—¿Dónde? —preguntó la más alta.

—A mí trátame con respeto, ¡se lo ruego... eh? —la mujerona parecía que tenía ganas de cancha y que la había tomado con el obrero que había depositado a Christo en el suelo.

—Lo que me faltaba —contestó el individuo mirando hacia el techo; el estrincón producido en el vagón al intentar ponerse en marcha movió a la masa de gente de un lado a otro e interrumpió la discusión recién comenzada.

—Al fondo... —señalaba la chica pequeña.

—Vamos muchacho, respira un poco que enseguida llegamos —la cara del caballero le miraba sonriente mientras secaba el sudor frío de la frente de Christo con su propio pañuelo—, todo ha pasado ya.

—No veo nada... —la alta se había puesto de puntillas, tratando de divisar algo por entre las cabezas.

—Y a esta que cojones le importará...

—¿Le han dicho alguna vez que es usted un machista de mierda? —la pequeña se había enfrentado al hombre que había dejado la frase sin terminar y que prefirió callarse la boca.

—¡Soy una señora, y a mí me trata con el debido respeto, eh? —la afirmación del mueble cama que se encontraba discutiendo con el obrero se fundió con los ruidos que provenían del fondo, entre nuevos gritos y voces de alguien que seguía pidiendo la intervención urgente de un médico; el convoy seguía quieto parado en la vía, entre las dos estaciones, sin querer moverse de aquel lugar en mitad del túnel subterráneo.

—Ni señora ni leches —espetó rudamente el hombre mientras se revolvía violentamente.

—No me grite a la oreja —la muchacha alta se volvió hacia el obrero.

—¡No te jode, la pava esta...!

—Cálmense por favor —dijo alguien que se encontraba cerca, tratando de mediar en la discusión que parecía extenderse como un reguero de pólvora.

—¡Jóder —dijo otro—, lo que hay que oír!

—¿Hacia dónde se dirige? —preguntó el caballero a Christo, mientras el obrero y la señora seguían con su absurda discusión.

—Pigalle —la lengua parecía un estropajo en el interior de su boca.

—¿No es de aquí...?

—No, no es de aquí —contestó por él la muchacha alta.

—¿Eh...?

—Que no parece francés —adelantó la más pequeña.

—Que usted no parece francés... —el hombre se dio cuenta de la repetición y miró hacia las jóvenes, como implorando que se callaran—, vamos que usted es extranjero ¿no es cierto?

—Hamburgo, soy de Hamburgo —la lengua seguía pastosa, pero podía hablar mientras lo que le rodeaba se volvía nítido en sus ojos.

—Ya lo decía yo —sentenció la joven.

El hombre se volvió hacia la muchacha:

—Por favor, le agradecería que se callara.

—A mí usted no me dice lo que tengo que hacer —contestó la señora pensando que el caballero se dirigía a ella.

—Que se calle, que no va por usted —le dijo el obrero a la mujer, con tono cansino.

—Eso, usted mejor cállese que está más guapa —apostilló la más alta de las jóvenes con igual dirección.

—Yo que usted me pararía en Saint Georges y esperaría al siguiente, irá menos concurrido. ¿Me escucha?

Christo asintió todavía mareado. El revisor se abrió paso como podía mientras la furia de los usuarios se cebaba en él y la máquina trataba por segunda vez de ponerse en marcha sin conseguirlo.

—La culpa la tiene la compañía —gritó alguien a corta distancia.

—Va la tercera vez que ocurre esta semana —dijo una mujer que se encontraba casi a su lado, mientras Christo había conseguido recuperar la vertical y agradecía los cuidados que le habían dispensado el caballero y el obrero.

—El del fondo parece que ha sufrido un colapso —concluyó una de las adolescentes, secundada por voces que preguntaban y contestaban cosas incongruentes y el silencio cerrabundo de la señora que miraba como si quisiera comerse vivo a alguien. El revisor volvió hacia el lugar donde se encontraban, empujando y tratando de abrirse paso de forma tosca; estaba alterado cuando se acercó por fin al interfono situado a uno de los lados de la puerta, muy cerca de donde se hallaban Christo y sus compañeros de viaje.

—Pide ayuda y ponte en camino de una vez, tenemos un fiambre en el vagón dos.

—¿Ha muerto alguien? —preguntó entonces la señora, al obrero, en voz baja y con cara de espanto, como si fueran amigos de toda la vida, cogiéndole del brazo.

Milagrosamente se había hecho un profundo silencio a lo largo y ancho de la segunda unidad del convoy, el revisor se había perdido de nuevo en el fondo y Christo podía respirar en el pequeño hueco que todavía le rodeaba. Tras el tercer y definitivo intento por ponerse en marcha, los vagones se comprimieron en sus juntas, rechinando goznes y ruedas sobre los raíles, y bamboleando en su movimiento a los varios centenares de usuarios que llevaba dentro. Llegaron por fin a la estación de Saint Georges y se abrieron las puertas para permitir la salida de viajeros que se apeaban, o que simplemente salían a la espera de volver a entrar mientras de paso respiraban un poco de aire fresco. El convoy permaneció detenido varios minutos, una unidad médica de urgencia se había trasladado hasta el lugar y un par de camilleros sacaban, tendido, a un hombre envuelto en una sábana y con una mascarilla oculándole la boca. A través de la ventanilla creyó reconocerlo como el individuo gris de la mañana.

—Típico ataque al corazón.

—¿Qué? —volvió en sí cuando el caballero que le había atendido le ofreció un caramelo mentolado.

—Digo que tiene toda la pinta de haber sufrido un ataque cardíaco, ¿no se baja aquí?

—No, me encuentro mejor y ya queda poco.

(1997)

WERNER Kaufmann había comido tarde; la reunión de media mañana supuso una interminable y costosa negociación que acarreó un considerable retraso en la agenda de trabajo y en sus hábitos diarios.

Se dirigió pausadamente hacia su despacho del ala Este, donde revisó la correspondencia del mediodía y abrió el regalo que el personal y el servicio le habían dejado sobre la mesa: una preciosa copa de cristal bávaro. Mañana cumplía años y lo haría en París, en mitad de una convención internacional de representantes de empresas de alta tecnología a la que habían sido invitados él y Taubman, como cabezas visibles de Morpheo Software Enterprise, del Grupo Prometheus. Todavía no se habían depurado las responsabilidades que originaron que su nombre apareciera al frente de la poderosa organización, matriz de la filial dedicada a la investigación sobre plataformas de proceso de información y a generación de programas específicos para la aviación militar; un desliz que parecía no tener mayor importancia, pero que había importunado, y alarmado, tanto a Potters como al mismo Klunge; le habían si-

tuado al frente del grupo, con nombre y apellidos. El presidente de la república francesa inauguraría la convención, y ello acarreaba su incuestionable presencia, como había dejado bien claro la invitación expresa que Mitterrand le había dispensado de forma particular. Heracles Francia había sido partidaria, con Jean Claude Dumas a la cabeza, de postergar el viaje en un principio, y de cancelar la reunión después; intuían que la invitación podía encerrar una trampa para tener a K1 en París. Se sopesaron pros y contras, intentando dar salida viable a un asunto engorroso y bastante lamentable hasta que por fin el team de Francfort otorgó el visto bueno con la premisa de aumentar los niveles habituales de seguridad y tratar por todos los medios de sacarle de París a la mayor brevedad. Morpheo Software Enterprise nutría de material al ejército del aire francés en un voluminoso negocio que se hacía necesario preservar aunque se resquebrajara momentáneamente el cinturón de seguridad que la organización tenía preparado alrededor de su máximo dirigente; un mal menor que habría que sobrellevar pese a las reticencias de algunos y mal que pesara a muchos, la situación económica y política, internacional no se mostraba demasiado diáfana, y para evitar problemas económicos, lo mejor que se podía hacer era preservar los asuntos en curso hasta conseguir la viabilidad por otros cauces.

Él era un gestor y echaba de menos a Klaus que había tenido que ausentarse durante veinticuatro horas —primero Francfort y más tarde Londres—, y paseó en solitario por el gigantesco salón que ofrecía, a través de la enorme cristalera, una maravillosa vista del jardín de la residencia, cubierto por la nieve, e iluminado por la suave luz del atardecer en Ginebra. Llamó a su secretaria personal, Froilain Folge, y le dio instrucciones para que todo el personal, incluidos los de seguridad, se reuniera a las 18:30 en punto, en el saloncito de té, para poder agradecerles el detalle que habían tenido, antes de partir para Francia desde el aeropuerto internacional donde descansaba, ya preparado —supuso— el jet de la organización.

Iba a cumplir cuarenta y cuatro años aunque aparentaba algunos más, bastantes más. Dio repaso a una vida, la suya, tan diferente a la que todos pensaban y comenzó a poseerle una languidez que no le gustaba lo más mínimo. Olvidó los recuerdos y ojeó las notas sobre lo que tendría que hacer en las próximas horas, Klaus no le perdonaría que no llevara la lección bien aprendida; tras la presentación oficial del Presidente le tocaba a él y su discurso sería minuciosamente valorado y criticado por la prensa internacional.

Repasó su agenda para el día siguiente: reunión informal, almuerzo incluido, con Jean Claude para determinar la actual situación de los efectivos desplegados en Francia ante la inminencia del movimiento que llevaban tiempo desarrollando el CDFC y el GK. El teatro operacional estaba a punto de sufrir algún tipo de convulsión que los analistas todavía no habían sabido definir; París resultaba ser el centro del citado movimiento, y a pesar de las reticencias que había puesto Dumas sobre la nece-

saría ampliación de la cobertura de apoyo, la confianza en Heracles Francia auguraba un buen desarrollo y final. Nadie en su sano juicio sería capaz de desatar una campaña como la del 68; las espadas estaban en alto y lo más seguro era que siguieran estándolo. “Manhattan Transfer” podía dar al traste con todo el trabajo realizado por Heracles durante los últimos años; si el CDFC conseguía pinchar “Mamá Rusia”; la vieja potencia que se movía hacia el capitalismo estaría en desventaja y nadie podría saber cuál sería la reacción ni las consecuencias en el viejo teatro europeo. Ni Fundación ni Heracles podían permitirse un lujo así.

Dumas era reacio a creer en lo que los especialistas intuían y pensaba que sólo se trataba de un mero pulso de fuerzas en el interior del territorio francés, lejos de la zona de conflicto de Yugoslavia o del sur de Afganistán, por lo que resultaba del todo necesario convencerle de que tomara algunas precauciones extraordinarias. Su viaje a París, su entrevista con Jean Claude, trataba de animar al viejo dirigente a aceptar la idea de que tal vez resultara necesario conseguir un apoyo parcial de los franceses. Recordó cada una de las partes del guión que debería interpretar y se sintió incómodo. Miró el reloj vertical y decidió que sería mejor empezar a prepararse para el viaje. Folge entró en el salón tras llamar con los nudillos en la puerta.

—Buenas tardes. El señor Klunge me dejó unas indicaciones para usted.

—Endiablado Klaus, siempre tiene que decir una última palabra —Kaufmann sonrió y la secretaria fingió no haberle escuchado.

—Me pidió que le informara de que hace dos madrugadas fueron asesinados en París un par de agentes, uno del servicio francés y uno de nuestros hombres. También me dijo que usted sabría sacar las conclusiones al respecto; aquí tiene el informe completo que acabo de pasar a limpio y que deberá tener en cuenta cuando hable con el señor Dumas.

Kaufmann no estaba acostumbrado a enfrentarse a aquellas cosas en solitario y lamentó que Klunge no estuviera cerca mientras repasaba las hojas que le había presentado la secretaria. Tras un momento de reflexión:

—¿Ha dejado alguna otra nota, o instrucción, el Señor Klunge?

—Nada salvo lo que acabo de comentar.

A buen seguro Dumas podría ofrecerle alguna respuesta sobre un asunto que de haber ocurrido en cualquier otro punto del globo no habría merecido mayor consideración, así que guardó los papeles y tras despedirse se dirigió hacia sus habitaciones privadas del segundo piso.

.....

El agua chapoteaba sobre el acristalamiento superior de la bóveda de aluminio y acero que recubría el último piso del edificio “Bramson”, en el interior de las entrañas de la City londinense, resbalando después sobre su superficie. La efigie de un hombre

delgado, perfectamente inmaculado en el vestir y erguido como si estuviera sujetado por perchas, se enfrentaba al horizonte gris que mojaba la ciudad, a través de los cristales que abrían la sala de reuniones al mismo cielo que cubría la capital de Inglaterra.

—Estas largas esperas se me hacen difíciles de llevar —dijo en voz baja pero suficientemente clara como para que el otro, el que estaba sentado frente a la gigantesca mesa de nogal le escuchara.

—Brideshead, relájese, no podemos hacer otra cosa salvo esperar acontecimientos.

Lord Douglas Brideshead suponía una institución en el interior del enorme engranaje denominado Heracles. Como superior en jefe de la organización en Gran Bretaña, Brideshead se había ganado a pulso la fama de flemático y seguro hombre de confianza de Kaufmann. Tenía sobre sus espaldas setenta y dos años, y por cierto que los llevaba muy bien; con las manos en la espalda y su porte enhiesto dio media vuelta y se dirigió hacia la mesa donde tomó asiento cerca del otro hombre.

—Ha mandado otra unidad a París...

—Sí, di la orden esta misma mañana, no me gustaba el cariz que estaban tomando las cosas y he preferido cubrir a los chicos con un pequeño contingente ofensivo —comenzó a tabletear suavemente con sus dedos sobre la superficie reluciente del nogal—. ¿Sabe una cosa, Klunge?, es algo que en cierto modo me incomoda...

El compañero de mesa le miró con respeto.

—...sé que está mental y físicamente preparado para una cosa así, pero no puedo quitarme de la cabeza el riesgo que comporta esta situación, para él mismo y para todos nosotros, si algo falla, por pequeño que sea, puede originar un caos de dimensiones difíciles de valorar.

—K1 es más duro de lo que parece, aguantará lo que se avecina.

—No me caben dudas, pero creo sinceramente que sería mejor que él estuviera aquí.

—Ya sabe lo que dijo, no creo que quiera volver.

—Debería hacerlo, al fin y al cabo ésta es su organización, el fruto de su trabajo y sus sueños.

Klaus se levantó de la cómoda silla y comenzó a caminar lentamente, sin alejarse demasiado de Brideshead.

—Lo veo difícil, pero es una posibilidad que yo también he considerado, en realidad quise ponerme en contacto con él, ayer mismo, pero me fue totalmente imposible.

—Entonces, usted también está de acuerdo. ¿Cree que si le habláramos..., si le diéramos las suficientes garantías..., no sería suficiente...?

—Sinceramente no, además, apenas queda tiempo para nada. Hemos comenzado sin él y ya es tarde para cambiar eso.

Lord Douglas se incorporó también para acercarse a su compañero y enfrentarse juntos a la lluviosa tarde gris que se tragaba Londres.

—Puedo hablar personalmente...

—¿Por teléfono?, ya le he dicho...

—No, puedo presentarme ante él.

—¿Un viaje a estas alturas?

—Todavía tengo cuerda para rato, mi estimado amigo, sólo necesito a Randolph y su beneplácito, por nada del mundo quisiera tomar esta resolución en solitario pero creo sinceramente que sería gratamente beneficiosa para la causa.

Los dos hombres se miraron durante un instante.

—Una llamada telefónica...

—No, no creo que sirviera de nada; necesito tenerle cerca y que él me vea, sólo así podré convencerle.

Klunge se volvió hacia la cristalera.

—Habrá cambiado más de lo que imaginamos.

—Lo supongo, pero no tanto como para negarme una entrevista y el tiempo que necesito para que me escuche, a mí, no.

—Douglas, obre con cautela, un error y todo se vendrá abajo. En breves horas el golpe será efectivo y tendremos que pasar a la segunda fase, no me gustaría tenerle lejos cuando ocurra —Klaus miraba a Brideshead a través del reflejo en el cristal.

—Veo que mi intención es de su entera satisfacción; la decisión está tomada, creo que no perdemos nada y que la ganancia puede ser interesante, casi diría que sustancial si las cosas comienzan a ir de forma diferente a como lo hemos previsto. Mi gente podrá ayudarle en los prolegómenos de la operación y en el rescate. Dumas y los otros no sospechan nada y obrarán según lo previsto, pero si algo se tuerce me gustaría contar con él. —Se dirigió al teléfono y marcó la extensión que comunicaba con su despacho—: Lara, llame a mi esposa y anúnciele que estaré fuera unas cuarenta y ocho horas; contacte también con Randolph y dígame que me acompaña. Por último necesito que arregle las cosas para el viaje, tengo que estar en Nevis dentro de siete horas... sí, Caribe oriental, gracias.

(1997)

El submarino ruso Lávochkin les había acompañado en su inmersión hasta los 4.909 pies, abandonándoles a aquella profundidad mientras se colocaba en situación estacionaria esperando su retorno; en la superficie el temporal del noroeste había pasado sobre los costados y por encima del Kronotskij, a unas trescientas millas en dirección sur—suroeste de las costas occidentales de Irlanda, sobre la vertical de la llanura abi-

sal de Porcupine, en la zona oriental del Atlántico. El batiscafo seguía su camino silencioso y oscuro, en sus entrañas el cabo ingeniero Riazhsk como piloto de la nave en la burbuja inferior, en la superior el Teniente Gorki, responsable de la misión, y el submarinista Majazhkala, encargado de manejar la unidad GRII que viajaba unos metros por encima, en el exterior. Todos ellos habían permanecido más de dos horas descendiendo por la negrura azulada que los envolvía, sólo visible a través de las portillas de cristal presurizado de que disponía el sumergible en su parte delantera e inferior. El Kola formaba parte integrante, junto a su gemelo Kamchatjka y otros tres aparatos más, de las modernas unidades de salvamento submarino de la armada rusa. En la última veintena de años habían sido numerosas las pérdidas accidentales que se habían ocasionado entre los submarinos de la flota soviética; tras el periodo posterior a la era Gorbachov, la falta de presupuestos y el cansancio de las tripulaciones habían derivado en una situación alarmante en lo que al mantenimiento de la antigua flota se refería; muchas naves estaban siendo retiradas y descansaban en los muelles de Murmansk, Arkangel'sk y Vladivostok, y las que todavía se hallaban en activo precisaban de una serie de cuidados que Moscú no podía pagar. En 1971 se estableció el primer programa de desarrollo de submarinos de auxilio que derivó en la creación de la serie "Troika" a mediados de los 80; batiscafos dotados de la más moderna tecnología, directamente derivados de las experiencias en el espacio exterior y las realizadas a gran profundidad de sus primos hermanos "Mir", perfectamente capacitados para las misiones de salvamento que se les encomendaban.

Los "Troika" era sumergibles que ocultaban en su interior una serie de esferas, de titanio —hasta cinco en total—, que a su vez se hallaban embutidas en una unidad cilíndrica, también de titanio, cuya parte delantera y posterior eran semiesféricas; en la popa, disponían de una esclusa vertical estanca por donde se accedía a los submarinos accidentados; el espacio de separación entre las esferas y el cilindro servía para albergar una sustancia oleaginosa que acrecentaba su densidad con las bajas temperaturas convirtiéndose en una especie de materia esponjosa muy estable, lo que confería al conjunto una mayor resistencia frente a las tremendas presiones que tenía que soportar una vez sumergido a grandes profundidades y evitaba, en cierta medida, la transferencia de calor desde el interior al exterior. El Kola era de los más pequeños y su configuración actual estaba constituida por una única esfera que disponía de una protuberancia en su parte inferior donde se alojaba el sistema de navegación y el piloto. En su parte posterior —habilitado para contener otras dos esferas, dispuestas para alojar a las tripulaciones rescatadas, y que ahora habían sido eliminadas— descansaban las potentes baterías electrógenas —que alimentaban al submarino durante el descenso y le darían vida una vez hubiera llegado a su objetivo—, así como una ampliación del número de tanques esféricos de aire y lastre de agua variable que le permitirían una mayor maniobrabilidad tras soltar el principal, de dos

toneladas, alojado en el exterior junto al GRII y que les empujaba hacia abajo. Todo ello insertado en una estructura reticular de acero y titanio —común a todos los “Troika”—, recubierta de una envoltura de poliéster y fibra de vidrio que le daba al Kola el definitivo aspecto aerodinámico propio de su clase, y que permitía, también, el asentamiento encastrado de los equipos de iluminación y un pequeño brazo articulado que sobresalía en la proa; encima, la torreta que evitaba que el agua entrara cuando se hallaba en superficie y que cobijaba la compuerta principal, único lugar de acceso al sumergible.

La elección de la serie “Troika”, para una misión como la que realizaba, dependía fundamentalmente del tamaño del objeto que tenían que recuperar y de su propio índice de maniobrabilidad, bastante superior a los “Mir”. Antes de la adecuación que había sufrido, el Kola era capaz de bajar hasta profundidades inferiores a los tres mil metros, y ahora podía llegar hasta los cinco mil o seis mil con facilidad, con un empuje vectorial que le permitía arrastrar hasta una tonelada y media; con la reducción de peso su capacidad ascensional subía a las dos toneladas, más que suficiente como para arrastrar hasta la superficie los setecientos kilos que pesaba el objeto que buscaban y el propio del batiscafo en el caso en que la unidad GRII no pudiera hacerlo.

El habitáculo era estrecho en la burbuja principal, los cuerpos de los tres hombres apenas cabían en el ambiente húmedo y oscuro sólo roto por la parpadeante luminiscencia que surgía de los innumerables aparatos con los que compartían el exiguo espacio y la producida por un par de lámparas halógenas rojas. El sonido de los motores eléctricos ronroneó por el interior espartano del batiscafo, donde los tres hombres se repartían el espacio que les hacía falta como podían: el piloto sentado en la esfera inferior que ocupaba la parte central, ligeramente adelantado, sujetando los mandos que movían las aletas y la dirección de los pequeños impulsores situados a los costados, en el exterior, tratando de contrarrestar la fuerte corriente que los movía como un péndulo; el teniente arriba, a su izquierda, tumbado boca arriba sobre el enrejado que tapaba la sentina, controlando la radio, el pequeño sonar, el profundímetro y los numerosos relojes —rodeados de botones— que alertaban sobre el estado general de la nave; a su lado el submarinista Anatoli Majazhkala frente a las consolas de manejo del robot y de la GRII.

Descendían empujados por la fuerza de la gravedad y el peso del lastre; lo habían hecho a mayor velocidad al principio y ahora con una gran resistencia, debido a la presión fundamentalmente, y a la fuerza que los empujaba en estos momentos y contra la que luchaba Riazhsk a doce mil cuatrocientos sesenta y dos pies de la superficie.

—¿No puedes dejarlo, Anton?, ahí abajo necesitaremos toda la energía para movernos.

—Si esto continúa tendremos que abandonar, nos estamos desviando demasiado y la GRII puede soltarse.

La unidad GRII era un simple arnés cuadrangular, de acero y titanio, que albergaba una serie de mecanismos que deberían ser enganchados al aparato que buscaban y permitirle llegar a la superficie para ser recogido. Aquella misión era la primera que utilizaba un sistema paralelo de un “Troika” y una GRII, lo que conllevaba un riesgo accesorio que se estaba convirtiendo en un auténtico peligro en mitad de aquella corriente que movía al Kola y sus accesorios exteriores.

—Déjalo caer durante mil pies más, si para entonces no hemos abandonado la corriente soltaremos la GRII y subiremos; si conseguimos estabilizarnos, tendremos tiempo de recuperar la trayectoria una vez estemos abajo.

—Como ordene teniente... —Riazhsk sudaba por la tensión a pesar del frío y la humedad reinante.

Majazhkala les miraba sujetando el libro que había estado leyendo durante el descenso, con los cascos todavía sobre sus orejas, dejando escapar el chasquido residual producido por la música que estaba escuchando. Permanecía embutido en un grueso anorak tratando de guarecerse del intenso frío que hacía.

—¿Algún problema? —preguntó.

—Nos estamos desviando... —el teniente se volvió hacia los instrumentos que tenía sobre su cabeza.

—Puedo intentar corregir la trayectoria con ayuda del «bicho»...

—Deja al «bicho» tranquilo, no hace falta que malgastes las baterías, de momento no creo que nos haga falta modificar nada —Gorki miraba la pantalla de sonar—; ¿qué demonios estás oyendo?

El submarinista accionó un pequeño interruptor y por los altavoces generales —que hasta aquel instante habían estado vertiendo en el interior del habitáculo música de Bach, Grieg y Tchaikovsky—, comenzó a sonar un repiqueteo lastimero, con una cadencia triste y melancólica de la que surgían voces de coros siguiendo una melodía que se podía definir como tenebrosa y en cierto modo lúgubre.

—¿De dónde has sacado eso? —el piloto se volvió ligeramente hacia el lugar que ocupaban, sus compañeros.

—Es de una película... —Anatoli recogía la caja que había contenido la cinta magnetofónica cuya música seguía inundando el pequeño espacio— ...”La Escalera de Jacob”; no la he visto —concluyó para sí.

—¿Americana? —preguntó el teniente.

—Sólo me manda música de películas y grupos americanos.

—¿Vitali?, tu hermano está tan loco como tú —Anton miraba directamente a Anatoli desde abajo, tratando de eliminar la tensión que había acumulado tratando de enderezar la nave, se hallaba entumecido.

La composición seguía su curso descendente y tétrico, como el propio submarino, para elevarse suavemente y volver a bajar entre cambios de tono.

—¿Cómo anda el mayor de los Majazhkala, el carnicero del Queens...?

—Mejor que en la armada, al menos de matarife se gana un sueldo que le pagan a la semana... y puntualmente —hizo un gesto con sus manos.

—¿Es cierto que las hamburguesas se hacen con carne picada de perro?

—Al más puro estilo de casa...

Rieron ante la ocurrencia del submarinista mientras la música seguía golpeando rítmicamente los tímpanos de los tres hombres, y los coros acrecentaban el discurso triste con su entonación, pero en la cabeza de Riazhsk aquello se convertía en una letanía hipnótica que le obligó a cerrar con fuerza los ojos, mientras apagaba definitivamente el grupo impulsor, permitiendo que el Kola cabeceara ligeramente y girara sobre sí mismo como hiciera al comienzo del descenso.

Riazhsk se frotaba la cara, intentando enfocar correctamente lo que tenía delante:

—¿Cómo tenemos la mezcla?

Gorki miró los indicadores de presión, y los relojes que medían la calidad del aire que respiraban y que atravesaba el filtro de hidróxido de litio que eliminaba el residual y peligroso anhídrido carbónico del aire en perpetuo reciclaje.

—Ahora que no me oye nadie... —Gorki hizo un gesto ostensible con dirección al exterior del submarino, mientras golpeaba con el índice de su mano derecha sobre el cristal de uno de los marcadores—, os habrán ingresado la paga de enero y febrero... la mezcla parece correcta Anton, ¿te ocurre algo, quieres que aumente el nivel de oxígeno?

El sistema de aire y ventilación, de circuito cerrado, podía compensar la merma de oxígeno con el aporte de una cantidad extra que surgía desde un contenedor colocado entre los tanques de lastre variable.

—Me siento un poco mareado, he pensado que tal vez fuera...

El teniente abrió la espita del oxígeno hasta que la presión se estabilizó de nuevo mientras observaba la pantalla del sonar:

—Nos estabilizamos, la corriente parece que desaparece... ¿y ahora? —se dirigió al piloto que había vuelto a activar los motores para enderezar el aparato.

—Mejor, de todas formas os agradecería que quitárais esa mierda —Riazhsk seguía sintiendo molestias mientras maniobraba el sumergible.

—Ya has oído al cabo, quita esa porquería Anatoli. Antón, para los motores, seguimos descendiendo.

—De acuerdo...

Majazhkala comenzó a leer un pasaje del libro que todavía descansaba entre sus manos; con voz entonada y susurrante, empezó a declamar:

—«Ahora que nadie escuchaba sus lamentos, Gordon se sintió profundamente solo. Llevaba varias horas aferrado a aquel pedazo de madera, meciéndose entre las olas del infinito océano, con el amargo sabor del salitre en la boca y un profundo escozor en sus abiertos labios. Apenas sentía el frío que le atenazaba, como una mano gigantesca —Anatoli gesticulaba—. Tenía los miembros entumecidos por la dilatada estancia en el mar, y apenas recordaba nada de lo sucedido, salvo el brusco movimiento que hizo zozobrar al bergantín antes de hundirlo con toda su tripulación dentro...

—Nuestro submarinista está realmente enfermo... —rió el teniente.

—...entonces lo sintió, profundo y silencioso, moviéndose muy, muy abajo... —Majazhkala continuaba amenizando con gesticulaciones su narración, como un actor de teatro, modulando la voz y acoplándola al ritmo de la música— ...en su lecho marino, abriendo aquellos colosales ojos vidriosos y negros, agazapados entre la carne blanca que despertaba de nuevo, moviendo sus tentáculos y observando arriba cómo lo hacía una minúscula sombra agarrada a una tabla...

—¡No me jodas que has estado leyendo esa mierda durante todo el descenso; tienes unos cojones que te los pisas, hace falta ser capullo...! —el teniente seguía riendo.

—Quita eso Anatoli, me está poniendo nervioso... Anatoli, quítalo de una jodida vez —Riazhsk se sentía alterado escuchando la lectura que llevaba a cabo Anatoli, y la música que se le introducía en la cabeza sin querer salir, seguía sintiendo que le faltaba el aire—, quítalo por favor...

—...y comenzó a nadar hacia la superficie nocturna, con dirección a su presa, abandonando a su paso una pustular esencia maligna que se diluyó al tocar las arenas y rocas del fondo, impulsado por una fuerza ignota y brutal que surgía de su interior...

—Hace años escuché a un sueco una historia similar, creo que allí lo llaman “Krakon”, o “Kraken”; es como un calamar gigante de esos que dicen que viven a gran profundidad, durante siglos han creído que era capaz de hacer desaparecer barcos con sus tripulaciones.

Anton se revolvió en su sitio, con la cara pálida y los ojos bien abiertos; seguía sudando y sus palabras apenas fueron un susurro mientras la ventanilla de cristal presurizado se convaba, y las luces interiores del batiscafo se volvían iridescencias encarnadas que salpicaban sus pupilas dilatadas.

—Dejadlo, por favor, Dejadlo... —se había incorporado mientras la música seguía golpeándole el cerebro, y las palabras dictadas por el submarinista le devoraban los sentidos hasta convertirse en una extraña presencia que permanecía a su lado y que se propagaba hasta el exterior donde parecía como si les observara desde el interior de la negrura que envolvía al aparato. Tenía la mirada perdida en un lugar le-

jano, más allá de los mamparos y tubos que recubrían el interior de la nave y se movía lentamente, balanceándose compulsivamente, mientras con las manos trataba de agarrarse las rodillas, acucillándose; sus labios repetían en voz baja palabras que se perdían entre la verborrea de Anatoli y las risotadas de Gorki:

—...viene, viene...

Tiritaba y un escalofrío le recorrió la espalda, crispada, a punto de romperse por el esfuerzo que le llevó a levantarse sobre las puntas de los pies mientras seguía balanceándose:

—...está ahí, viene, no podéis entenderlo pero está ahí y viene... viene...

Majazhkala se había callado y miraba directamente al piloto, con cara lívida, mientras hacía gestos al Gorki para que dejara lo que estaba haciendo y observaba como Anton se agachaba ligeramente para recoger algo de entre los instrumentos que le rodeaban.

—¿Qué pasa? —el teniente lo vio entonces, incorporándose unos palmos.

—Viene... —las palabras surgieron de la garganta de Riazhsk como un lamento gutural, transformadas en algo que de no haberse producido en aquel lugar y a aquella profundidad habría provocado la risa; instantes después el cabo comenzó a sollozar, todavía de pie, hasta que su cara desapareció bajo sus manos enguantadas.

—La puta mezcla —Gorki se había girado moviendo sus dedos de forma nerviosa, accionando y golpeando las llaves y los relojes—, siempre igual, algún día esta mierda acabará con nosotros...

—¿Qué te ocurre Anton?, relájate y siéntate, descansa un poco, enseguida se te pasa...

El submarinista había avanzado sus brazos mientras reptaba tratando de recuperar la vertical muy cerca de su amigo; quiso abrazarlo para darle calor y calmarlo cuando éste levantó la cara y le miró a los ojos mientras le propinaba un puñetazo que lanzó la cabeza de Anatoli contra la consola superior con un sonido hueco, comenzando a gritar en un alarido que resonó en el interior de la burbuja, para terminar diciendo en voz alta:

—No lo entendéis, viene, viene a por nosotros...

—Maldito hijoputa, estate quieto... —Gorki se había enderezado y se quedó quieto, helado, cuando observó la llave inglesa que blandía el piloto en la mano izquierda— ¿qué haces, te has vuelto...?

El golpe sonó seco y el crujido del cráneo del teniente reverberó en infinitos ecos en los oídos de Majazhkala, quien trataba de recuperarse del golpe que había sufrido y veía, incapaz de pararlo, cómo el piloto comenzaba a golpear los instrumentos y las paredes de metal. Trató de impedirlo, pero su posición se lo impedía y a punto estuvo de tragarse la maldita llave inglesa que acabó sacudiendo el mamparo que tenía sobre su cabeza, lanzando chispas y rompiendo circuitos. El batiscafo se-

guía su viaje descendiendo por la negrura que lo rodeaba, pero ahora se movía de una forma inestable, como si en su interior dos hombres lucharan a brazo partido por sus propias vidas sin que nadie pudiera escuchar los gritos.

Por los altavoces interiores sonaba la versión que Al Jolson hacía del “Sony Boy”, cuando el lastre general se soltó de uno de sus puntos de sujeción de babor, arrancando de cuajo otros dos y quedando únicamente unido al sumergible por el cuarto, sobre la parte superior de la GRII, entre los patines, muy cerca de la plataforma que sostenía el pequeño robot explorador. El batiscafo se inclinó peligrosamente hacia el lado de estribor y recorrió así un centenar de pies a la misma velocidad de descenso, como si no hubiera ocurrido nada en sus entrañas. Majazhkala empujó el cuerpo inerte de Riazhsk maldiciendo aquella mierda, cuando un ruido profundo seguido de un crujido anunció que la unidad exterior se acababa de soltar también en alguno de sus puntos de ajuste, seguramente por efecto del peso del lastre. Tenía la cara empapada por la sangre que manaba de su cabeza y trató de activar, con manos temblorosas, la cuarta sujeción para soltar del todo el lastre que le arrastraba y deshacerse también de la GRII, mientras trataba de no perder pie en la plataforma inclinada, evitando los continuos chispazos eléctricos que le iluminaban la cara y maniobrando las aletas exteriores para que el Kola recuperara la estabilidad perdida mientras seguía impassible su camino de descenso hacia el abismo.

(1997)

El infierno se había vuelto neblina y casquillos iluminados por las llamas que salían de la camioneta, y por los propios haces de luz que atravesaban el tejado. Bela estaba tendido, entre la luz y el humo que levitaba a ras de suelo. La segunda camioneta también fue alcanzada y explotó como la primera. Mientras se introducían por el interior de una alcantarilla, en el muelle que había indicado Paul, el silencio ganó espacio detrás; todo parecía indicar que la caballería dejaba paso a la infantería.

Granadas de mano y bombas de humo atravesaron las cristalerías superiores de la pared norte y se podían escuchar pasos a la carrera sobre la techumbre de uralita; todo el almacén retumbaba entre sonidos metálicos, secos y huecos mientras Oleg, el “zelote” de mayor edad, se encontraba erguido en mitad del humo, concentrándose en los tres objetivos que podía percibir a través de la pared de ladrillo; en semiautomático: trac-trac, trac-trac-trac, trac-trac, el viejo AK47 del “fraile”, la reliquia que llevaba en sus manos, atravesó como mantequilla los ladrillos y los chalecos antibalas, hasta que una ráfaga acabó con su vida y su futuro, lanzándolo al suelo. Tres sombras negras habían conseguido entrar, cubiertas por el fuego de supresión que barría el interior desde la puerta. Foucault y Bela habían caído.

Tsvietaiev e Irina se encontraban literalmente tirados sobre el pavimento, cerca de unas cubiertas de neumáticos y cajas que a duras penas aguantaban la tralla que

estaban recibiendo; incapaces de incorporarse ante la lluvia de balas que segaba el denso ambiente lleno de humo y la oscuridad que reinaba al fondo, lejos de la camioneta que ardía, se mantenían agazapados, esperando no se sabía qué.

Un rebote duro y definido se abrió paso en mitad del chorreo seco y uniforme de los FA MAS, y de los casquillos golpeando el suelo. Andrea gritó:

—¡Granada!

Se dirigía hacia ellos, y una burbuja azulada la recibió a medio metro de altura, congelándola en el aire, como si una mano invisible la sujetara. Paul estaba allí, y tras él Nikita, iluminados por el fogonazo.

—¡Mierda, Francia juega en casa!

Irina escuchó las palabras de Igor pero no hizo caso, su “Skorpion” acababa de encasquillarse y buscaba la P7 cuando la Makarov del coronel abatió la sombra grisácea que surcaba el humo pastoso e iluminado de rojos acercándose tras las cajas.

—¡Gracias! —tosió—.

—De nada...

De pronto se hizo un momento ininteligible de tranquilidad: tal vez los que trataban de entrar no habían esperado una defensa tan cerrada y certera, o simplemente habían recibido una orden, o vete a saber que demonios les había pasado. Un cargado olor a ozono barrió el espacio abierto del almacén mientras la luz volvía a inundar el exterior. Andrea, el pequeño “zelote” que quedaba, estaba de pie, observando los cuerpos desperdigados, con cara de bobo, sobresaliendo por encima de la neblina de humo y gases que poco a poco se iban disipando. Alguien tosió cerca de la oficina.

—No he sido yo... lo juro, sólo divisé a uno...

Todos estaban quietos, expectantes por si había una nueva oleada de fuego. Las sombras se amontonaban en el suelo y se escuchaban débiles gemidos y el crepitar intenso de la camioneta que ya se estaba consumiendo. Irina se levantó al fin, medio en cuclillas:

—Nikita cuenta las bajas —le costó decirlo—.

—No he sido yo... lo juro —seguía hablando, todavía de pie, entre jadeos—.

—Agáchate imbécil —le ordenó Irina—.

Una rápida ojeada le advirtió que en el almacén sólo quedaban con vida ellos, los cuerpos de diez hombres vestidos de negro, con chalecos, visores y atiborrados de material bélico, surgían aquí y allá, por entre el humo que los lamía, acompañados por los de Bela y Oleg; Foucault era quien gemía y gritaba.

Igor gritó señalando hacia el techo:

—¡Ten cuidado, quedan dos o tres!

Una ráfaga le contestó, desconchando el pavimento donde todavía se encontraba tendido, otra ráfaga acabó con Andrea antes de que se agachara y sonó un

chasquido más antes de que el cargador de la Makarov se vaciara. Pasos corriendo sobre el tejado, mientras el cuerpo del agente que había disparado se precipitaba a su lado, con un sonido grueso y pesado y la otra camioneta estallaba al ser alcanzada por el fuego de su compañera. Todos miraron a lo alto por si divisaban alguna sombra. Los ojos se cruzaron, nadie dijo palabra. Nikita sujetaba el cuerpo inerte de su amigo, Paul había sido la última víctima.

Pasó todavía un momento largo hasta que Irina dio por concluida la refriega. Quedaba poco tiempo y sería necesario evacuar la zona y huir con los que quedaban. El lugar nunca había sido seguro, pero ahora menos. Se acercó hasta donde se encontraba el cuerpo de Foucault, ya no gritaba, pero seguía gimiendo bajo el intenso calor que despedían las dos camionetas, con media cara rota —tal vez por la última explosión— y el abdomen completamente abierto.

—¿Foucault, puedes oírme?

Foucault Silistea no la oía, sólo gemía y gemía entre borbotones rojos que salían por las comisuras de su boca incendiada de naranjas y amarillos.

—¿Foucault? —pareció temblarle la voz—.

La comandante disparó sobre lo que quedaba de la cabeza de su hombre y se volvió hacia el resto, surgiendo oscura contra el fondo de fuego y metal de los restos de los vehículos:

—Vámonos de aquí... Nikita, deja a Paul y busca al “fraile”...

—“Fraile” ha muerto también... —la mirada oscura del chico reflejaba algo que Irina no se atrevió a ver—.

—¿Cómo dices? —preguntó aturdida—.

Nikita se levantó lentamente, abandonando el cuerpo rechoncho de su amigo, con el pecho abierto por una bala que iba dirigida a él. Antes de alejarse le cerró los ojos achinados, tristes, y depositó cariñosamente su cabeza sobre el suelo, recogiendo de su lado unas plumas cenicientas.

Encontraron al “fraile” tendido, boca arriba, entre unos sacos, con sus enormes manazas sujetando un viejo revólver. El espectáculo era dantesco, entre los parpadeos del fuego que consumía las camionetas y el humo denso que levitaba a unos centímetros del suelo cubriendo a medias los cadáveres, aquello parecía el infierno.

—Coged lo que queda y vayámonos —ordenó de nuevo Irina, consciente de que sólo estaban Nikita y el viejo para escucharla—.

Igor se introdujo en el interior de la parte baja de la oficina y buscó al alemán.

—¡Hijo de puta, ha escapado!

La comandante le había seguido y escuchó las palabras del coronel:

—Maldito imbécil, se lo advertí.

Igor rugió, como de costumbre; sin afeitarse, con su aspecto revuelto y sucio, parecía una especie de demonio que encajaba a la perfección en aquel decorado maca-

bro. Una sombra surgió de una esquina del pequeño habitáculo empuñando una pistola:

—No me he ido, les haré falta.

(1997)

LOS ojos escarlata escrutaron las calles blancas y grises, tratando de divisar algo desde el lugar en donde se encontraba amparado, resguardado de la crudeza nocturna de nieve, viento y frío que asolaba la gran ciudad.

La noche resultaba plomiza, cargada de ecos y de llamadas que retumbaban en su pequeña cabeza esférica; movió las plumas y alzó ligeramente las alas para volver a recogerlas sobre la espalda y siguió mirando hacia abajo, para continuar buscando desde la atalaya, con el cuello estirado, atisbando el mundo desconocido sin mover un solo músculo.

Dios había llamado a los Titanes por su nombre, uno a uno, y el suyo había sido mentado en primer lugar, lo sabía bien, por eso estaba allí y aquella era la razón de su misión: encontrarlo a él. El momento había llegado y el otro se le había adelantado y ya deambulaba por el interior de la extraña ciudad de paredes iridiscentes y elevadas columnas negras, buscando presas que llevarse a la boca, mientras él tenía el deber de localizar al elegido y llevarlo hasta el altar del sacrificio donde habría de tener lugar la suprema inmolación. Era el escudero de un adalid perdido y sin rumbo que no era consciente de su sino.

Giró la cabeza y trató de escuchar las llamadas que surgían de las paredes, de las ventanas, y miró de nuevo hacia abajo, perdiéndose vertiginosamente entre la inmensidad de la gran avenida blanca que recorría el círculo de fuego de parte a parte, atravesándolo como una enorme lanza. Noche extraña aquella en la ciudad del fin del mundo en donde habría de librarse una batalla desconocida para los hombres e intuida por los inmortales que ya estaban preparados, como avatares o querubines de deidades menores que se habían apresurado a responder a la gran llamada.

Entornó los ojos y la incandescencia de su interior se volvió mortecina presencia en lo alto, solo visible para los que atentos a los umbrales, y a quienes por ellos llegan, andan precavidos y atentos a lo que ocurre en mitad de las madrugadas, y esperan a los ejércitos que habrán de venir para arrasar los campos de batalla y llenarlos de cadáveres tras la brutal batalla que los diezmará como si fueran uno.

Noche tranquila aquella en el tablero de ajedrez blanco —los fractales negros no habían surgido aún, moteando el confín de su superficie; cuatro a cada lado, treinta y dos en total, alternándose con los blancos pozos de vida hasta completar el número mágico—, en donde se definen las fronteras y se mueven los peones mientras los lugartenientes elucubran caminos y atajos que les habrán de otorgar la victoria deseada que les reclaman desde lo alto las manos ejecutoras de sus mandos. El

cuadrado blanco ya estaba colocado a la derecha, y la reina estaría, a buen seguro, en su color, marcando el lugar de inicio. Las torres se apresurarían a tomar sus posiciones mientras los alfiles y caballos se acercaban ya al terreno de juego donde los peones libraban las primeras escaramuzas previas al encendido del gran motor que todo lo mueve.

El ruido de un camión de basura le sacó de su aletargamiento ensimismado y volvió a extender las alas, y aleteó con fuerza sin moverse de la cornisa, removiendo la nieve que le rodeaba, mientras veía a los hombres que retiraban los enormes contenedores y los sujetaban a los arneses del mecanismo del camión para que éste completara su faena fagocitadora. Observó cómo lo hacían, cómo marchaban y se sintió embriagado por las luces ámbar del camión mientras se desvanecía al fondo, y entonces divisó una figura que avanzaba deprisa entre la blancura que tapaba el asfalto, envuelto en una cazadora gris liviano como sus ojos y que se movía al amparo de la pared llena de portales custodios que encerraban verdades y mentiras que jamás relatarían sino a los entendidos.

El fiel de la balanza se había movido ligeramente hacia un lado. El peso inestable de su instinto le puso en alerta y escudriñó el aire diáfano de la noche blanca buscando la verdad oculta, aquella que mira a la cara y se muestra esquiva advertencia. Escuchó de nuevo a las paredes y a las ventanas que esparcían secretos cantados a voces para los que como él sabían entender, y se alzó en toda su envergadura para seguir con su mirada cargada de fuego el silencioso andar de la figura; escuchó, y supo que era uno de ellos.

(1997)

Desenvolvió el papel de aluminio mientras se disponía a observar directamente por el visor del teleobjetivo; Nyman se afanaba en degustar un número atrasado de Metal Hurlant encendiendo el enésimo cigarrillo del día a la luz de una pequeña lámpara. Lo cierto es que había poco que hacer mientras aguardaban.

Las luces de los monitores bañaban de forma inquietante su rostro. Los diodos parpadeaban y un siseo maquinal —interrumpido por algunos ronroneos— daba por seguro el correcto funcionamiento de la unidad central del ordenador que controlaba el entramado electrónico desplegado para la ocasión.

Dio un mordisco al bocadillo y pensó en lo que estaría haciendo ella. Miró a través de la cámara de video y paseó por el interior del apartamento en donde habría de ocurrir algo en las próximas horas, al menos eso esperaba. Estaba oscuro, al igual que en los días anteriores; las cosas seguían en su sitio: la cama revuelta, la cocina hecha unos zorros, las tazas de café sobre la mesa... Se apartó para mirar el cielo oscuro que cubría París a últimas horas de la tarde, los tejados, las antenas de televisión, la soledad que despide una gran ciudad cuando navega hacia la noche. En la ca-

lle, transeúntes con direcciones apresuradas, a través de las aceras mojadas, coches; había llovido durante todo el día, una lluvia constante, más liviana que la de los días anteriores. El humo negro de las calefacciones se precipitaba suavemente hacia abajo tras salir por los tubos de las chimeneas, y a lo lejos divisó un gato, bajo la fina lluvia, rastreando tal vez una paloma.

Nyman rió estruendosamente, alguna viñeta le había hecho gracia. Otro mordisco al bocadillo.

—¿No quieres tomar un bocado?

—Lo siento tío, pero no puedo tragar más mierda de esa, esperaré a Jolland para comerme el mío.

Se arrellanó cerca del alféizar entre las cajas del equipo y abandonó el pedazo de pan con mortadela italiana que estaba comiendo. Perdió la mirada de nuevo en el cielo oscuro y volvió a pensar en ella, en su cuerpo cuando salía de la ducha, en su pelo cuando lo cepillaba. Afuera hacía frío y amenazaba con nevar a poco que la temperatura subiese un poco; dentro el frío se les había metido en los huesos.

La base de operaciones estaba enclavada en un antiguo hotel, resto arquitectónico mal cuidado en donde encontraron un lugar seguro en el que entrar y salir sin levantar sospechas, a bajo precio, atestado de estudiantes y obreros que no podían pagar algo mejor y entre prostitutas que trataban de acabar lo más rápido su trabajo. Sencillamente deprimente. Había goteras, las paredes rezumaban humedad entre la suciedad de años y años de descuido, y desde el pasillo llegaban ecos distorsionados, voces incomprensibles y ruidos. Absoluta normalidad.

Nyman se levantó y se desperezó ruidosamente, abriendo desmesuradamente los brazos, dejando la revista sobre la butaca que acababa de abandonar, cerca de la cama. Apagó la luz y la oscuridad llenó el habitáculo de apenas dieciocho metros cuadrados en el que se hacinaban de mala manera el equipo y las camas.

—Esto es una puñetera mierda.

—¿A qué te refieres?

—A esta misión, a este cuartucho, a la comida, a todo...

Se levantó las solapas de la cazadora que no se había quitado desde que llegaron y se frotó las manos.

—Llevamos juntos varios meses y siempre te oído decir que todo es una mierda.

—Y lo es —contestó seco—.

Sonrió, Nyman era un buen tipo, un poco tosco y de feos modales, pero tras ocho meses de colaboración no dejaba lugar a dudas sobre su lealtad —pensó—, y aquello, en aquel infierno, era mucho.

—No me jodas tío, Brideshead podía habernos dado otra misión. No, tenía que enmierdarnos hasta los cojones dejándonos a secano, siguiendo a un mierda y sacándole fotos mientras se tira a su nena, grabando los jadeos...

—Mirado así...

Nyman parecía que iba a estallar. Le gustaba la acción y no admitía que algunas veces había que tragarse una misión de seguimiento, desde una asquerosa habitación en una vieja pensión en Pigalle.

—¿Cómo coño quieres mirarlo?

No contestó, sabía que lo haría el propio Nyman.

—Vale que el individuo en cuestión debe ser importante, porque si no a ver cómo admiten el presupuesto de enviarnos aquí desde Londres con todos estos aparatos —hizo un movimiento giratorio con la mano alzada, abarcando toda la habitación en su recorrido—, teleobjetivos, amplificadores de sonidos, scanners... En vez de encalumarles la misión a los gabachos tenía que dárnosla a nosotros...

No pudo evitar reír ante los aspavientos de su compañero. Al darse cuenta, Nyman tampoco resistió la tentación de lanzar una sonora carcajada.

Se sentó a su lado, en el suelo, entre las cajas, apartando una silla, y le lanzó una mirada de complicidad.

—Lo siento, parecemos una puta pareja de novios que no saben qué hacer en una tarde de lluvia y sin nada decente en televisión. Quiero un poco de acción, sólo eso —y apretó el puño derecho, amenazando al aire—.

—Añoras Kosovo...

Volvió a reír estruendosamente. Íntimamente todos sabían la razón por la que el viejo Brideshead les había enviado a París. La broma que le largaron al jefe de la operación en Kosovo no era para menos...

—Thompson es un imbécil de mierda, no podía callarse, no.

Los ojos de Nyman brillaron con una malicia infantil.

—Total, por un poco de gel de cianocrilato en la taza del water va el tío mierda y se cabrea, y nos casca un expediente que nos jode de parte a parte...

Su semblante se entristeció visiblemente, el recuerdo de la operación de Kosovo era también el recuerdo de la muerte de Serra y los dos lo sabían. Miró hacia el techo y Nyman encendió otro cigarrillo, uno más, mientras enterraba su cara entre las piernas. Le miró mostrando el cigarrillo recién encendido.

—¿Te importa?

Hizo un mohín. No, no le importaba.

El silencio les engulló durante unos momentos que parecieron interminables. El agua golpeaba el cristal de la ventana y los ecos incongruentes que provenían del pasillo parecieron meterse hasta los tuétanos en los dos hombres. Inspiró hondo para soltar aire un instante después.

—En cuanto acabemos con esto hablaré personalmente con el viejo. Tenemos una cuenta que saldar en Kosovo, o donde quiera que ahora esté ese hijo de la gran

...

Nyman no le dejó terminar, como impulsado por un muelle se levantó de un salto.

—¡Exacto! Acción tío, acción... —se quedó helado en mitad de la habitación—.

Un ruido diferente anunció la presencia de alguien al otro lado de la puerta. Más ruidos. Los dos hombres, ahora pistolas en mano, fueron tragados por las sombras de la habitación. Jolland tenía llave.

Otra vez ruido; a través de la oscuridad pudo ver a Nyman que le hacía una señal para que le cubriera mientras avanzaba por encima de las camas, evitando meter ruido. Aquel era un tugurio de mala muerte, si había jaleo podrían salir sin ser vistos y buscar refugio en alguna *ballena*. Jolland tendría que arreglárselas solo. Nyman avanzó unos pasos y se situó frente a la puerta con la Beretta levantada y la mano izquierda apoyada en el pomo. Un fuerte movimiento y la abrió de par en par dejando a la vista la cara alucinada de Jolland —las llaves en la boca y los dos brazos ocupados por enormes paquetes repletos de bultos—. Al ver a su compañero soltó las llaves.

—¡Hey, que soy yo!

Nyman le agarró por las solapas de la gabardina y de un soberbio tirón lo introdujo mientras cerraba de golpe la puerta.

—¡Ya os vale, leche!

—¡Ya te vale a tí, imbécil, vaya susto nos has dado!

—Joder, si lo llego a saber...

—¿Si llegas a saber qué?

Nyman cerró los ojos y propinó un fuerte puñetazo a la pared apretando sus rotundas mandíbulas. Jolland, consciente de su comportamiento contestó:

—...supuse que os gustaría un poco de comida caliente...

Nyman recobrando la tranquilidad ante las excusas de su compañero se dejó caer pesadamente sobre la cama que tenía a más cercana.

Ayudó a Jolland a recoger los contenedores de comida china que por fortuna no se habían roto, y la botella de vino que no se había hecho añicos, y el paquete de bollos que había tenido a bien en subirles y pensó que en vez de una pareja de novios que no saben qué hacer en una tarde de lluvia sin nada decente en televisión, eran en realidad unas ratas acorraladas, como siempre, abandonadas a su suerte y con miedo, y entonces reparó en la aguja del sensor de sonido, y en la luz que iluminaba el apartamento que debían vigilar.

—Ya está ahí.

Nyman se situó frente a los controles acústicos y se ajustó los cascos.

—Le tenemos, ¡buena caza!

Jolland se apresuró a accionar el sensor térmico que apuntaba al apartamento.

—Se ha hecho de rogar el muy cabrón.

Todos en sus puestos. Los tres millares y medio de libras esterlinas en equipo de alta tecnología comenzaron a registrar todo cuanto ocurría en el picadero de Pigalle.

—¿Cómo se llama ese hijo de puta?

—Daumier ¿queréis tallarines?

—Pásame uno.

La cámara de video captaba cada movimiento de la pareja. Una semana antes habían colocado micrófonos en el nido, el equipo de amplificación acústica haría el resto. Jolland rastreaba por si detectaba otra fuente de calor y la localizó:

—No están solos.

—¡Mierda!

—Lo siento chicos, es sólo el perro. Pásame un bollo y sírvenme un vaso de vino.

—La hemos jodido.

—¿Qué ocurre?

—Nada, que la botella tiene corcho y no tenemos sacacorchos, así que tendremos que beber agua.

—Lo dicho, todo es una mierda...

(1998)

Daumier era agregado de la embajada francesa en Tokio, al menos eso decían los papeles que sostuvo en la mano en Londres. Brideshead, durante la reunión, les puso al corriente de lo que ya habían memorizado un par de días antes a lo largo de un extenso dossier que incluía abundante información sobre su actividad actual y muy poca o nula sobre la pasada. Daumier era una buena pieza y aún sabiéndolo seguía sin entender qué demonios pretendía Londres sacándole fotos y grabándole en su picadero de París. Gente como Daumier sobraba y lo mejor habría sido acabar con él como había apuntado Nigel en uno de sus habituales ataques.

Su historial era un cúmulo insensato de brutalidades, primero al otro lado del telón de acero, después en la propia Francia, y ahora en Japón.

Como jefe adjunto del dispositivo exterior del Bureau Mirage, Jean Claude Daumier era el máximo responsable de las acciones directas que llevaba a cabo el Bureau en el sudeste asiático. La actual actividad del KHT resultaba preocupante para los intereses de Francia, y aunque Daumier también coordinaba el apoyo francés en Argelia y Sudán, lo cierto es que el problema japonés ocupaba la mayor parte de su tiempo. Al parecer debió ganar muchos puntos frente al aparato tras la exitosa actuación de su grupo en el interior de la URSS, en el propio Moscú, allá por el 79. Nada se sabía de él hasta ese momento —al menos no aparecían reseñas en ninguno de los archivos que como jefe de la operación puso el Grupo de Inteligencia a su disposición—. Tras aquello subió como la espuma y lo cierto es que nadie supo jamás la auténtica razón de tan sorprendente y vertiginosa ascensión.

“Requin”, tiburón, así se le conocía en casa y ciertamente el tipo era bastante voraz y sanguinario a la luz de lo que describía su imponente historial de la última década. Un hijo de puta de siete suelas al que no le importaba joder de lo lindo con tal de cumplir su cometido.

El Bureau Mirage siempre había resultado quirúrgicamente limpio en sus operaciones, y Daumier daba la nota en aquel paisaje immaculado. Jean Claude Daumier también había sido el responsable directo del apoyo ofrecido por el Bureau a una unidad de intervención del G.O.C. en la ciudad argelina de Bona.

Ahora, por alguna oscura razón que sólo conocían sus superiores, Londres había considerado pertinente desplegar una operación de vigilancia en pleno corazón de Francia sin el apoyo del operativo galo.

Bostezó mientras pensaba en cuándo acabaría aquella gilipollez. Como siempre había llevado las de perder en el reparto de turnos, hacer guardia de noche le fastidiaba bastante.

Mirando el monitor conectado a la cámara de vídeo reconstruyó los últimos momentos vividos en Nothingam y apartó la información memorizada sobre su objetivo. Se lamentó de no haber sido lo suficientemente valiente como para habérselo dicho todo y haber acabado con el asunto de una vez por todas.

La quería, demasiado.

Pensó en la mierda que era su vida, en lo poco que podía ofrecer, en las mentiras sobre las largas ausencias, en su pasado, en su mirada...

La quería, y ese era el problema.

Se levantó tratando de no hacer ruido y se acercó a la ventana para ver nevar y perderse entre los copos que caían lentamente en el exterior, y miró también la oscuridad que llenaba el apartamento que estaban vigilando, y volvió a pensar en ella, recordando de nuevo los últimos instantes y se sintió mal, asqueado.

Tenía la sensación de haber obrado bien y sin embargo aquello le dolía muy dentro. Intentando evitar hacerse más daño buscó algo con lo que recuperar la compostura y pasar las horas que le quedaban hasta poder salir a la calle, y se encontró paseando por el apartamento, habitación por habitación, mirando vagamente hacia las esquinas oscuras y los altos techos.

La disciplina de agente le había acostumbrado a sortear sus propios pensamientos con elementos sencillos. Mirar y contar las esquinas y los vértices de las paredes y techos de los lugares donde se cobijaban le resultaba bastante más beneficioso que devanarse los sesos con recuerdos que le hacían migas el cerebro. Otras veces recurría a los recuerdos mnemotécnicos de listas de cosas, el caso era entretener su mente a la espera del descanso que siempre llegaba. Lo estaba pasando mal.

La quería y no debía haberse involucrado tanto. Había cometido un error de libro, de manual y lo estaba pagando bastante caro.

Volvió el camino andado y revisó las notas que habían tomado en los días que llevaban allí. Nada. Una lista interminable de citas horarias sin resultado, una larga concatenación de nadas a lo largo de seis interminables y vacíos días. Cinco años de servicio cansaban a cualquiera, y lo cierto es que salvo la actuación en Kosovo había habido muy poca actividad a lo largo de los setenta y cuatro meses y dieciocho días que llevaba en las filas de Heracles—Gran Bretaña.

Daumier de nuevo, el malnacido Daumier y su historial lleno de dureza. Seguir a un hijo de puta como aquél no era precisamente lo que más le apetecía y así se lo había hecho saber a Brideshead, aunque no sirvió de nada. El viejo le observó con aire paternal mientras le contestaba:

—Hay veces que sólo tenemos que pasar el rato, hijo. Gastando el presupuesto que nos asignan cumpliendo con nuestro cometido.

Aquello y nada eran lo mismo. Volvió a pensar en ella y sopesó la idea que llevaba tiempo barruntando. Estaba cansado de fingir, había dejado de creer en la idea. Sin fe, sin ganas, sin poder estar a su lado, aquello no tenía el más mínimo sentido; sin embargo sabía perfectamente que de su entrega a la causa dependían las vidas de muchos, la de ella también, y aunque no le gustara se aferraba a aquella estúpida idea mesiánica para mantenerse en el sitio que alguien había decidido por él.

Su mente avanzó por un instante hacia la tibieza de su niñez, cuando vivían sus padres. Después, el orfanato municipal y más tarde la incorporación. Sólo tenía trece años cuando aquel funcionario le sacó del mundo que conocía para integrarlo en el entramado. Al principio se sintió aturdido, poco a poco se fue acostumbrando a la idea, y sin disfrutar de la adolescencia se encontró trabajando como agente. La dureza de los inicios se fue disipando ante la creencia de que lo que hacía estaba bien, y lentamente los prejuicios fueron desapareciendo hasta endurecerle el alma.

Recordó la sensación de calor que obtuvo de su primera caricia. Recordó también su primer contacto con una mujer de la casa, mayor que él... y lo apartó de su cabeza.

En el fondo ahí estaba la razón de la animadversión que sentía por Nyman. Nigel había vivido su infancia y su juventud con plenitud, él no. Se incorporó a Heracles cuando cursaba estudios en la universidad, cuando había disfrutado de la vida. La diferencia entre Nyman y él estribaba en el propio concepto de la vida y del trabajo, por ello le irritaba tanto que su compañero fuera como era; Nigel había aprendido a beber de la vida a sorbos, él lo hacía a tragos y la mayoría de las veces amargos.

Nigel no tenía derecho a mostrarse tan irrespetuoso, impulsivo y lacerante como lo hacía, había vivido y no entendía la razón soterrada de aquel odio hacia una realidad que a él le parecía merecedora de todos los respetos. Sabía que su razonamiento era una perfecta estupidez, que en el fondo cada cual tiene derecho a ser como

quiera, pero le jodía profundamente que alguien como su compañero se comportara como siempre había deseado comportarse él. A él le habían jodido de lo lindo, a Nigel no. No, no tenía razones, él sí, y sin embargo Nigel trabajaba en aquello mientras él vivía aquello.

Nyman era un buen agente, era el perfecto agente, sin escrúpulos ni falsas modestias; trabajaba con ellos pero podía trabajar para cualquier otro grupo con la misma eficacia; no le importaban las razones de las cosas, sólo se importaba él mismo y su propia supervivencia; él se ahogaba porque en el fondo sabía perfectamente que trataba de escapar de una vida que no le gustaba lo más mínimo, al menos ahora. Envidiaba a su compañero y Nigel lo sabía y por ello gustaba de joderle continuamente con su arrogancia.

—¿Nada?

Nigel se acababa de levantar y se había acercado hasta la habitación en donde estaba dispuesto el entramado de vigilancia.

—Como siempre...

—Joder que duras son estas camas, y qué frío hace... ¡demonios!.

Lo sabía, a él también le dolía la espalda cuando se levantaba y por primera vez en toda la noche sintió el frío que reinaba en el interior del apartamento.

—Empiezo a pensar que ese hijo de puta no tiene pensamiento alguno de cepillarse a su chica, y eso que está muy buena la muy puta.

—¿No piensas en otra cosa?

—¿Qué quieres?... sólo tengo veintitrés años...

Se calló y movió la cabeza mientras observaba cómo su compañero se perdía en el interior del pasillo; se acercó a la ventana de nuevo. Sally dormía en otra de las habitaciones, cerca de la entrada, en el otro extremo del apartamento.

—Mear me deja helado.

No contestó.

—Recuérdame que le lleve un pingüino de recuerdo al viejo. Me vuelvo a la cama.

Volvió a quedarse solo y en silencio. Volvió a sentarse en la silla de madera, frente al monitor y volvió a pensar en ella.

Cerró los ojos durante un instante, se encontraba en el interior de una piscina repleta de agua clara, giró sobre sí y descubrió un brazo emparedado que sobresalía a su espalda, le faltaba el aire y aguantó tratando por un momento de agarrarlo hasta que desistió. Intentó subir, nadando con fuerza hacia la superficie, moviendo los pies y las manos, y el agua se volvió densa como el cemento. Dejó de moverse y se dejó flotar, y el agua volvió de nuevo a ser agua, la superficie clara se hallaba cerca pero se ahogaba y se despertó sobresaltado, empapado de sudor. Se había dormido y no sabía decir por cuánto tiempo. Miró el reloj mientras trataba de abrir los ojos más allá

de lo que le permitían los párpados, tratando de recuperarse de la ensoñación vivida. Eran las seis y cuatro.

Se levantó de la silla, revisó el equipo sin observar nada nuevo y bostezó, todavía le quedaba otra hora de guardia.

(1998)

NEVABA de forma continuada y fuerte, desdibujando los perfiles del horizonte de cemento que rodeaba la Estación de Montparnasse y trasformándolo en una enorme pasta grisácea que parecía llegar al mismo suelo.

—Madre, la nieve me lo está poniendo difícil, solicito retirada parcial... —el sonido quejumbroso de la comunicación dejó paso a un silencio breve—.

El hombre miró a la mujer en el pequeño interior de la parte trasera de una camioneta repleta de material eléctrico y con apenas sitio para moverse, mientras sacaba la cajetilla de tabaco del anorak que lo cubría. Ella asintió sin levantar la vista de los papeles que tenía delante.

—Roger, águila tres.

Se disponía a encender el cigarro cuando escuchó:

—¿Cuántas veces te tengo que decir que no fumes cuando me tengas cerca?

El hombre rompió el pitillo recién sacado mientras dispensaba a su comandante una mirada que habría bastado para tumbarla de haber tenido las agallas suficientes para discutirle a la cara; no las tenía, a pesar de que su corpulencia doblaba en volumen a su camarada.

—Follas poco comandante...

Kobalena era una mujer menuda, de pequeña estatura y melena corta y marrón, sus facciones juveniles no delataban la presencia de ánimo que arrastraba a sus hombres aunque no quisieran, por no hablar de su capacidad resolutive cuando las cosas se torcían; era la comandante de la unidad “Domovoi” en el interior del AK47, y salvo que Brodsky la relevara del cargo que ocupaba desde hacía dos años, nada impediría que lo siguiera siendo; a sus treinta y un años, Kobalena se había labrado un interesante historial que originaba que su nombre se barajara en las interminables reuniones en Kalinin y en Moscú, cuestión, por otro lado, que le traía sin cuidado; le gustaba la acción y procuraría seguir en el frente hasta que no le quedara otro remedio o la quitaran de en medio.

La camioneta vibraba de forma continuada, zarandeada desde el exterior por los golpes acústicos que provenían del pabellón de deportes cercano y que azotaban la carrocería sin cesar, y desde dentro por el funcionar renqueante del grupo eléctrico propio que, desde la parte posterior de la carlinga, trabajaba sin descanso para dar energía al equipo móvil, en previsión de que la enorme unidad que servía a

todos los equipos televisivos y radiofónicos desplegados en aquella pequeña plazuela, pudiera fallar en algún momento.

El hombre se sintió molesto por el silencio de su superior.

—¿Sabes que tienes un humor de perros y que esta mierda de generador eléctrico y su puto campo magnético producen más cáncer que todos los cigarrillos que me pueda fumar a lo largo de mi acojonante vida?

Irina Kobalena continuó revisando las notas y los planos de la zona que tenía desplegados en el pequeño espacio que le dejaban los amplificadores, sintonizadores, sincronizadores y demás aparatos que la rodeaban, incluyendo el potente ordenador y el GPS que tenía localizados a todos y cada uno de los integrantes de la operación. Iván Lavreniov era su segundo, un curtido y fornido lituano que había perdido el brazo derecho a la altura del hombro en Palestina —decía—.

—Me gustaría que de vez en cuando se me contestara.

—Me importa una mierda Iván...

Tenía unos cuantos años más que Irina, rondaba los cuarenta, lo que le situaba en una posición extraña e incómoda dentro de una unidad integrada fundamentalmente por adolescentes. Capacitado por largos años en activo, todavía se sentía útil aunque no había superado la pérdida de su brazo y la consiguiente relegación a labores menores dentro del operativo. Era el más viejo del grupo, junto a Alex, y creía merecer un mejor trato que el que le daban los párvulos de la guardería de la que se sentía un mero celador.

—Sigo pensando que follas poco...

—“Manco”, si quieres envenenarte hazlo solito y por supuesto sales afuera para hacerlo —la mujer señaló con el dedo pulgar de su mano derecha sin apartar la vista de los papeles—y de paso dejás de lado mi vida sexual.

El manco cogió el micrófono y comenzó a vociferar por él como si tal cosa:

—¿Águila uno, dónde demonios te has metido? nos van a dar las uvas como te retrasas más...

No tuvo tiempo de terminar la frase, los altavoces dejaron paso a la voz frágil y femenina de águila uno:

—Estoy en posición y pasando un frío de leches, se me había olvidado informar...

Iván rugió:

—¿Eres idiota o qué? Se me ha olvidado, se me ha olvidado... —repitió despectivamente, modificando su voz hasta convertirla en un hilillo agudo—.

—¿Por qué tratas mejor a los chicos que a las chicas?

Irina le miraba directamente a la cara cuando Iván contestó:

—Tal vez porque ellos lo hace mejor, ¿no te parece?

—¿Sabes una cosa?, he aguantado a imbéciles como tú que me acojonaban y tocaban las narices continuamente porque “mis compañeros siempre lo hacían mejor”, ahora soy yo quién da las órdenes y nuestro superior en jefe lleva bragas... ¿qué te parece?

—Que Eva folla mucho, y así nos va... —Iván dio por concluida la charla sobre comportamiento con subordinados que llevan pololos en vez de calzoncillos y echó de menos su maldito cigarrillo—...y que sigues teniendo un humor de perros esta noche.

—¿Águila dos, a tí también se te ha pasado?

—Todavía no he llegado a mi demarcación, el tejado está jodidamente resbaladizo, hay hielo y poco sitio donde agarrarse, en un par de minutos lo consigo...

—Pues mueve el culo que es para hoy... —se volvió esperando una aprobación sobre el brusco tratamiento dado al muchacho, mientras trataba de distender un poco el sofocante ambiente que se respiraba en el interior del Centro de Mando y de paso desactivaba el interruptor de salida de sonido—. Lo vamos a tener jodido, y eso que el asunto parece una bagatela; si ya les está costando llegar a sus lugares de trabajo con el frío y esta puta nieve que sigue cayendo, no te cuento lo que les costará conseguir la concentración necesaria en cuanto los tengan a tiro...

Ella pensó en sus agentes, eran “zelotes”, muy cualificados, capaces por sí solos de localizar un objetivo a través de cualquier barrera y materializar su presencia frente al “halcón” que remataría la faena. No dudaba de la eficacia del equipo a pesar del pequeño campo de acción de que disponían, apenas una veintena de metros de distancia con el objetivo y otros tantos con Vitali. Su cara se ensombreció ligeramente, lograr el permiso de Brodsky para una operación de castigo como la que iban a ejecutar le habría supuesto un verdadero quebradero de cabeza en otra ocasión, sin embargo, aquella vez, Eva parecía animada, aunque había sido la primera en prevenir sobre las inclemencias del tiempo y lo que acarrearía en la operatividad del grupo, por no mencionar lo precipitado que resultaba utilizar por primera vez una unidad de “zelotes”. A pesar de que los cuatro eran simples chiquillos que apenas habían sido destetados ayer, sabía que lo lograrían. Irina confiaba mucho en sus hombres y desconfiaba más de su superior.

—Lo harán bien. Ponte en contacto con Alex.

Iván marcó el número del teléfono móvil del agente que les prestaba cobertura desde el exterior de la Estación vigilando cualquier movimiento sospechoso. Un ruido infernal le sacudió la cabeza mientras se separaba los auriculares de las orejas y bajaba el volumen de los altavoces.

—¡Mierda!, ¿qué es eso?...

La voz de Gagarin sonó con dificultad, al otro lado:

—Tú lo has dicho, una mierda capitalista y depravante, y eso que tengo las ventanillas cerradas...

Habían tenido mala suerte, habrían preferido utilizar como tapadera una retransmisión de ópera o de fútbol, pero no habían dado con nada parecido en la zona de demarcación en donde se encontraba el nido que iban a destrozar. El trabajo del “Domovoi” difería según el tipo de operación en curso, en este caso había sido del todo necesario cubrir el asunto desde una base que pudiera articular a las tres unidades de apoyo visual y al “halcón”. Sacar un trasto con parabólicas y antenas que permitieran ofrecer la suficiente cobertura en un radio de acción como el propuesto, y bajo unas condiciones meteorológicas como las que estaba sufriendo París desde hacía unos días, sólo se podía conseguir en momentos como aquél, aprovechando un evento cultural o mitin político que llenara las inmediaciones con cachivaches como el que llevaba a Iván e Irina dentro. Habían tenido que recurrir al concierto de aquellos maulas que aporreaban sus guitarras y baterías, y a la retransmisión a todo el país del fenómeno cultural que suponían, para actuar como era necesario. La imposibilidad de utilizar a un telépata en el propio vehículo —lo que habría simplificado las cosas—también fue planteada por Eva en la reunión de la que salió peor de como había entrado. La situación resultaba ligeramente complicada, los gorrones gozaban de ojeadores a su lado, además del pertinente grupo de seguridad, pero no esperaban una actuación a la vieja usanza con conexiones telefónicas incluidas. El mundo en el que se desenvolvían los dos bandos creaba situaciones paradójicas como la que estaban viviendo: unos mandamases del Bureau habían decidido pasárselo bien sacando a pasear a sus calvos y no podían levantar demasiado revuelo, por lo que habían bajado la guardia recurriendo a lo mínimamente indispensable, ojeadores y seguridad laica alrededor, y una unidad de intervención rápida en los aledaños que ya había sido localizada; los primeros habían barrido la zona en busca de activos, y todavía lo estarían haciendo, pero para cuando se dieran cuenta de lo que se les echaba encima ya sería demasiado tarde, así de sencillo: una puta operación de entrar, destrozar y salir. Haber utilizado un telépata para las comunicaciones desde el interior del Centro de Mando, o más cerca —más lejos resultaba impensable—, habría podido delatar su posición y alertar sobre la posibilidad de activos en las inmediaciones, así que se había recurrido al bis a bis telefónico escamoteando una base de operaciones bien capacitada entre la media docena de unidades móviles de televisión y radio que cubrían el evento de marras desde el exterior del concierto.

Iván gritó a su camarada a través del micrófono:

—¿Alguna novedad?

—Ninguna, y no me chilles que yo te oigo bien...

—No te sulfures —había bajado el tono—y estate atento.

—Si no me equivoco halcón, águila dos y águila tres están en sus respectivos lugares y esperemos que águila uno haya conseguido llegar hasta el suyo... —la comandante revisó sus notas hablando para sí en voz baja—...el grupo de Ilia está también preparado para intervenir en caso de que haya problemas. Bien —miró a Iván—creo que podemos sentarnos tranquilamente a esperar.

Iván jugaba con un nuevo cigarro, sin tratar de encenderlo; lo olía y acariciaba y su cara se mostraba seria.

—¿No crees que la operación es un poco arriesgada?

—¿A qué te refieres?

—A...

Irina le cortó dejando los planos sobre el mostrador, muy cerca del monitor que esperaba los primeros datos.

—En cuanto esta pantalla comience a escupir información, nada podrá parar a nuestros muchachos.

—Guardas un as en la manga —sonrió ligeramente por primera vez en la noche—.

—Sí, lo guardo, de no tenerlo no habría mandado a esos críos a cargarse a esos hijos de puta... ¿estás más tranquilo ahora? —Irina seguía seca y distante—.

—No del todo.

La comandante Kobalena comprendió que Iván buscaba respuestas, no para la operación en sí, sino para la extraña y peculiar situación que vivía el operativo desplegado en Francia desde hacía unos meses. A Iván, como a todos, le gustaba saber en qué andaban metidos los de arriba, porque le iban las pelotas en ello; dadas las circunstancias que habían acabado con algunos compañeros en los últimos días y lo fácil que había resultado todo con Eva, lo entendía, a ella tampoco le cuadraban las cuentas.

—Eva sabe lo que se hace. Ha autorizado esta operación de castigo porque le viene bien, como siempre —hizo un gesto que percibió su compañero de habitáculo—, los críos han sido entrenados en Kalinin como sensores térmicos, pueden y deben localizar a sus víctimas a través de unas simples paredes de ladrillo, en la fase previa de su preparación hicieron cosas más complicadas...

A pesar de que los dos integrantes del “Domovoi” no se llevaban bien, Irina creyó conveniente acercarse ligeramente a su subalterno, la fiesta todavía no había comenzado y necesitaba que Iván se mantuviera sereno para evitar contratiempos innecesarios. Como contestación Lavreniov ladeó la cabeza.

—No me gusta trabajar con chavales, cada vez los cogen más jóvenes y cada vez son más espectaculares.

Era cierto que las unidades que mandaban desde Kalinin eran cada vez más y más jóvenes. Las investigaciones que se estaban realizando daban mejores resultados

con gente que no tenía demasiada conciencia de lo que realmente era; manipulables y prácticamente unos bebés, los nuevos agentes suponían unas bajas muy asumibles en caso de errores como los que sufrían demasiado a menudo. Los servicios de todo el mundo creían en su utilización, y todo dios buscaba críos para integrar las cada vez más exiguas y viejas líneas del frente. Rusia no era menos en ese aspecto. Quedaba poco para que comenzara el ataque, e Irina se movió sobre la silla.

—Esta noche habrá follón. Nuestra red ha alertado a todos los dispositivos para que se mantengan en guardia, la orden llegó ayer mismo y la información debió hacerlo la semana pasada, antes de que Eva nos diera su bendición. El caso es que los yankees y los franceses se van a freír los huevos unos a otros en las próximas horas...

.....

Amos roncaba mientras él trataba de descansar tendido en el catre. Había despertado hacía un par de horas, frente al espejo desconchado de la celda, y maldijo a Brenda y a los barrotes que le separaban de la realidad. El dolor de cabeza había desaparecido del todo, dejando paso a una tranquilidad que le reconfortaba aunque difícilmente podría cumplir con su misión si no cuidaba del muchacho que había perdido. “División Payaso” se había puesto en marcha y él formaba parte del engranaje cumpliendo condena, si se lo hubieran contado se habría partido de risa, eso si la cosa resultara graciosa, que no lo era.

Tenía que ejecutar las órdenes y le quedaba poco tiempo, tal vez unas tres o cuatro horas antes de que se destartalara el invento y lo localizaran, porque estaba seguro de que podrían hacerlo. No podía fallar.

Se levantó para moverse entre las cuatro paredes, una de ellas con una puerta metálica que se abría un par de veces al día, y escuchó el latido nocturno de la prisión. Empapado por la tranquilidad que se respiraba decidió que lo mejor que podía hacer era ponerse manos a la obra; necesitaba la tranquilidad de la noche e iba a trabajar hasta que despuntara el día, después tendría que dejarlo hasta la noche siguiente y esperaba que todo estuviera solucionado para aquel entonces. Pensó en la cara de Sinclair antes de que lo durmieran y lo mandaran de viaje. Pobre Snow, se habría meado en los pantalones si le llegan a decir que su mejor bioestratega se iba a encontrar en la cárcel en mitad de un “Foxtrot”.

Cerró los ojos una vez tumbado y rebuscó en su interior tratando de localizar una salida que facilitara las cosas; contó mentalmente desde diez hasta cero, logrando paulatinamente la estabilidad de espíritu que le permitiría mantener el lazo emocional que acababa de vincularle al chico. Si lo había hecho una vez podía conseguirlo de nuevo. Respiró hondo y trazó una imagen común para establecer el contacto, la playa serviría. Reconstruyó la última escena percibida y recorrió la arena,

palmo a palmo, percibiendo cada impulso de las olas, cada sonido y cada aroma. Él había estado allí y volvería tarde o temprano, sólo era una cuestión de tiempo.

.....

Los neumáticos del vehículo presidencial chirriaron sobre la calzada helada tras el frenazo. Un amasijo de agentes motorizados, los coches de escolta y los dos helicópteros que lo custodiaban giraron en redondo. Todo el cinturón de seguridad desplegado alrededor del Presidente de la República hizo una piña a su alrededor. Mitterrand estaba a salvo.

.....

El monitor comenzó a escupir datos como había previsto Irina. El presidente del grupo que llevaba las riendas de “Morpheo Software Enterprise” había sido abatido por los disparos de uno de sus propios escoltas en los prolegómenos de la cena en una convención a la que iba a asistir el Presidente Mitterrand. Toda la seguridad interna y externa de Francia se hallaba en aquellos momentos preocupada por esclarecer los hechos que acababan de terminar con uno de los últimos héroes modernos, Werner Kaufmann, el jefe supremo de la mayor potencia mutante libre en activo. Kobalena sabía muy bien que aquel atentado no era sino el prolegómeno de una violenta convulsión que daría al traste con las expectativas de normalización en las filas de Heracles; la propia Eva Brodsky se lo había comunicado cuando le proporcionó las últimas indicaciones sobre la operación que llevaban a cabo; aquello no lo sabían sus hombres, ni tampoco conocían que a las 00:00 de aquella madrugada, las fuerzas de intervención del AK47 ayudarían a los americanos a limpiarse las botas con los restos del Bureau Mirage y Heracles. No entendía las razones, ni le importaban lo más mínimo, ella era una simple oficial al cargo de una unidad, su misión consistía lisa y llanamente en acatar las órdenes y ejecutarlas. El dispositivo parisino, y tal vez alguno más, había perdido varios integrantes en las últimas semanas; lo que en un principio era un sencillo ajuste de cuentas con los franceses —se tenían indicios suficientes como para sospechar que andaban metidos en el asunto hasta los huevos—se había convertido para la Brodsky en una buena oportunidad de ganar puntos y terreno frente a lo que se avecinaba, de no haber sido así jamás lo habría autorizado. Sin embargo Irina seguía sospechando que había algo más.

—Comienza el baile, vamos a por esos cabrones.

Iván estableció contacto con sus hombres. Águilas uno, dos y tres se hallaban listos y en posición, su labor consistiría en ofrecer una imagen nítida y palpable a Vitali, quien llevaba dos días oculto en el interior de uno de los apartamentos inferiores a la buhardilla donde Vaugirard, Léblanc y Besson departían amigablemente, y en calzoncillos, o sin ellos, con varios putones que les estarían haciendo la manicura.

Cosas del poder y de la edad, los tres hijos de puta formaban parte de la Sección de Interior del propio Bureau; eran tres gabinetes de alto rango y posiblemente de ellos dependió, en su momento, la decisión de eliminar a los hombres del AK47. En realidad si tuvieron, o no, algo que ver, no importaba, el “Domovoi” los iba a limpiar de la faz de la tierra para advertir a la cúpula del Bureau que se anduviera con cuidado con los rusos que pisaban suelo francés, que donde las dan las toman, y de paso les ponían nerviosos, y ese era, en el fondo, el auténtico interés que tenía Eva en la operación.

—Los de arriba están dispuestos y esperan tu orden —las palabras de Iván la sacaron de sus pensamientos—.

Estaban situados en el radio de acción correcto, dispuestos sobre una azotea que enfrentaba la sección longitudinal de la buhardilla y sus tres ventanas, sobre el tejado lateral que permitiría observar en ángulo las mismas habitaciones; el resto del piso sería minuciosamente observado por el delgado Vania desde otro tejado situado en el lado opuesto. Todos ellos llevaban sus respectivos equipos de visión nocturna con amplificación visual y lumínica, el único problema había sido colocarlos en el radio de cobertura de Vitali, él también era un “zelote” pero capacitado para matar con solo ver, aunque la imagen correspondiera a un individuo que se hallaba tras paredes o muros, sólo precisaba de la visualización de su víctima, y de ello se encargaban sus compañeros a una distancia no superior a los veinte metros. La medición de los sectores que barrería cada uno de ellos, la disposición del cuarto hombre, habían supuesto días y días de preparación y lamentablemente trabajaban —por seguridad—al límite de aquella pequeña distancia. Cruzó los dedos y dio paso a la parte más vulnerable del plan, la comunicación debería permanecer abierta durante los siete minutos que durara, demasiado tiempo para que cinco teléfonos móviles permanecieran en contacto pasando desapercibidos, pero debían hacerlo así.

—¿Aviso al halcón?

—No, no debe haber comunicación directa con el edificio, al menos de momento. Pon en guardia a Alex y al grupo de Ilia.

Mientras Irina disponía los dos cronómetros en su punto 0, observó una enorme sonrisa en la cara de Iván, por otro lado siempre bastante severa.

—¿Qué te hace gracia?

—Joder, que si me dicen que tenemos gente que es capaz de hacer una especie de vudú sólo con la imagen de un gorrión, no me lo creo. Que me aspen si antes de joderla no tengo oportunidad de ver cosas aún más raras. Ilia, —tenía su brazo levantado con el dedo índice apuntando hacia el techo del interior de la camioneta—, entramos en dos —lo bajó de golpe mientras la comandante ponía en marcha el primero de los relojes—, manteneos en alerta y en posición, y avisad de cualquier movimiento.

La experimentación estaba dando auténticos pasos de gigante en cuanto al potencial de los mutantes se refería —pensó la mujer—; antes, un telépata era un simple emisor o receptor humano, ahora, con la ayuda de la tecnología y el entrenamiento se disponía de lectores mentales por un lado y telépatas puros por otro, con variantes como lectores emocionales, y si a ello se unía la capacitación para controlar la percepción se conseguía un arma capaz de ver algo en un sitio y hacer que lo viera realmente su compañero en otro. Ciertamente parecía ciencia ficción pero resultaba perfectamente lógico si es que la lógica tenía algún sentido en aquel mundo de locos.

Mientras trataba de ponerse en contacto con Alex, Iván preguntó:

—Por cierto, ¿por qué a todos los cerdos que conocemos les gusta montarse los festivales en lugares tan poco ortodoxos?, con el dinero que tienen se lo pasarían mejor en el interior de un lujoso apartamento del centro o en un puto hotel... Alex, nos hemos puesto en marcha, mantén los ojos abiertos.

Irina no le contestó, seguía observando la manecilla larga del cronómetro que devoraba el primer círculo completo, a la espera de concluir el segundo y dar la orden de salida. Todo estaba listo y preparado pero como siempre le ocurría antes de entrar en acción, se le erizaron los cabellos de la nuca y sintió un escalofrío que le recorrió su pequeño cuerpo, tenía unas tremendas ganas de orinar pero se contuvo y cruzó de nuevo los dedos.

(1998)

ANDREW Nigel Nyman, veintitrés años, natural de Bristol, Inglaterra. Los papeles en regla: visado de estudiante con trabajo temporal en una compañía de componentes para ordenadores, realizando labores de almacén, y con domicilio habitual comprobado. El Ministerio de Interior le acababa de mandar la nueva documentación tras la pérdida, denunciada, de pasaporte y documento de identidad. Todo en regla. En los ficheros no había nada sobre él, como tampoco sobre Samantha Byrne, de veintiún años, natural del propio Londres, estudiante de filosofía, con todos los putos papeles necesarios: matrícula universitaria, carnet de conducir, visado de estancia, etcétera, etcétera, etcétera... al igual que los del alemán que compartía domicilio con ellos: Christo Nolte, natural de Hamburgo, becado por la Universidad de Milán y realizando su tesis doctoral en el interior del Museo de Louvre. Tres estudiantes como los miles que recorrían las calles de París, nada sobre ellos en los ficheros de Scotland Yard, ni en la Interpol; sobre el tercero acababa de hablar con el responsable de la embajada alemana, pero todo parecía indicar que tampoco encontrarían nada destacable en él. Las posibilidades se le escurrían por entre los dedos. Bien era cierto que alguien podía haberles hecho el encargo de que vigilaran el picadero del señor Coubert a cambio de una buena pasta, ¿pero quién? Los papeles y notas encontrados en el piso de los estudiantes le habían llevado a ordenar el interrogatorio del profesor Albert

Racinet pero lo habían encontrado colgado de una cuerda en el interior del cuarto de baño de su propio domicilio de soltero, oliendo a alcohol. Lacoste, su responsable en el museo donde trabajaba y dirigía la tesis de Nolte, había confirmado a Talbot que el profesor era aficionado a la bebida y sufría continuas y molestas depresiones, no le había sorprendido un final como aquél para «un hombre de gran temperamento y lucidez que no había sabido sacar todo el provecho de sí mismo».

Jean Coubert, agregado a la embajada francesa en Tokio, era otro cantar, y su compañera sentimental también. La mujer, Anäis Whistler, tenía antecedentes y estaba fichada, aunque sobre su información aparecía el indiscutible y apestoso aliento de la Dirección de Vigilancia del Territorio, impidiendo cualquier atisbo de nada. ¿Por qué le había que tenido que tocar aquella mierda de asunto precisamente a él? retiró de un manotazo todos los papeles que tenía enfrente y se enfrascó en la visión de la nieve que seguía cayendo en el exterior, muy cerca, al otro lado de la ventana del moderno edificio que albergaba la Prefectura.

Recapacitó y recogió los papeles desordenados. Los forenses estaban trabajando sobre los cuerpos de los cinco cadáveres, y una fotografía ampliada que mostraba a los tres jóvenes en el restaurante de la Torre Eiffel ya estaba circulando, vía fax, con dirección a todas las comisarías de París y el área circundante. Las huellas dactilares del chico y de la chica ya estaban en manos de la Interpol y sólo cabía esperar que le confirmaran que estaban limpios. El asunto de Coubert y su amante se quedaban en casa, al menos de momento y hasta que la Sécurité no hiciera acto de presencia. Nadie había visto nada antes ni después de que ocurriera lo que coño hubiera sucedido en el interior de los pisos, y aquello se estaba convirtiendo en un puto callejón sin salida; y los de la DST sin aparecer ni dar señales de vida. Por un instante sopesó la posibilidad de que los chicos, en connivencia con el profesor, estuvieran recabando información para el propio servicio secreto francés, y aquello le pareció una buena idea que aligeraba el problema que tenía delante y explicaba el retraso de las fuerzas que velaban desde la oscuridad por el bienestar patrio.

—Jean Pierre, tienes mala cara...

Le dolían las cervicales y se encontraba bastante cansado tras el duro día de trabajo. Paul, su compañero y amigo desde hacía siete años, se sentó frente a él, al otro lado de la mesa, en mitad de la enorme sala donde se hallaba su despacho, tras unas mamparas de plástico transparente. Desperdigados a lo largo y ancho de la superficie de planta, varios agentes cubrían el turno de noche interrogando a putas y maleantes; observó a Lazare intentando explicar a una anciana, que un empujón no era motivo para una denuncia y se sintió entristecido y derrotado ante aquella mierda que le suponía la rutina diaria entre los casos que se amontonaban en su mesa y que difícilmente podría dar curso. Paul le sacó del agujero, momentáneamente.

—¿Por qué no te vas a descansar un poco?

Le entró la risa. Descansar... Natalie estaba hasta los ovarios de verle poco, y aunque llevaba una temporada muy tranquila, no se sentía con ánimos para enfrentarse a una nueva bronca; y los chicos... los chicos sólo le reconocían los fines de semana cuando le pedían la asignación. Su vida era una puta mierda y en la comisaría pasaba el tiempo como mejor podía, haciendo lo único que sabía hacer, perseguir ratas y dormir poco.

—Gracias Paul, pero no tengo sueño. ¿Qué quieres?

—Pasar el rato, He estado hablando con Légrand del tema de los asesinatos en el restaurante chino, también a él el asunto le está llevando de cabeza...

—¿Han batido la zona?, al completo, pero se encuentran con la misma mierda que nosotros, en cuanto se menciona el suceso el personal se vuelve sordo y mudo, salvo los de la prensa que le tienen hasta los huevos...

Las nuevas directrices de transparencia informativa estaban descojonando el trabajo en las calles a lo largo y ancho de la ciudad. Los periodistas llegaban a los lugares donde había ocurrido algo con la misma celeridad que la policía, y después no te soltaban.

—¿Y tú, sigues con el rollo paranormal de los asesinatos? —había cierta ironía en sus palabras—tal vez tendríamos que llamar a Mulder y Scully...

—¿Quiénes son Mulder y Scully?

Paul se levantó y se dirigió hacia la máquina del café mientras se ajustaba la pistola bajo el sobaco y preguntaba a Lassale si quería uno.

—Los vi en Dallas, con Agnes, el mes pasado, cuando visitamos a su hermana. Son dos agentes del FBI que se dedican a buscar extraterrestres y a solucionar casos extraños, parece una buena serie, espero que la pongan pronto...

Volvió a su sitio y tendió el vaso de plástico humeante al teniente.

—¿Fenómenos paranormales?

—Sí, y muy bien expuestos... cojonudos. ¿Por cierto, has oído lo del tío ese al que le ha soltado un tiro su propio guardaespaldas?

—Algo me ha comentado Antoine.

—Joder, se ha debido montar una de tres cojones... Ya me gustaría ver a mí a Mulder y a Scully arreglando el tinglado.

—Y a mí que me echaran una mano —Lassale tomó el primer sorbo y se quemó la lengua—. ¡Mierda!

—Yo que tú estaría tranquilo, en cuanto lleguen los de la DST se acabarán los problemas...

—No, no me refiero a mi caso, sino a Natalie.

—¿Natalie?

—Me la está pegando y sospecho que con alguien del departamento.

—¡No jodas!

—En el fondo no me importa, tarde o temprano tenía que suceder, y no se lo reprocho, ha sido una buena mujer y ha aguantado más de lo que se puede esperar... —tenía ganas de soltarlo—.

—Tampoco es eso...

—Sí, si lo es. Solo que me molesta que haya tenido que hacérmelo con alguien de dentro.

—¿Alguien en concreto?

—No —se acercó el vaso a la boca, pero esta vez con más cuidado—. No sospecho de nadie, es una puta intuición que no puedo explicar, sólo eso... ¿cómo lo llevas con Agnes?, parece que sois felices.

—Bueno —se medio tumbó en la silla, con una pierna sobre la otra—, hemos tenido nuestros más y nuestros menos, pero con un poco de buena voluntad se puede llegar a un arreglo. Están las niñas, y mi madre, y lo cierto es que sopesando las cosas puedes encontrar un hueco en toda esta mierda para escapar y estar con ellos. Lo llevamos bien si es que se puede llamar buena a una situación de lo más normalita.

Lassale tenía cuarenta y ocho años recién cumplidos, seis más que el hombre que tenía delante. A su complicada situación laboral tenía que sumar el que desde hacía un año, más o menos, sufría de impotencia, lo que había agravado las tensiones en casa. Al principio había preferido evitar los encuentros con Natalie, pero cuando no hubo más remedio...

—¿Cómo te has enterado?

—Ya te lo he dicho, no lo sé. Son cosas, aquí y allá. No hay datos ni pruebas, pero Natalie lleva unos meses sin molestarme, feliz y tranquila, como si los problemas que nos han jodido durante todos estos años hubieran desaparecido de golpe —hizo un gesto frente a su cara, con las dos manos—, cosa que no han hecho en realidad. Ya no hay riñas, ni follones...

—Eso es bueno...

—Según se mire... sufro impotencia desde hace algo más de un año.

—¡Coño!, esa si que es buena...

—Paul, por tu madre, no se lo cuentes a nadie, el sicólogo me ha dicho que es pasajero, que es una cuestión típica de mi edad, del estrés y de otras mierdas..., y que afecta al sesenta o setenta por ciento de la población masculina que vive en las ciudades —intentó quitarle importancia—, así que no se te ocurra irte de la lengua, y menos con Légrand.

—Entonces, estás en tratamiento...

—Sí, pero sigue sin levantárseme. No se te ocurra comentarlo, por favor.

Paul rugió en una estruendosa carcajada que golpeó como una bofetada la cara de Lassale.

—No seas hijo de puta... he hecho mal en decírtelo.

—Perdona, hombre —a duras penas conseguía eliminar la sonrisa que le iluminaba el rostro—, ahora lo entiendo...

—¿Entiendes qué?

—Joder, Jean Pierre, ahora te entiendo... vaya putada. No temas, sabes que soy tu amigo y que no contaré nada —una risita imbécil le asaltaba de cuando en cuando—.

—¿Y de que cuernos te ríes?

—Vale, vale, ya me callo —Paul levantó los brazos pidiendo tregua y realizando un último esfuerzo por evitar la risa, pero no pudo—.

Lassale se había contagiado y reía también, hasta que se le congeló la risa.

—¿Interrumpimos, Teniente Lassale?

—Sí, digo no —se levantó para tenderle la mano—.

—Soy el Capitán Reno, y éste es el oficial Grenet —el segundo individuo asintió con la cabeza—.

.....

Percibió el chasquido y aguzó el oído para tratar de localizar el origen de la perturbación sin hallarlo. Miró en dirección a la cabeza de la comandante sin atreverse a confirmar sus sospechas, y en aquel preciso instante volvió a notar la leve perturbación en los canales abiertos.

—Irina, coge los trastos y evaporémonos... cancela la operación.

—¿De qué demonios hablas...?

—Cancela la puta operación, nos tienen cogidos... —Irina asintió mecánicamente mientras se preparaba para salir zumbando y escuchaba los gritos de Iván— ...Ilia, saca a los críos de ahí y largaros con viento fresco, nos han pillado... Ilia... ¿Ilia?... —Ilia no contestó—.

Alex estaba a la escucha y lo comprendió de inmediato, miró por el retrovisor y vio la forma oscura que se acercaba en el instante en que el cristal trasero saltaba en pedazos, atravesado por las postas que alcanzaron su cuerpo a través del asiento, lanzándole contra el volante y el parabrisas. El segundo estampido rompió la luna delantera tiñéndola de rojo y mezclándola con los restos de su cabeza que se esparcieron sobre el capot.

Galina tenía enfocado a Besson cuando el proyectil le atravesó la cabeza de parte a parte, reventándola como si fuera un melón. Arkadi pudo ver a su enemigo, y hasta tuvo tiempo de moverse ligeramente antes de que su brazo derecho saltara en pedazos a la altura del codo; quedó inerte, en una postura estúpida, sobre las tejas

blancas de una casa vieja que quedaba enfrentada a la buhardilla. Un segundo disparo, limpio, le marcó la frente sudorosa bajo el pelo lacio y rubio que surgía a través del pasamontañas, rompiendo el visor. Vitali apuntó a la cabeza del hombre que veía delante, sin saber su nombre ni interesarle lo más mínimo lo que le estaba haciendo aquella mujer que perdía la cara y las manos entre las piernas blancas y gordas de su objetivo; la puerta se vino abajo y las linternas le cegaron mientras reconocía los puntos rojos rozándole las pupilas y sentía el quemazón que le rompió la cara. Vania seguía observando a Vaugirard mientras se la chupaban, y escuchó por el auricular una voz que le decía algo que no pudo entender porque una bala le había perforado el pecho, empujándole al vacío.

—¡Corre, corre, todo está perdido!

Irina abrió la puerta trasera de la camioneta. Iván no solía equivocarse, aquel puto cuarentón manco estaba en lo cierto, y sintió la adrenalina surcándole el cuerpo, como un gigantesco oleaje, y supo que venían tras ellos. El manco llevaba una CAWS en la mano y no sabía decir de dónde la había sacado, ni lo iba a preguntar. Avanzaban entre los coches y los camiones, pisando la nieve y los cables que recorrían el suelo, bajo el atronador ruido que salía del pabellón. Iván detrás, con la escopeta pegada a la pierna, y ella delante, con la P7 aferrada en el interior del bolsillo. Miradas recelosas y cautas, intentando divisar sombras. El guardia de seguridad que custodiaba la unidad móvil de la TF2 les vio y se movió hacia los camiones.

—Nos han visto, corre...

Comenzaba el calvario. Pasaron agazapados y agachados, con las armas alzadas, ante las caras incrédulas y aterradas de un grupo de niños que escuchaban el concierto desde el exterior. La escena se desarrollaba a cámara lenta, con el fuego del miedo quemándoles las sienes y haciendo que sus corazones cabalgaran a un ritmo que se acoplaba frenéticamente a los sonidos que surgían del interior del pabellón. Una hilera de coches más y se encontrarían frente a la Estación; entonces lo vio, girando en su dirección; y apuntó; y el destello del disparo la cegó mientras la sombra caía al suelo y el mundo comenzaba a moverse a cámara rápida por delante de sus ojos, con fogonazos de gente que gritaba y los miraba mientras se ocultaban o tiraban al suelo. Una camioneta de la Gendarmería derrapaba y les cerraba el paso definitivamente cuando varios agentes comenzaron a disparar hacia donde estaban ellos.

—¡Corre a la izquierda! —rugió Lavreniov—.

Notó el cuerpo de Iván a su lado, y los golpes secos de las balas atravesando la carrocería de los coches que les servían de atrincheramiento, o silbando sobre sus cabezas. Saltaron cristales mientras giraba, levantándose, en la dirección que le había ordenado su agente y escuchaba, uno tras otro, los diez disparos que abasaron chalecos, hombres y chapa con igual eficacia. Miró hacia atrás por un instante, Lavreniov estaba en cuclillas, tenía la escopeta entre las piernas, dada la vuelta, y colocaba con

su único brazo un nuevo cargador, parapetado junto a un vehículo mientras los impactos reventaban los neumáticos y abrasaban la carrocería, al menos contó dos que dieron sobre el propio cuerpo de Iván; le miró y supo que aquel hijo de puta, Iván Lavreniov, el lituano, el manco, el hombre que llevaba un cigarrillo encendido entre los labios, perdería los huevos por evitar que la cogieran: con un rápido movimiento había girado de nuevo el arma hasta que la culata reposó sobre el anorak ensombrecido y rasgado de una figura que se había levantado y comenzaba a disparar contra una nueva dotación que había parado tras la primera.

Corría a grandes zancadas, evitando resbalar, sintiendo el frío en la cara y el calor en las entrañas mientras empujaba gente y guardaba el arma. Salió a la calzada entre coches que iban y venían, corría manteniéndose alerta y tratando de ganar un tiempo y un espacio que la policía y los del Bureau intentarían arrebatarse. Agotada, llegó a las inmediaciones de los Inválidos y buscó un vehículo con que alejarse de aquel infierno que batía ocularmente un helicóptero a media altura y al cual escuchaba ronroneando sobre los edificios. Localizó una scooter y retomó la loca carrera buscando huecos inaccesibles hasta que la calma comenzó a ganar terreno en su interior; tenía que llegar cuanto antes a la base y avisar a los otros, si es que a aquellas horas quedaba alguien. Le habían jodido medio “Domovoi” y no quería que jodieran a los que quedaban. Mientras avanzaba, cerca de la Torre Eiffel, se sintió aterida por la gelidez del aire que le cortaba la cara. La cazadora que le cubría no impedía que el frío le llegara hasta los huesos, y la nieve le cegaba los ojos. Un coche patrulla salió de una esquina y se interpuso en su trayectoria, no pudo evitar tragárselo. Ahora sí que la había jodido del todo. En el suelo, con un dolor intenso en el brazo izquierdo y en la cabeza, pensó en lo que iba a ocurrir y lo que supondría... miró en dirección al vehículo celular, uno de los agentes apuntaba en su dirección con una Spas o una Benelli, y el otro con una pistola... La tenían cogida tanto si escapaba como si no lo hacía.

—¡Quédese donde está, no se mueva!

Hizo caso y se concentró en el que la apuntaba con la escopeta mientras el otro avisaba a la Central. El hombre soltó la Spas y se desplomó como una marioneta a la que cortan los hilos. El otro no tuvo tiempo de reaccionar, para cuando percibió lo que le acababa de ocurrir a su compañero, una onda de choque le golpeaba el cerebro cegándole por completo mientras su cuerpo resbalaba por el asiento. El esfuerzo de la huida y el realizado para evitar la captura, habían terminado con sus reservas. Se alejó lentamente, de forma desgana, con dirección a los muelles, esperando que la policía tardara en llegar. Llevaba el brazo izquierdo roto y estaba seriamente tocada; magullada y derrotada sabía que no llegaría demasiado lejos. Varios curiosos, desde los coches y las aceras la miraban con caras asustadas, bajo la nieve intensa que desdibujaba París al filo de la madrugada.

En el exterior de la camioneta que había dejado atrás, a unos cien metros de donde permanecía tirado el cuerpo acribillado de Lavreniov, varios agentes uniformados observaban al grupo que se hallaba en su interior, fisgando y recogiendo pruebas, hasta que la deflagración acabó con todos ellos. Iván sonrió desde el infierno.

.....

Como había supuesto, Coubert era un pez gordo que el aparato trataba por todos los medios de preservar. Habían charlado durante quince interminables minutos sobre el agregado francés y su amante, por alguna razón a la DST sólo parecían interesarle aquellos dos cadáveres y el hombre vivo que había huido, pero no iban a dejarle tranquilo.

—En lo que a mí respecta, los cinco fiambres y el que ha escapado pertenecen al mismo caso, y están bajo mi jurisdicción, y no me vale el “aquí no ha pasado nada”.

—Haga lo que quiera, de todas formas el Prefecto recibirá indicaciones y le dirá lo que tiene que hacer.

La cabeza de pájaro de aquel hombre, donde la alopecia había ganado terreno a lo largo de una línea que parecía trazada con regla, y que tenía una nariz aguileña sobre un bigote negro y espeso, bajo unas grandes gafas, se agitó con gesto grave sobre los hombros.

—Estamos ante un caso que atañe a la seguridad nacional, no sé si me entiende... como ya le he dicho, por su bien será mejor que cierre la carpeta y dé el caso por concluido, los intereses de Francia no necesitan intromisiones como las que puede generar su intervención. Ya estamos buscando al alemán, si ustedes lo encuentran primero, se lo quitaremos, así que... yo que usted me tomaría poco trabajo en la investigación y pondría a toda mi gente a buscar a ese malnacido.

Lassale no pretendía llevarle la contraria, y menos ante un caso que olía a “seguridad nacional” desde un principio, pero conocía perfectamente los problemas que se derivaban de las “maniobras” de la gente de la DST. El vecindario y la prensa iban a querer respuestas inmediatas sobre una noche que había dejado tras de sí a cuatro muertos en el mismo barrio. El horno no estaba para bollos y quería matizar en lo posible su propia responsabilidad en el asunto, porque el Prefecto no se iba a mojar, en cuanto le llamaran le pasaría el papelón, y “si te he visto no me acuerdo”. Además, estaba su propia integridad como persona y policía. No se le levantaba, era cierto, pero todavía no había nacido el cabrón que le hiciera desistir en un empeño, y aquel caso comenzaba a suponer para él un asunto personal por el que se enfrentaría a quien fuera. Nadie mataba ciudadanos en su demarcación sin dar una puta explicación, aunque fuera el propio gobierno.

—De momento, y hasta que el Prefecto reciba las instrucciones de sus superiores, todo seguirá como está. ¿Queda claro?

—Como prefiera.

Aquel imbécil de Reno y su callado acompañante le siguieron hasta el descansillo donde estaban situados los ascensores, una vez terminada la estúpida reunión.

—De todas formas, Capitán Reno...

—¡Por Dios, llámeme Silver!, los que me conocen así lo hacen, y quiero que vea en mí a un amigo, me temo que vamos a tener que colaborar —enarcó sus pobladas cejas—, al menos durante un par de semanas...

—Silver —le costó decirlo mientras sonreía forzosamente—, quedamos en ello: en cuanto tengamos los informes forenses y los datos que hemos solicitado a la Interpol, a la embajada y policía alemana, se los haré llegar sin tardanza; y si encontramos al alemán, cuente con que le avisaremos el primero, no lo dude; pero necesito respuestas y soluciones, o seguiré buscándolas por mi cuenta.

—Cúidese teniente, tiene mala cara... —sonaba a amenaza—...una buena mente sólo puede funcionar en un cuerpo bien cuidado...

Aquello le tocó los cojones y se envaró.

—¿A qué se refiere?

—Acépteme un consejo —hablaba suavemente—, las mujeres son peligrosas, se lo dice un hombre con amplia experiencia al respecto —teatral y académico era lo menos fuerte que se podía decir sobre las últimas palabras que le dirigió Reno—.

Por fin la puerta del ascensor se cerró, y en ella viajaba un capítulo turbio que le sobraba en su complicada vida de servicio, si tenía que colaborar con aquellos hijos de puta, lo llevaba claro. Necesitaba descansar y por primera vez en mucho tiempo lo iba a hacer. Hablaría con Natalie y le pediría paciencia y tiempo, y con un poco de suerte encontraría el maldito hueco que le permitiría reconstruir su vida, como le había dicho Paul. Se dirigió hacia su mesa y levantó el teléfono para llamarla, pero la línea ya estaba ocupada: Jean Pierre o Clara, tal vez los chicos le necesitaran más de lo que pensaba.

Estaba recogiendo su gabardina cuando se fue la luz del edificio, entre gritos de alarma y silbidos; París se iba apagando por zonas, lentamente, hasta que reinó una oscuridad absoluta en el horizonte nevado de la ciudad que aparecía reflejada en los ventanales. Avanzó unos pasos y se volvió hacia los cristales cuando el campanario del Sacré Coeur marcaba la media noche. Tras él, Paul agitaba su auricular mientras susurraba algo que no escuchó.

.....

Aterida de frío, la humedad, el cansancio, y el dolor, habían terminado con las pocas fuerzas que le quedaban. París estaba a oscuras, se había apagado como un árbol de navidad después de la fiesta.

Se arrastró a través de la nieve y la hierba, como pudo, para cobijarse bajo unos arbustos y evitar, así, la incesante nieve que caía, cerca del Palacio de Chaillot, atisbando las luces de los vehículos que se movían como serpientes a una treintena de metros, en la avenida Kennedy, y recordando la emboscada que les habían preparado: habían sido cogidos como conejos en una cacería.

Mientras se agarraba las piernas con el brazo derecho y dejaba descansar el izquierdo, comenzó a llorar de forma amarga e incontrolada, tal vez fuera la tensión acumulada, o el propio frío, o la sensación de que todo se acababa, o simplemente el pensar en que ni siquiera le quedaba una bala en el cargador para terminar allí mismo con la espera; lo cierto era que se sentía perdida, y llorar le parecía el único lujo que podía permitirse. Abrió sus ojos azules para observar las luces de los coches y las de algún barquito que navegaba por el Sena, hasta que divisó las de una camioneta que se quedaron paradas y quietas en su perpendicular, cerca de la acera. Volvió a sacar la pistola, aunque sabía que no serviría de nada. Lejos se escuchaban sonidos de sirenas y pitidos de coches encajonados en los atascos que habían paralizado la ciudad, todo ello en una sinfonía que le pareció un mal réquiem, y comenzó a escuchar los pasos de los hombres, dos sombras que se acercaban, rompiendo la nieve, a contraluz con la luminosidad que gobernaba la carretera. Se mantuvo tranquila, hasta que escuchó una voz familiar que la llamaba en un tono bajo y suave:

—Comandante...

Apuntó al centro de la primera sombra, la más grande, y mantuvo la boca cerrada.

—¿Seguro que está aquí?

—Estoy seguro, la noto —contestó la sombra de atrás—.

Nikita, era Nikita, y posiblemente la sombra de delante pertenecía al amigo de Alex. No creía en Dios, pero juró replantear sus creencias mientras se levantaba.

(1998)

SARAJEVO respiraba tranquila a pesar de los incesantes bombardeos del ejército serbio y de los cada vez más habituales francotiradores que asolaban las calles en cuanto desaparecía la luz. Había decidido sacar a pasear a Délano tras el altercado que había tenido con Danzig, acercándolo hasta uno de los cafés que permanecían abiertos en el barrio musulmán. La ciudad luchaba por buscar la normalidad, sin embargo, las tropas de Belgrado seguían avanzando y cercándola; el corrosivo nacionalismo que blandían los ambiciosos dirigentes croatas y serbios, alimentados por el apoyo explícito de Francia y Alemania y la dejadez internacional, estaba dando al traste con

las expectativas de paz en los Balcanes y la guerra iba a peor. Llevaban un año largo trabajando en los restos de Yugoslavia, y habían sido trasladados a aquella zona para localizar un aparato desaparecido de Stuttgart tras la gran guerra y del que se suponía que podría estar localizado en la zona norteña y minera de Tuzla. Pischertsrieder manejaba la batuta desde Viena, y había articulado la operación de búsqueda y localización de un aparato que al parecer se hallaba cerca. A finales del año 44 —antes de que las propias investigaciones americanas derivaran en la creación de la bomba que asoló Hiroshima y Nagasaki—, los nazis pusieron en marcha un equipo de investigación que buscaba mutantes en base a la teoría del bombardeo selectivo sobre humanos, consiguiendo algún tipo de resultado cuando el III Reich tocaba a su fin y ya era demasiado tarde. Tiempo después de la conclusión del conflicto armado de mitad de siglo, un grupo filonazi consiguió recuperarlo y ocultarlo en las entrañas de la Yugoslavia del Mariscal Tito. El operativo dirigido por Pischertsrieder había encontrado una pista sobre el paradero, que coincidía con movimientos de células M, fundamentalmente americanas y ex—soviéticas, lo que comenzaba a concretar las sospechas. La misión de Brindel y su pequeño y cansado grupo de trabajo era concreta: seguir y destruir a los operativos americanos que estaban trabajando en la zona antes de que encontraran el dichoso aparato, de los rusos se encargaba otra célula; pero como siempre, el “Dálmata” tenía su propia dinámica y sus propios problemas internos que de cuando en cuando afloraban de forma bastante dramática.

Danzig, el enlace establecido por Londres, era un inteligente oficial de amplio y magnífico historial que había luchado en el teatro europeo durante los últimos años. Los informes sobre él hablaban de un hombre reacio a someterse a las estructuras y difícil en el trato con sus superiores, pero avalado por su impecable hoja de servicios. Nathaniel Bergman, era diferente. Délano, así le gustaba llamarlo a él, era el más joven del grupo, un muchacho de apenas diecinueve años que era todo impulso y que tenía buena madera para convertirse en un buen agente, pero al que todavía le “faltaba cocción”, como diría Brideshead. Su impulsividad sólo le acarreaba problemas, y tras el puñetazo que le había propinado Danzig, en mitad de la cara, había considerado necesario airearlo un poco, para evitar, precisamente, uno de los iracundos accesos de ira que muy bien podrían haber acabado con la carrera del enlace y con las expectativas de todo el equipo.

—Relájate.

—Es un hijo de puta engreído.

Délano era un adolescente, y como todos los adolescentes sufría problemas que eran ininteligibles para los considerados adultos, así que hizo de tripas corazón y trató de explicarle que lo mejor que podía hacer era evitar otro encontronazo con Danzig y que convenía que se concentrara en su propio trabajo, que bastantes energías le reclamaba.

—Podía haberle partido la cara.

—Lo sé.

—No merece el aire que respira...

Danzig era un tipo raro, paranoico y extraño. Su actitud dentro del operativo no tenía nada que ver con lo que decía su hoja de servicio, sin embargo había sabido granjearse su amistad, y durante el mes que llevaba junto a él, había comenzado a apreciarlo.

—...te la acabará jugando, Christo, y lo lamentaremos.

Estaba hasta los cojones de que todos y cada uno de los integrantes de “Dálmata” acabaran, tarde o temprano, por hablar de igual modo del resto de sus compañeros, pero la convivencia acarreaba aquellos comportamientos; Charlie era la excepción, él nunca hablaba mal de nadie, en realidad nunca hablaba de nada. Nyman era fundamentalmente irrespetuoso con todos y con todo, y a pesar del aprecio que sentía por él, le molestaba su forma de actuar. Había vivido su infancia y juventud con plenitud, incorporándose a Heracles durante sus estudios en la universidad, cuando había disfrutado de la vida. La diferencia entre Nyman y él estribaba en el propio concepto de la vida y del trabajo, y tal vez por ello le irritaba tanto que su compañero fuera como era; Nyman había aprendido a beber de la vida a sorbos, él lo hacía a tragos y la mayoría de las veces amargos. Sabía que su razonamiento era una perfecta estupidez, que en el fondo cada cual tiene derecho a ser como quiera, pero le jodía profundamente que alguien como su compañero se comportara como siempre había deseado comportarse él; le habían descojonado de lo lindo, a Nigel no. Danzig era un poco como Nigel, pero de una forma irracional. Nyman era un buen agente, el perfecto agente, sin escrúpulos ni falsas modestias; trabajaba con ellos pero podía trabajar para cualquier otro grupo con la misma eficacia; no le importaban las razones de las cosas, sólo se importaba él mismo y su propia supervivencia, y por supuesto el éxito de cada misión encomendada; él se ahogaba en el fango porque sabía perfectamente que trataba de escapar de una vida que no le gustaba lo más mínimo; envidiaba a su compañero y Nigel lo sabía, y por ello gustaba de joderle continuamente con su arrogancia. Danzig, sin embargo, se mostraba altivo, distante y moralmente correcto, como si la mierda la llevara dentro y la comprendiera por ello. El joven que tenía delante, enmarcado por la decoración claramente otomana del café, era el contrapunto preciso de sus compañeros, la vida le recorría los cuatro costados, buscando razones y espacio donde mostrarse.

—Tienes que olvidarlo, no merece la pena —le dijo—.

Délano se sumergió momentáneamente en un pozo profundo, pero él sabía que tarde o temprano saldría por sí mismo, sólo trataba de auparle un poco. El grupo se hallaba cansado, llevaban demasiado tiempo en aquel frente. A pesar de sus continuas quejas, los de arriba consideraron pertinente dejarlos donde y como estaban, y

ya se sabe, un grupo agotado acaba por ser una burda caricatura de sí mismo. Sinceramente confiaba en que siéndolo podrían solventar todo lo que les echaran encima, como habían hecho hasta el momento.

—No te das cuenta, Christo, Danzig parece un hombre de acción que por necesidades imperiosas se hará cargo de la retaguardia a falta de nadie cualificado para ocupar el puesto; hace patentes su incomodidad y disgusto aunque parece entender la razón que le lleva a encargarse de la zona más vulnerable del equipo... y sin embargo es lo que busca...

Délano estaba tocando, con su educada y formada palabrería, sin quererlo, una de las fibras más sensibles y que más le molestaban de la actitud del nuevo.

—...entre los papeles y los informes puede dilatar el tiempo y enmendarle la plana a la realidad y los resultados, él es la comunicación con el exterior mientras nosotros trabajamos a destajo en pésimas condiciones, sin atender a si lo que nos comunica es cierto o sencillamente una mierda...; ándate al loro con él...

—No dramatices, y menos ahora. Has cometido errores como hemos hecho todos, Danzig y tú habéis llegado a un punto que no tenía que haberse dado...

—Le conozco, he visto a otros como él, se hacen imprescindibles y después abandonan.

—Tómate el café y calla —le ordenó—.

Danzig le preocupaba, era un paranoico, ¿pero quién en aquel mundo de locos no lo era? La paranoia es un estado mental considerado pernicioso, pero en el fondo no es sino una forma de ver diferente a la considerada normal. El paranoico recrea su propio mundo engranándolo con el otro. Tal vez los paranoicos fueran ellos y el lúcido, Danzig. También resultaba posible que aquel hombre pudiera haber borrado las pistas sobre su pasado, eliminando riesgos innecesarios; y también podía ser que hubiera conseguido granjearse, después, su amistad, matemática y friamente, buscando en la nueva unidad el refugio perfecto para la inoperancia y negligencia que le había soltado a la cara Délano antes de que le devolviera el puñetazo. Muy bien podía haberse confeccionado una identidad ficticia que lo hacía imprescindible; agazapado podía sacar partido de los defectos de la propia estructura interna del operativo y denunciándolos se ganaba una importancia de la que carecía en realidad. Su fobia a las estructuras y la dificultad en el trato con los superiores podían ser un simple subterfugio para amparar su propia incapacidad para aguantar la presión, pero sinceramente creía que Délano exageraba, antes, y ahora, aturdido por la rabia que le encendía el rostro y le hacía contener unas lágrimas que afloraban en sus ojos rasgados. Danzig era su lugarteniente y lo consideraba un amigo. Un oficial debe confiar en sus hombres o la efectividad de su unidad no sirve para nada —se lo habían enseñado en el cursillo de dirección de operativos—, lo que tampoco le impediría ser el directo responsable de lo que ocurriera si Délano llevaba razón en lo que decía.

Personalmente le gustaba confiar en los que le rodeaban, de esa forma se sentía seguro, y no quería que gracias al problema surgido entre el chico y Danzig cambiara nada; si ya resultaba difícil sobrellevar la responsabilidad propia de su cargo al frente de una célula móvil, sólo le faltaba que aquel presagio de mal agüero le turbara la cabeza, llenándole de prejuicios y temores. Trató de cambiar de tema.

—Tienes que darte tiempo, eres demasiado joven, si me permites la estupidez... —Délano sonrió por primera vez—, ...pasas demasiado tiempo pensando en otras cosas, lo que te lleva a enfrentarte con la cruda realidad como si fuera un muro de hormigón armado que no puedes derribar. Si te plantearas el trabajo como algo con lo que no te quedan otros cojones que vivir, al final el muro se desvanecería y podrías vencerlo hasta que todo se volviera soportable... dejándote hueco para las otras cosas que anhelas y que al final llegarán.

Délano le miraba con sus ojos limpios y él se sentía un perfecto cabrón por estar engañándole. No había conseguido derribar el muro, ni lo conseguiría, y la vida se le seguía escapando entre los dedos sin que lograra siquiera atraparla un poco. Nigel podría explicárselo mejor si fuera capaz de entender que Délano era simplemente un muchacho y no un compañero de fatigas al que le importaba un rábano la consecución exitosa de las misiones. El propio Danzig podría hacerlo, pero su soberbia le impedía considerar al chico como un igual, aunque le diera mil vueltas. Él, personalmente, agradecía disponer a su lado de una persona que soñaba con chicas y con una vida normal, como hacían los jóvenes de su edad, de aquella forma se sentía limpio y reconfortado, y en cierto modo exculpado por compartir cátedra con hijos de puta como Nigel y Danzig; Charlie seguía siendo otra cosa, extraño hasta para sí mismo, y Dana continuaba significando su propio fracaso.

Un sonido hueco les despabiló, lanzándoles instintivamente al suelo, bajo las mesas. Un francotirador chetnik estaba barriendo la zona con un Mauser desde una posición indeterminada, habiendo alcanzado a una mujer que yacía en mitad de la calle y cuyo cuerpo se desangraba sin que nadie pudiera hacer nada salvo esperar. Por fin dos hombres se arrastraron hasta donde estaba y cogiéndola por los pies trataron de quitarla del ángulo de aquel malnacido que disparó de nuevo manchando de rojo el pecho de uno de ellos.

—¡Hijo de puta!

Délano había buscado su pistola y trataba de desenfundarla mientras él le retenía el brazo.

—No harás nada con ella, sino complicar las cosas...

Un flashazo le llevó como un relámpago a una playa que conocía, en la que había estado y en la que se hallaba un hombre de raza negra, sentado, que miraba el oleaje. Lentamente se despertó, pero no abrió los ojos, por mera precaución. Los so-

nidos, los olores de aquel lugar le resultaban desconocidos y recordó el callejón, y la sombra que percibió antes de desmayarse.

.....

Aquel a quien llamaban “fraile”, un individuo inmenso, con rasgos de gigantismo que deformaban su cuerpo, estaba masajeando con sus enormes manazas el brazo roto de la comandante, ante los ojos atentos de Tsvietaiev y la pobre iluminación de una linterna que se encontraba en el centro de la mesa del despacho, atiborrado de mierda y papeles viejos, en la parte alta de un almacén abandonado en las afueras de París, al norte. El ambiente que se respiraba era muy tenso, aquel agujero no le había gustado a nadie y la comandante ya había dado las órdenes precisas para cubrir, en lo posible, la eventualidad de un ataque que él consideraba inminente.

—No me gusta que fumen cuando estoy cerca...

—Voy a apagar el cigarrillo, por pura cortesía.

—Lleva un rato jodiéndome Tsvietaiev, ya no tiene cerca a Alex, y en lo que a mí respecta, la que manda en esta unidad soy yo, y por encima de mí sólo tengo a Brodsky, así que váyase haciendo a la idea: la que da las órdenes soy yo y no me gusta que fumen cuando estoy cerca, si quiere hacerlo tiene espacio suficiente al otro lado de la puerta —señaló con el brazo y la mano derecha hacia el oscuro lugar que se extendía al otro lado del pequeño habitáculo en donde estaban—.

—Me gustaría hacer algo además de estarla escuchando...

—Pues de momento no le necesito para nada, así que si quiere váyase a dar una vuelta.

Igor se mordió los labios, intentando evitar una discusión tan estúpida como todo lo que estaba viviendo; desde que la conoció supo que la relación con la mujer no sería buena, por mucho que lo intentara. Mientras apagaba el cigarro contra la jamba de la puerta, los ojos abultados de “fraile” le miraron con una placidez y pasividad que no parecían indicar nada bueno —se había acostumbrado a verle cejijunto y con un aire bastante lóbrego—, tal vez a él tampoco le gustara que fumaran a su lado. Tsvietaiev se volvió para dirigirse hacia la puerta y sentarse en uno de los escalones de la escalera que descendía hacia la superficie negra del local, un enorme hangar que disponía en sus entrañas de tres muelles de carga que ahora desaparecían de su vista, sumergidos en una oscuridad pastosa y fría que ocultaba, también, la sombra de la camioneta pequeña que estaba aparcada en el segundo de ellos. El resto era un espacio amplio que en sus buenos días se habría encontrado repleto de camiones y de mercancías que provenían del Este. “Metropolitain 4” era una empresa de transporte que amparaba bajo su legalidad uno de los túneles de acceso y salida de agentes. Como otras tantas del ramo, cambiaba habitualmente de domicilio dejando atrás rudimentarios escondites que servían durante un tiempo muy reducido y que resul-

taban poco seguros. El Bureau sabía de la existencia de “Metropolitain 4” y de los otros escaparates diseminados por el GK en la capital, seguía todas sus huellas. Él se hallaba sentado a medio camino de la escalera metálica que unía la oficina con el suelo, bajo aquella pequeña estructura se encontraban un par de habitáculos, o almacenes, cegados completamente al exterior salvo por el estrecho pasillo que también daba acceso a los servicios de la instalación. En una primera observación había encontrado mucho material abandonado que no parecía servir para nada útil; sin embargo, Bela, el hombre que ahora se encontraba vigilando el portón de entrada, había encontrado qué hacer con ello, considerando pertinente agrupar cajas de madera y cubiertas destrozadas junto a la camioneta que los había traído —al joven llamado Nikita, a la comandante y a él mismo—, cuando la encontraron cómo y dónde había previsto el muchacho. Mientras perdía la vista en el ambiente que le rodeaba, pensó por un instante en lo difícil que se le estaban poniendo las cosas, y en la razón que tenía el pobre Alex cuando le dijo que lo que necesitaba era un milagro. No iba a encontrar a Misha salvo que consiguiera salir de aquel atolladero, y dada la situación, tendría que mantenerse en aquel sitio al menos durante un tiempo que se le antojaba demasiado largo. Todo el cansancio del viaje, del día transcurrido en París, se le amontonó en la cabeza y los párpados; se sentía embotado, los ojos le escocían y le dolían las piernas, saturadas por horas y horas en posición vertical, moviéndose de aquí para allá. El joven Nikita se acercó hasta el inicio de la escalera.

—A pesar de las apariencias tiene un buen llevar...

—¿Quién?

—Ella —señaló con la cabeza hacia el interior de la pequeña oficina que coronaba la escalera metálica—.

—¿Te importa que fume?

—A mí no...

Arrastró el humo de aquel cigarrillo hasta el interior de sus pulmones, como solía hacer con el primero de la mañana, y se acarició la cara notando la barba que ya despuntaba tras una jornada sin afeitarse.

—No le ha gustado el cobijo que nos han ofrecido, ni la división del equipo.

—A mí tampoco...

Aquel lugar parecía una ratonera. Demasiado campo abierto a su alrededor y demasiada poca gente en su interior. Los dos jóvenes a los que llamaban “zelotes”, y tres agentes más, habían sido evacuados por la Jefatura de Zona a una posición en el interior de la urbe, a ellos les habían mandado sencillamente a la mierda. Recordó brevemente la discusión suscitada con el muchacho que tenía enfrente cuando se atrevió a recomendarle que no hiciera caso de las instrucciones que acababan de llegar. «Las órdenes las da Eva, o en su caso Irina», y sus pensamientos recalaban brevemente en Marina, en la putada que había significado no tener hijos, en Mijail, en la

pequeña cara ovalada de Misha y en los “aires” que se respiraban en aquella pequeña unidad de combate que no iba a durar un asalto.

—¿Quién es el chico?

Nikita era un lector mental y ya había demostrado sus buenas dotes como rastreador; aquella intromisión en sus pensamientos no le sorprendió lo más mínimo, pero no contestó.

—¿Por qué lo buscas?

No tenía ganas de hablar, pero le hacía falta hacerlo, sobre todo por evitar que la cabeza le saltara en pedazos, así que, mientras el “fraile” sanaba el brazo destrozado y las magulladuras de la oficial, y Bela hacía un vigilancia que serviría de bien poco, parapetado en aquella trinchera tan “sui generis”, y el alemán seguía “viajando” tras el golpe que había recibido, Igor decidió ponerse a charlar con el joven que tenía delante, intentando, de paso, conseguir más información de la que disponía.

—¿Me reconociste?

—Forma parte de mi trabajo, vi tu mensaje en el buzón y te seguí hasta el interior de la cafetería.

—¿Alex lo sabía?

—También forma parte de mi trabajo el informar a mis superiores sobre los hallazgos. Recorro todos los días las mismas zonas, el metropolitano, Tullerías...

Igor sonrió mientras soltaba una columna de humo por la nariz. Por la mañana, Nikita había estado a apenas una mesa de distancia en el café La Madeleine, junto a la muchacha, antes de su entrevista con Gagarin.

—¿La chica forma parte del grupo?

—No, es mi novia.

Aquel joven de aspecto blanquecino y débil, que tenía una cabellera lacia y mermada por algún tipo de tratamiento químico, le recordó las labores de búsqueda de cobertura que tienen como obligación todos los agentes en países extranjeros. Primero un trabajo y un domicilio fijo, después, amistades a las que puedan abandonar, incluyendo la posibilidad de enamorarse y barrenar lo más maravilloso que ofrece la vida cuando se tienen veinte años. Una mierda vamos.

—No la dejaré nunca.

La afirmación le obligó a mirarle directamente, un cuerpo delgado coronado por aquella cara afilada y los ojos oscuros enmarcados en amplias ojeras; Nikita parecía débil, pero sólo por fuera; llevaba apenas dos horas con él y ya empezaba a sentirse molesto por su extraña personalidad.

—¿Cómo lo sabes?

Nikita se movió ligeramente.

—¿Y eso qué importa?

Lo cierto era que importaba bien poco, que todo importaba bastante poco.

—¿Por qué me seguiste tú?

El crío se las sabía todas. Antes de encontrar al alemán, había decidido dar una vuelta siguiendo a Nikita y al subnormal, pero creía que no le habían visto. Recapitó sobre su último pensamiento y lo desterró mientras miraba al lector mental y le soltaba un concepto bastante duro: «no me gustas».

—¿Por qué? —Nikita movía la cabeza y sonreía—.

—En realidad no me gusta toda esta feria: un gigante que sana milagrosamente, un subnormal que no sé qué pinta, un crío atacado de leucemia o cualquier otra mierda al que parece que la vida le resbala, y una comandante que sólo sabe chillar, que no ha podido cuidar de su gente, y a la que no le gusta que fumen a su lado.. sólo faltan una echadora de cartas y un payaso —la cara se le iluminó—, no, el payaso soy yo... —concluyó con una mueca que hizo reír al chico—.

Nikita le devolvió la patada sin dejar de sonreír:

—¿Quién es el niño en quien pensabas?

—Déjame en paz —Igor volvió a inspirar una amplia bocanada de humo a través del filtro de su cigarro y retiraba la vista—.

—¿Por qué lo añoras?

—No lo añoro, lo busco —le miró otra vez a la cara, con su peor semblante—, se lo juré a su padre.

—¿Y dónde está? —Nikita empezaba a joderle con tanta pregunta y tanta sonrisa—.

—No lo sé... ¿me dejas ya?

Miró hacia la oscuridad y pensó de nuevo en Alex, y en la última conversación que mantuvieron bajo el pilar de un puente en la ribera del Sena. Era de locos tratar de localizarlo, y el cabrón de Gagarin tenía razón, lo más seguro es que estaría pensando en culos de chicas, o mirando tranquilamente la televisión mientras él se había metido en un follón del que no sabía cómo salir.

—Creo que Alex tenía razón...

—Oye, deja de joderme y de leerme los pensamientos —le increpó—, mis asuntos son míos —tiró el cigarrillo, lejos, a una distancia donde pudo verlo parpadear y apagarse—.

—No creo que tengas que temer por él.

—¿Y eso cómo lo sabes, también puedes leerlo en mi puta cabeza? —las palabras, soltadas con un tono bronco y amenazante, se perdieron para serle devueltas, repetidas, en un profundo eco que recorrió el almacén de parte a parte—.

—Es sólo una sensación...

—Pues guárdate tus sensaciones, ¿me oyes?

Llevaba todo el día perdiendo los estribos, y aquel era uno de los puntos de su carácter que menos le gustaban porque reflejaban al hombre acorralado que sentía dentro. Trató de enmendar lo triste de la situación y se disculpó como mejor sabía:

—Mira, hijo, perdona, no me encuentro demasiado bien... —Nikita había dejado de sonreír y trataba de hacerle entender que le comprendía, observándole con aquellos sus ojos duros como dardos—...me parece muy bien lo que me dices pero... ¡déjalo...!

—Niki.

La voz empastada de Paul surgió de la oscuridad.

El “subnormal que pululaba por el interior de la unidad” como lo había definido despectivamente Igor, se acercó hasta donde se encontraban y tiró de la manga de la cazadora de Nikita mientras repetía:

—Niki, necesito que vengas —las palabras surgían con dobles consonantes, articuladas con cuidado, abriéndose camino entre la música barata y quejumbrosa que salía del transistor que llevaba en las manos—.

Nikita se excusó ante Igor y siguió a su amigo hasta perderse en la parte baja de la oficina, un miserable pasillo que acababa en un pequeño almacén donde se encontraba el alemán que había encontrado en las calles, custodiado por el otro integrantes laico del grupo, el francés.

—Si tiene un momento me gustaría hablar con usted, pero sin cigarros, Coronel.

Kobalena le llamaba desde la puerta mientras el “fraile” bajaba por las escaleras. Accedió y subió lentamente, apartándose ligeramente, dejando paso a la mole gigantesca del sanador del grupo.

—¿Nunca habla? —preguntó Igor al alcanzar el último escalón—.

—Le cortaron la lengua cuando tenía catorce años —contestó de forma seca la comandante, introduciéndose en el interior de la oficina del refugio—.

Igor se sintió estúpido y continuó maquinalmente:

—¿Qué desea Comandante?

Ella avanzó con dirección a la mesa para sentarse en una de las sillas que la flanqueaban. Igor cogió la otra, la que acababa de dejar el “fraile”.

—He dado órdenes para irnos de este lugar; abandonaremos París en las próximas horas.

—Yo no me marcho —afirmó Tsvietaiev—.

—Usted hará lo que le ordene —la voz de la comandante Kobalena surgía autoritaria y propensa a cualquier cosa menos a un cambio de dirección, mientras recogía los brazos sobre el regazo—.

—Me importa una leche lo que usted ordene, Comandante, no tiene ninguna potestad sobre mí, y no le voy a consentir que...

—No tiene alternativa —le cortó en seco—.

—Sí que la tengo...

Irina vociferó con un timbre ligeramente grave y profundamente femenino:

—No, no la tiene. O se entrega a Eva o viene con nosotros, quedarse en mitad de este infierno sólo puede empeorar su situación y la de todos, y es algo que no voy a consentir de ninguna manera.

En el fondo la mujer que tenía delante estaba en lo cierto, pero no quiso admitirlo.

—Me quedo.

—Está loco Tsvietaiev, no sé la razón que le ha traído hasta aquí, ni me importa. Accedí a lo que me pidió Alex por pura camaradería, pero me resulta imposible seguir dispensándole una cobertura frente a nuestra Jefatura si no hace lo que le ordeno que haga... —aquella mujer de pequeña estatura se le antojó a Igor la última representante de una especie al borde de la extinción; tenía agallas y llevaba los pantalones bien puestos, un ligero cambio de tono en su voz le indicó que todavía podía intentarlo—.

—Su Jefatura me la sopla...

—Alex tenía razón —gritó ella—, si le coge Eva le desollará vivo...

—¡Cojonudo!, ¡Eva, siempre Eva! Eva te acaba de meter un tubo bien grande por tu hermoso culo, chiquita, te ha desmantelado la unidad dejándote con esta pandilla de anormales... —su voz parecía una sierra mecánica—, ...a los buenos los ha colocado a buen recaudo porque a tí te creía muerta, imbécil, y sólo podía actuar así...

—... si fuese ella quien nos vendió al Bureau, ¿no es cierto?, ¿no es eso lo que iba a decir, capullo? —Irina estaba fuera de sí y su voz subía de tono hasta que chilló con fuerzas—, ¿pues ya lo sospechaba... se entera...?, por eso he ordenado la evacuación y le invito a que nos siga.

La comandante Kobalena disponía de una energía brutal, e Igor necesitaba no extralimitarse si quería conseguir algo, así que trató de calmarse mientras se levantaba y realizaba un corto paseo sobre la tarima.

—Necesitamos tranquilizarnos, ¿no le parece? —Irina asintió inspirando aire—.

—Mire, Irina —continuó Igor—, me importa una mierda lo que haga conmigo, yo no me marcho de París sin cumplir mi objetivo... pero usted será mejor que ponga distancia por medio... en eso estamos de acuerdo...

—El chico está bien, se lo aseguro —la voz de Nikita les interrumpió e hizo que ambos volvieran la cabeza con dirección a la puerta—.

—¿Qué chico? —preguntó Irina—.

—El hijo de Ajmàtov —contestó Nikita, mirando a los ojos de Igor y hablando para su superior—.

La comandante se revolvió en su asiento.

—¿Qué coño pinta el hijo de Ajmàtov en todo esto?

Tsvietaiev no quiso pasar otra vez por el trance de tener que explicar algo que ni siquiera él mismo tenía claro.

—No os importa —vociferó—, es un asunto entre su padre y yo mismo.

—No me ha entendido —volvió a interrumpir Nikita—, sé quién es y sé que está bien...

Tsvietaiev no se lo podía creer, aquel pequeño bastardo le estaba haciendo el caldo gordo para ayudar a su jefa. Un fogonazo surgió en su cabeza, un joven que podía tener la edad de Misha estaba tendido en una cama, con una muchacha de su misma edad durmiendo a su lado. Por la ventana se veía la nieve caer y sobre la mesita de noche una vela iluminaba el pequeño cuarto.

—Mírele bien —la suave voz de Nikita parecía arrastrarle hasta el interior de aquella habitación, frente al muchacho de grandes ojos castaños y cara ovalada bajo un pelo rubio como el de Mijail—, no sabe, ni sabrá, que su padre ha muerto, siempre pensó que lo esperaría en Rusia, no le haga la putada de decírselo.

A Igor se le revolvieron las entrañas mientras miraba con ojos encendidos al agente.

—Tampoco sabe lo que lleva dentro —continuó Nikita—, lo mejor que puede hacer es dejarle tranquilo, será la mejor forma de cuidar de él.

—Hijo de puta —las palabras surgieron rasgadas—.

—Nikita es nuestro mejor lector mental y un buen telépata, ya le ha visto en acción; si él dice que el chico está bien es que está bien, puede contactar con quien sea con sólo conocer un rasgo de su objetivo.

—Métase su puto circo por el culo, con carpa y todo —Igor hablaba de forma amenazante y desencajada a la comandante—, no me lo creo, no me lo creo —repitió—, sólo es una alucinación —no apartaba la vista de Nikita, quien permanecía de pie, aguantando el tipo mientras ponía en el interior de la cabeza del coronel un nombre que habría de reconocer: «Jacques Armand»—.

Aquello golpeó el cerebro de Igor desestabilizándolo. No lo había recordado hasta aquel puto momento, el niño fue dejado en manos de un amigo de Mijail que se apellidaba así.

—Vive en un edificio cerca de la Place des Vosges, su vida es tranquila y apacible, alejado por completo del concierto en donde tocaba su padre, como Mijail quería...

Sí, Mijail había querido alejar a Misha de la mierda que había acabó con su vida y tiempo antes con la de Katerina. Un sentimiento que surgía de un lugar que no supo concretar fue adueñándose de su corazón y de su razón, y poco a poco, algo en su interior comenzó a ceder.

—Perdóneme Coronel, creo que hará mejor obedeciendo a la Comandante. Su misión ha terminado, lo que ha hecho por su amigo muerto le ennoblece, pero..., no se acerque al chico o lanzará a los del Bureau tras su pista.

Cerró los ojos y volvió a mirar la escena que se desarrollaba en el interior de aquella pequeña habitación en la que no pasaba nada, y miró directamente a los ojos de aquel joven inmaduro que a su vez acariciaba con la vista, embelesado, la cabeza de la muchacha con la que compartía cama. Mijail podía descansar tranquilo, no haría nada por atraer las miradas bastardas de los que mataron lo que más amaba; y pensó de nuevo en Alex, y en su comentario acerca de que tal vez hubiera montado toda aquel tinglado sobre unas simples coincidencias. Ojalá el infierno se tragara a Menjou, porque Castellet, Poitier y Daumier ya habían recibido lo suyo.

Ocultó la cara entre sus grandes manos y pidió a Irina y a Nikita que le dejaran un momento a solas, más tarde hablarían de nuevo.

Cuatro sombras pudo contar, agazapadas entre los arbustos y la valla que circundaban el almacén. Podía haber más y esperó, observando a través de las lentes intensificadoras los movimientos que realizaba el grupo que estaba cercando el lugar. Descubrió una quinta que avanzó lentamente hasta posicionarse a escasos metros de la puerta de entrada, cerca de la garita abandonada. Un ladrido seco y lejano y la sombra se quedó quieta. Cerca del portón del edificio, otra forma se movió de manera imperceptible, a través de la grieta verde oscura que definía la entrada semi abierta. Los de dentro ya estaban sobre aviso, sólo quedaba esperar que nada le ocurriera a Tsvietaiev o perdería la pista.

.....

En la parte baja de la oficina, bajo sus pies, Igor sintió movimiento y un ruido extraño, y decidió salir. Irina hablaba con Paul y el “fraile” mientras daba órdenes al francés para que cubriera al hombre que custodiaba la entrada.

—¿Qué ocurre?

—Tenemos compañía.

Igor desenfundó su vieja Makarov y se acercó definitivamente hasta el grupo.

—¿Tenemos municiones?

—No las suficientes, lo mejor será huir, y rápido.

El almacén disponía de un conducto secreto que pasaba cerca del tanque de combustible que ocultaba en sus entrañas, y que acababa comunicando con la moderna red de alcantarillado de la zona norte de París. Foucault lo había revisado al poco de llegar, y estaba dispuesto para ser utilizado en cualquier momento.

—Nikita os llevará a través del pasillo hasta el exterior, el coronel y yo misma nos quedaremos cubriéndolos la retirada junto a Bela y Edouard —miró a

Tsvietaiev—, si salimos vivos os seguiremos. Coged vuestros papeles, y que haya suerte...

—¿Qué hacemos con el alemán? —preguntó el recién llegado Nikita—.

—No podemos preocuparnos por él, eliminadlo antes de que lo cojan los de afuera...

—Y una mierda... —rugió en voz baja Igor—, viene con nosotros.

Irina se volvió apuntando con la “Skorpion” que llevaba en la maque llevaba en la mano, directamente a la cabeza del coronel.

—No me obligue a hacerlo —sus agudos ojos reflejaban la tenue luz de la linterna que iluminaban el pasillo de la parte baja, y no dejaban lugar a dudas—.

.....

Había descoyuntado el cuello de la primera de las sombras, y le quedaban cuatro a la vista. Apenas a tres metros divisó a la segunda y se acercó amortiguando el paso, evitando siquiera mover el frío aire de la madrugada, bajo la nieve. Ya sólo quedaban dos cuando aquella luz le cegó por completo tirándole al suelo.

.....

Un ruido amortiguado de rotores y palas les sorprendió bajo las escaleras, el ataque se avecinaba peor de lo que habían esperado. El almacén se llenó de ruidos y de explosiones de las primeras granadas que atravesaron los ventanales superiores de las paredes, mientras el exterior se volcaba en haces de luz hacia el interior, atravesando los luceros y grietas de ladrillos y chapas. Afuera, un segundo grupo de seis hombres, tan bien pertrechados como el que acababa de alcanzar el perímetro, avanzaban dispersándose a la carrera por el descampado que separaba la verja del portón metálico que tembló brutalmente ante el impacto de dos granadas y su metralla.

—¡Francia juega en casa...!

Las palabras de Igor se perdieron cuando la portentosa cadencia de los sonidos que perforaban todo aquello que se encontraba a su paso, o que simplemente pasaban silbando sobre sus cabezas, indicaron a los supervivientes del “Domovoi” que se encontraban frente a una unidad de intervención de la Gendarmería, o del propio ejército francés y de sus putos FA MAS, apoyados desde el aire tal vez por un Puma que entraría en acción en breve. No venían a dejar supervivientes; Irina, Tsvietaiev y los otros lo comprendieron de inmediato y buscaron efímeros refugios entre las cajas, en el interior de la parte baja de la oficina, o detrás de las numerosas cubiertas de neumáticos abandonadas que se repartían por el pavimento interior de aquella ratonera.

—No hay tiempo, no hay tiempo, salida de ahí...

Los gritos y el corretear de sombras se mezclaban mientras Kobalena trataba de organizar a su pequeño grupo. Quedarse bajo la oficina sería un suicidio, porque el fuego y la metralla iban dirigidos hacia el lugar. Encima, el helicóptero conseguía la vertical sobre el tejado del edificio rectangular, cuando tres cargas abrasaron a los hombres que intentaban abrirse paso a través del portón. Por precaución el piloto elevó el morro sin abandonar su localización.

—A los muelles de carga —Gritó Irina, aprovechando el impass y el desconcierto generado afuera por la explosión de las trampas dispuestas por el francés y Bela—.

El atronador golpeteo de las balas contra el suelo, atravesando la uralita de la techumbre, las paredes y los oídos, adornó el camino del grupo que desaparecía por fin bajo el hormigón del primero de los muelles, allí estarían seguros frente al fuego de supresión que les dispensaba el artillero del helicóptero, pero la pequeña defensa en la puerta no impediría que tiempo después aquel puto lugar se llenara de enemigos, y todavía tenían que acercarse al segundo de los muelles.

Una densa lluvia de plomo y trazadoras surcaba el aire, haciendo papilla la cubierta superior y destrozando todo lo que se encontraba debajo. Cristales rotos y gritos roncós mientras los neumáticos de la camioneta explotaban dejándola caer en seco sobre las llantas. Tableteo de ametralladoras abrasando el cemento y ruido de motores retumbando contra las paredes de aquel refugio de mantequilla que olía a goma quemada. Foucault gritaba, tendido cerca de la Space que comenzaba a arder e iluminaba el interior del almacén, bajo la cobertura que le ofrecía Bela, rodilla en suelo, cuyo rifle escupía balas como un descosido por encima del cuerpo de su compañero. La camioneta hizo explosión una vez el incendio alcanzó el depósito de gasolina, lanzando una sombra desvencijada a varios metros de distancia y a Edouard con dirección al muelle uno, donde cayó pesadamente. Nada impedía ya que entraran la decena de efectivos que se encontraban afuera y que ya salpicaban de pasos los laterales del tejado mientras el helicóptero avasallaba el centro.

—Mierda —la voz de Irina sonaba bastante contrariada en mitad del estruendo que la rodeaba—.

Los cuatro se hallaban metidos en el mismo agujero, en el primero de los muelles, separados por una viga vertical y por un muro horizontal bastante largo y que desde allí parecía infinitamente largo, imposible de sortear. Nikita señaló hacia el techo:

—Por aquí encima pasa el tendido eléctrico, no creo que el helicóptero se aventure a rozarlo.

—Vamos —la comandante había salido subiéndose de un brinco a la parte superior del muelle, avanzando de prisa para perderse al otro lado, detrás de la enorme viga—.

—Vamos... —arengó Nikita—.

Una ráfaga golpeó el suelo de hormigón, muy cerca del “fraile” y del pequeño Paul, Igor iba detrás y pudo verlos retroceder:

—¡Cojones con que no se atreverá a acercarse al tendido!

—Atrás, atrás —gritaba Nikita, desandando el camino—, al muelle...

Otra vez en el cobijo que les daba el muelle uno, escucharon los golpes secos de las balas que se incrustaban apenas a cincuenta centímetros sobre sus cabezas, y los lamentos de Foucault. Se miraron de forma furtiva.

—Voy a buscarlo.

—No te muevas, imbécil —agarró por el brazo al joven que ya se había incorporado—.

—No voy a dejarlo ahí —comenzó a correr—.

—No lo hagas...—Tsvietaiev gritó a Nikita, quien se movía en dirección al cuerpo que se retorció diez metros delante, el muchacho había abandonado el amparo que les ofrecía el muelle de carga y avanzaba a grandes zancadas buscando a su compañero en mitad de la lluvia de fuego, metal y ruido que granizaba el suelo—.

Lo vio agarrarlo, y arrastrarlo mientras volvía, cuando las dos figuras se fundieron con la luz producida por la deflagración de la segunda camioneta, alcanzada por una ráfaga, en el muelle dos. No pudo verlos más.

—¿Niki, Niki...?

Igor agarró a Paul quien trataba de zafarse para intentar auxiliar a su amigo, observado por los ojos feroces y abiertos del “fraile”.

Aquello era un desastre. Estaban separados de la comandante, Bela, el francés y Nikita habían muerto, y el alemán también, dado que el almacén y la oficina estaban siendo devorados por las llamas, así que decidió hacerse cargo de la situación como mejor podía. Protegiendo el cuerpo de Paul con el suyo, mientras lo agarraba de los hombros, y haciendo un gesto al “fraile”, se lanzó al exterior comenzando a correr en zigzag para después de doblar la esquina del muro que separaba el primero y el segundo de los muelles, tener delante los restos envueltos en llamas del segundo de los vehículos; el gigante le seguía a unos pasos, lo notaba, y de pronto se hizo un silencio grave, extraño, pero no paró; dando brincos, avanzó con Paul bien sujeto a través del fuego y la chatarra, “fraile seguía detrás, seguía sintiéndolo, y entonces divisó el agujero oscuro de la abertura de la alcantarilla, lugar en donde encontrarían a Irina; un último esfuerzo y metió por él al muchacho, esperó unos instantes interminables a que lo hiciera también el enorme cuerpo del “fraile” y cuando el calor le devoraba el brazo se introdujo él mismo de un salto, hasta que la oscuridad suplantó a la luz y el sonido se volvió eco de jadeos y de chapoteos. El infierno silencioso quedaba detrás y algo parecido a un estruendo le llegó desde lejos, arriba, como si el helicóptero hubiera estallado en vuelo.

—Por aquí, por aquí —era la voz de Irina que sonaba entre a unos metros delante, en el propio conducto que se sacudía y reverberaba ante los reflejos de la linterna de la comandante—.

Avanzaban a gatas, reptando como podían, empujándose unos a otros mientras ganaban terreno por aquella alcantarilla que acababa cerca del depósito de

(1998)

RAY preparaba la cena en la cocina principal de la planta baja —en el tercer piso había otra, más pequeña, mandada construir en la década de los 70 cuando sus continuas depresiones originaron que apenas abandonara durante meses el estudio abuhardillado—. A ella se llegaba atravesando el pasillo que lleva hasta el exterior por la puerta de atrás, justo debajo del vado abovedado que provoca el paso alto de la enorme escalera de madera que une la zona baja con los pisos superiores. Albin y Margot se encuentran perdidos en la oscuridad que reina en el jardín nevado que se extiende con descuidado aspecto hasta el muro de mampuesto que cierra la finca, junto a unos almendros esqueléticos que muestran sus ramas desnudas y congeladas. Desde la ventana parcialmente empañada Charlie pudo ver perfectamente el edificio alargado de las caballerizas y el simbólico châtelet almenado que guarda los aperos de un jardinero inexistente.

—¿Cómo lo llevas? —el galés disponía cuidadosamente unos guisantes precocinados alrededor de las patatas y los filetes, Paltrow lo lleva bastante mal.

—No es lo que esperaba, pero de momento avanzamos —no es cierto, ni lo esperaba ni se acostumbraba a aquel continuo ir y venir del anciano, y menos a aquellas torturas con las que parecía querer acicatearlo y que inevitablemente le laceraban.

—¿Dónde anda el viejo?

—Ha sacado el perro al jardín, volverán en un momento, ¿hay novedades?

—Tienes el informe que ha preparado Brad encima de la mesa, cosas sin importancia.

Château Gabian había sido una buena elección del equipo de protección. La villa era lo suficiente grande y se encontraba apartada de la carretera principal un par de millas, no demasiado lejos de la capital, y eso es precisamente lo que les convenía. El grupo se había distribuido sin problemas tanto en los alrededores como en el propio interior y disponían de tiempo suficiente: setenta y dos horas, como para poder completar correctamente el trabajo que les había llevado allí. El piso de París resultaba una opción demasiado atrevida.

—¿Dónde está Bradley?

Ray miró de reojo sin dejar de prestar atención a sus guisantes, como un colegial que prepara un examen:

—Supongo que durmiendo, le toca el segundo turno. ¿Qué te parece? —la bandeja, preciosamente adornada, no parecía la obra de un chef; Charlie sonrió robando una patata y recordando la mano de su madre golpeándole con la palma en el dorso de la suya.

16.30: Contacto con “Viggen”, sin novedad.

16.40: Dufty y Cannon recorren el perímetro, sin novedad.

15.23: Una avioneta cruza nuestra vertical y nos sobrevuela en círculo. “Viggen” contrasta información: vuelo civil número 274—Alfa con destino De Gaulle, sin novedad.

18.00: Contacto con “Viggen”, sin novedad, todo tranquilo.

19.12: Un automóvil penetra en el perímetro y se dirige a la granja Rousseau, sin novedad.

19.30: Recorro el perímetro en solitario, sin novedad.

20.00: Contacto rutinario con “Viggen”, sin novedad.

20.47: “Pimpinela” para las 10.30 a.m. del nueve.

—¡Santo dios!, Essex llega mañana.

—¿Te extraña...?

Essex y el viejo no se iban a llevar bien, era un augurio y una certeza, todavía no habían avanzado lo suficiente. Charlie preferiría que Danny hubiera hecho aparición una vez a él le hubiera dado tiempo de desmadejar la historia, pero Brideshead lo mandaba demasiado temprano: o las cosas se estaban torciendo del todo o no confiaba demasiado en su labor, cualquiera de las dos opciones no le gustaban un pelo.

21.00: Le paso los bártulos a Brian, ¡hasta mañana!

—No sé por qué te altera tanto el gran Danny, ya sabes cómo es...

—Eso es lo que me preocupa, siempre aparece y lo jode todo con las patas de atrás.

—Pues déjalo que lo joda con las patas de delante, al fin y al cabo Brideshead lo prefiere así...

Brideshead lo prefería así, era cierto, y también que a lo largo de las pocas horas que había compartido con el viejo había sentido que podía rozar lo que trataba de decirle a él, sólo a él. “Pimpinela” iba a resultar un estorbo, y si las cosas se torcían...

—Deja de comerte la cabeza y dime si te gusta —Ray señalaba la mesa y lo que contenía.

—Bastará con esto —Paltrow volvió en sí—. Por cierto, preferiría que te quedaras con nosotros, no quiero que en la cena se me vaya.

—¿Te ha hecho proposiciones...?

—No seas imbécil, siendo tres la conversación será más amena.

—Necesitas sparring, pero recuerda que mi cultura parlanchina no da para mucho —su cultura era un pozo sin fondo y Charlie comprendía el miedo de Ray, aun-

que hasta el momento no se había mostrado ni distante ni presuntuoso—, si lo prefieres hablo del PlayBoy o del Penthouse, en soy una potencia...

—No hará falta Raymond —entró envuelto en su grueso jersey de la lana cruda y cuello vuelto, mostrando una sonrisa de oreja a oreja que reducía hasta una línea sus ojos almendrados.

La cena resultó agradecida, el buen humor que dispensó como anfitrión, les deleitó con una sabrosa disquisición sobre los pormenores vitales de Cezanne en su retiro de Aix—en—Provenze, cuestión que lejos de envarar la tertulia, haciéndola tediosa, permitió al galés reír a mandíbula batiente y de paso aprender algunas cosas sobre uno de los puntales del impresionismo francés de finales de siglo. Después de Cezanne le tocó el turno a la guerra del 14, a los recuerdos de un niño de apenas cuatro años, a lo que le contaron y a lo que vivió, y más tarde Charlie y él charlaron en entretenida conversación sobre Brideshead, su amigo, mientras Ray recogía las cosas y fregaba.

Se quedaron definitivamente solos en el saloncito de la misma planta, bajo un inmenso y solitario Renoir que ocupaba el centro de la pared principal, pintado en soberbios tonos pardos y ocre que acrecentaba la sobriedad del resto del decorado: un par de osamentas de venado custodiando, alineadas, una gigantesca cabeza de ciervo sobre unas fotografías familiares; muebles de fino acabado y el tresillo donde descansaban, enfrentados. El ventanal dejaba pasar una suave luz espectral y les devolvía los reflejos que originaba la iluminación eléctrica de una lámpara de pie situada a su espalda, frente a la pequeña estantería repleta de libros viejos.

—¿Quién cuida de la casa?

—Un par de veces al año, un antiguo mayordomo español, ya jubilado, me hace el favor de adecentarla. Hemos tenido suerte, Antonio y su mujer pasaron por aquí a mediados del mes pasado. En esta época del año prefiero quedarme en París, no aguanto la soledad en invierno, Robespierre tampoco —miró al animal que había buscado refugio entre sus piernas, de nuevo—. ¿Le importaría dispensarnos un instante?

Les dejó evaporarse y se relajó contemplando la habitación, un lugar acogedor, sin duda, pero que no encajaba con su talante, y este particular se hacía más patente tras haber pasado la tarde en el interior de su estudio. Volvió solo con un maravilloso brebaje que según contaría era receta secreta de una de las cocineras de su abuela y que había pasado de boca en boca sólo a través de sus hijas, en una especie de herencia verbal sólo para mujeres —rieron saboreándolo—, hasta quedar oculto para siempre tras la muerte, hacía seis años, de Gracielle, la última Branchu, por no disponer de hembras entre su prole; fiel al legado de su abuela se llevó a la tumba el secreto del licor a pesar de que su hijo mayor trabaja todavía hoy en un importante restaurante del centro como jefe de cocina. El líquido resultó suelto y almibarado, de co-

lor traslúcido y dorado, nada empalagoso para un paladar acostumbrado a cervezas y a whisky barato, por no mencionar la cantidad de colas y café con los que Charlie se estaba ganando a pulso una úlcera de estómago.

Un silencio relajado les embargó mientras el anciano buscaba entre una corta hilera de discos para hacer sonar, en un cuidado gramófono que descansaba sobre el aparador, una pieza orquestal que parecía tocada por un grupo de ángeles. Paltrow preguntó de forma cortés y precavida por el autor y sobre quién la interpretaba, y se encontró frente al chaman de largos dedos y pelo blanco que llevaba asustándole desde primeras horas de la tarde sin que supiera todavía por qué:

—Huya del conocimiento como de la peste, ¿qué más da quién la ha compuesto, o quién la interpreta?, déjese llevar por la melodía, sin tensiones; desboque sus sentimientos, sin freno, deleitándose con lo que siente, sólo así se accede al saber auténtico. Los nombres, las etiquetas no sirven sino para embarullarlo todo; valen para los imbéciles que no saben andar solos, pero usted no es de esos. Cuanto menos co-nozca de música y más la disfrute, más habrá ganado su espíritu.

—Antes —trataba de llevar la conversación a su territorio aprovechando el comentario sobre las sensaciones—, cuando me estaba relatando la premonición de Tsvietaiev, intuí que se guardaba algo en el tintero, fue sólo una sensación pero me gustaría hablar de ello —sonrió como única respuesta—. No pretendo seguir trabajando... —Charlie intentó una excusa absurda.

—No se excuse, me cae bien y no me importa hablar de ello —sí le importaba—. El coronel es un hombre profundamente racional —arrastraba las palabras—, acostumbrado a sopesar los pros y los contras de las situaciones bajo un punto de vista digamos que científico. Tsvietaiev ve unas figuras caminando por las grandes avenidas de Kíev, pero son simples transparencias del otro lado, fenómenos que nuestra mente convierte en arquetipos legibles, en formas reconocibles, en avisos. El coronel las rechaza entendiendo que son fruto de su imaginación...

—¿Y no lo son?

—Sin duda no —la contestación seca deja envarado al agente. Ante su lucidez y claridad se siente acomplejado. Por segunda vez en el mismo día se enfrenta a su senilidad tozuda; hay caminos que no quiere recorrer y no se atreve a azuzarlo. Su misión consiste en escuchar, en dejar que pormenore tratando de cribar aquellas informaciones que realmente tienen importancia para el trabajo, y unas figuras caminando por las calles de Kíev parecen no tener demasiada, por lo que accede a su silencio y trata de reencauzar la conversación llevándoselo por otros derroteros.

—¿Le importaría que habláramos del piloto?

—¿Qué piloto? —rieron al unísono.

—Decía que los rusos tampoco saben que no se trata de...

—Efectivamente, no lo saben. En cuanto reciban las primeras informaciones comenzarán a trabajar sobre el asunto...

—¿Y...?

—Oh, nada. Como buenos técnicos tratarán de desvelar la razón que ha llevado a uno de sus mejores pilotos a realizar una acción suicida sobre Europa occidental...

—¿Pero no ha dicho que no es militar?

—Para ellos también es un militar, ¿no lo comprende? Al igual que sus compatriotas removerán cielo y tierra hasta darse de bruces con lo mismo: que los datos son insuficientes por sí mismos, que la realidad es otra, que los informes mienten.

—Entonces ¿quién lo ha enviado?

—Eso no es relevante, de momento, y por mucho que quisiéramos tampoco podríamos saberlo ahora.

Paltrow tenía ganas de salir corriendo de aquella habitación:

—Si partimos de la hipótesis de que es un agente especial, aletargado como ha dicho usted antes, que ejerce de militar ante su propio ejército y ante el enemigo...

—¿Por qué sigue mirando a los árboles?, concéntrese en el bosque, elévese, vuele hacia lo alto y percíballo todo. El bosque es lo importante.

—Lo siento —Charlie se estaba dando por vencido, presentando la yugular, sin querer, a aquel lobo de ojos disparejos y mirada aguda que estaba disfrutando con la batalla intelectual que se estaba desarrollando.

—No sea memo, ¿qué piensa que pensarán los rusos en cuanto tengan noticia de la pérdida del MiG?, piense también en la delicada situación de la Rusia de Yeltsin, en sus problemas internos y sus relaciones internacionales... No les conviene algo así y mirarán hacia adentro.

—El Servicio de la CEI lo ha enviado para poner a Yeltsin contra las cuerdas, ¿es eso?

—No, no es eso.

—Si no es eso por qué no lo han lanzado de una forma menos estridente y escandalosa.

—Por que no habría podido realizar su misión de la misma forma que con su aparatosa aparición.

Brideshead le había enviado a enfrentarse a Anibal Leckter, estaba claro.

—Usted es británico y yo francés —pareció divagar mirando al techo elevado—, sus paisajes son verdes y grises y los míos azules —Charlie no sabía de que le estaba hablando—; tras la guerra del 14, tal vez en el 19 o en el 20, nos trasladamos durante un corto periodo a la Rivière, allí conocí el Mediterráneo, su luz y su tranquilidad infinita y sus contrastes.

El mar es siempre un buen consejero, y aprendí a leer en él —adelantó su cuerpo reposando los codos en las piernas, sujetando el vaso, en una postura que se

iría convirtiendo en un frío aviso reconocible—. Mucho antes, la familia tomaba vacaciones en Bayonne, pero el nuevo paisaje acabó por desterrar para siempre al viejo. Mi carácter ha sido siempre un reflejo de lo que percibí durante aquel tiempo, la cercanía al mar que permitió crecer las culturas fenicia, egipcia, griega, cretense o romana me caló muy dentro, lo reconozco. Estoy completamente seguro de que sin el Mediterráneo en sus ojos y cerebro ni Alejandro ni César habrían llegado adonde llegaron, ni Homero habría escrito “La Ilíada”, ni la filosofía habría surgido en el ágora. No es que niegue la importancia de la cuenca mesopotámica ni de las lejanas India y China, sin embargo es curioso —Paltrow continuaba observándolo mientras entraba de nuevo aquella especie de trance que le gobernaba mientras él hablaba—, que la cultura árabe alcance sus mayores logros también en las cercanías del Mare Internum Nostrum de los romanos —se levantó para llegarse a la botella de licor que había traído consigo y que descansaba cerca del gramófono que seguía salpicando de dulzura su monólogo—; ¿sabe que los árabes inventaron el cero? —no, no lo sabía—, sin el cero no habría cultura moderna, así de sencillo, nada de lo que podemos disfrutar como tecnología y modernidad existirían, lo que me lleva a pensar que tampoco habríamos perdido nada si nos hubiéramos quedado con los números romanos. La naturaleza, las artes, el amor y las cosas bellas no necesitan de ceros, pero no pretendo divagar —hizo otra pausa medida, calculada. El actor recuperando su papel, saboreándolo como un licor—. El Mediterráneo, y lo que me ha enseñado, me permite sentir las cosas de diferente manera. Hablo del sentir referido a la sensibilidad no a los sentidos.

Usted es típicamente sajón, un hombre que cree en la imperturbabilidad y fiabilidad de sus propios ritos: la razón manda, la ley y la norma mandan, los informes mandan, el camino recto es siempre el más breve para unir dos puntos... Bien mirado —vuelve a sentarse mientras le ofrece otro vaso del secreto de Gracielle—, no le falta razón, pero hay otros caminos, diferentes, más complicados y sin embargo más livianos; esto me lo enseñó el mar que baña las costas meridionales de Francia, Italia entera y que se reduce en el Adriático y en el Egeo, su luz y su cambiante fisionomía, sus contrastes; al final el camino largo es el más corto para el espíritu humano. Haría bien en acercarse al Mediterráneo, ¿ha leído a Durrell?

—Lo siento, creo que no.

—Me refiero a Gerald, de Lawrence no he conseguido digerir nada, demasiado pesado para mi gusto; falso, si me permite, en su concepción del Mediterráneo y su espíritu. Gerald es diferente, lleva impresa la suavidad de su oleaje rompiendo sobre la arena, el ritmo, el color y la textura de sus cielos cuando habla de sus amados animales, cuando describe Corfú o simplemente cuando manifiesta su fino humor inglés, pero claro, a ello también ayudará que nació en la India. Durrell es un mestizo, una perfecta simbiosis de la racionalidad británica y la dulzura mediterránea —parecía

una rúbrica a lo dicho—, y además le gusta la bebida... Graves es otro tanto, un poco más racional, más embebido por la fragancia de la historia, pero mestizo también. ¿Es creyente?

—¿Quién?

—Usted...

—A veces —Charlie contestó casi sin querer observando cómo Ray se acercaba al dintel de la puerta, levantándose para escuchar lo que tenía que decirle:

—Si no me vas a necesitar me voy a mi habitación. “Viggen” dice que todo sigue en orden y Margot y Albin siguen en sus puestos, nada nuevo. Brian está en la cocina. Cuando quieras descansar, me despiertas ¿OK?

—De acuerdo Ray, descansa que mañana será un día muy largo —volvió a tomar asiento.

—Raymond parece un buen muchacho...

El silencio se volvió a apoderar de ambos hasta que el anciano retomó con pertinaz regusto su anterior comentario:

—Yo era creyente y practicante de la fe católica hasta la edad de dieciocho años, en aquel momento decidí dejar de creer en los ritos inútiles y comenzar a cultivar los realmente útiles...

—¿Y cuáles cree que son? —tenía gracia la distinción y en aquel variopinto y divagante tema de conversación Paltrow creyó entrever el inicio de una nueva sesión de trabajo, se equivocaba.

Él le miraba risueño, como había hecho antes, y no contesta hasta terminar de paladear un sorbo de su vaso.

—El disfrute de la buena comida, la bebida, la amistad, el amor, la pintura, la música mejora cuando se accede a través del rito; sus propios esquemas de comportamiento, matrices y jerarquías afloran delicadamente... sin el rito no valen nada, como el fumar por fumar.

—Pero usted no fuma...

—No fumo ahora, me lo tienen prohibido aunque de vez en cuando me tomo ciertas libertades... —abrió sus brazos en un intento por desvelar lo evidente.

—De todas formas hay quien cree que es simplemente un vicio...

Chasqueó la lengua e hizo un mohín de rechazo:

—Paparruchas, todos los ritos acaban por convertirse en vicios tarde o temprano, la seguridad en Fundación..., hasta la misma religión; en cuanto se quedan vacíos ¡zas! el rito se vuelve un enemigo invisible que apenas se reconoce, y tenemos delante al enigmático y vilipendiado vicio... porque el vicio, a su manera, es tan útil como el rito. El rito, acrecienta nuestra inteligencia y sensibilidad, y el vicio las disminuye acercándonos a lo que en realidad somos: seres inservibles, miedosos, carentes de autonomía..., mostrando también su utilidad —su mirada empezaba a volverse

turbia y Charlie temió que la conversación le llevara a uno de sus temibles estados de melancolía agónica, pero reaccionó a tiempo—. Dejemos eso —le dijo—, ¿se imagina por un momento lo que puede estar ocurriendo en el Kremlin en estos momentos?

No, no se lo imaginaba, pero él se lo iba a decir.

—Tras unos primeros momentos de silencio, alguien que cree en los informes y en los datos habrá decidido que ya es hora de avisar al presidente. Un piloto se ha saltado todos los protocolos y ha atravesado las líneas enemigas para caer abatido sobre Gran Bretaña. ¿Quién ha dado la orden? Nadie lo sabe pero se intuye que hay quien trata de poner a Rusia contra las cuerdas en unos momentos bastante delicados. ¿Hacia dónde cree que mirarán?

—Hacia el propio ejército...

—Me sigue. El fantasma espectral de un nuevo golpe de estado agobia a los integrantes de la Duma y del propio gobierno, Rusia no está para convulsiones y sin embargo cada día tiene su nueva ración. ¿Quién sospecharía que haya podido ser el propio Servicio M quien ha colocado en funcionamiento una “matrioska”?

—De momento nadie...

—Exacto... —adelanta su índice, como cargado con munición—, de momento nadie en su sano juicio puede pensar nada y para cuando se den cuenta habrán perdido un tiempo precioso, el mismo que gana el agente. Si lo hubieran integrado como un “M” normal, sin querer habría dejado un rastro legible, pero siendo un militar que se evapora, seguido por los militares y el Servicio Secreto británico, mientras los políticos y responsables rusos e ingleses siguen mirando los informes sin ver nada, su rastro es un rastro ilegible porque no coincide con lo que se espera de un piloto huido; nadie cree que haya un nuevo “M” ruso en Inglaterra porque no ha accedido a través de los canales habituales, ni falta que le hace... Están buscando huellas como quien busca un cubito de hielo en una bañera repleta de agua caliente. ¿Y en Rusia...? —se relaja un instante y saborea un nuevo sorbo, deleitándose—: ... en Rusia el vértigo habría podido originar que se abortase la misión, y quien la ha organizado espera que todo funcione como siempre, hasta que el hombre esté en su sitio y ya sea demasiado tarde para detenerlo.

—Pero seguimos sin saber de qué se trata su misión...

—Efectivamente, pero puedo asegurarle que para cuando Moscú o el Fifth Floor despierten no sabrán dónde buscarlo, y que para aquel entonces puede encontrarse en el mismísimo urinario privado de la reina, listo para actuar. ¿Seguimos entonces?

¿Por dónde? Charlie se encontraba desarmado, Essex estaba a punto de llegar y lo único que tenía entre las manos era un montón de conjeturas y varios hechos de una importancia incuestionable que a primera vista no tenían ni pies ni cabeza: un agente ruso se había infiltrado —era un decir— en Gran Bretaña en una extraña misión de la que no se sabía nada; otro agente ruso había sido abatido y encontrado

poco después en Budapest, y al menos éste llevaba un microfilm; Fundación había sido saqueada desde dentro y la información parecía haber llegado a manos poco convenientes, y para remate unos extraños sucesos en China y una extraña conversación cerca de donde se encontraban... Ah, sí, quedaba por ver lo que daban de sí el Coronel Tsvietaiev y la aparición sobre el papel de Danzig..., pero nada de ello parecía confluir en la inevitable mala situación que estaba pasando Heracles ni en la razón oculta que le había llevado a Brideshead a enviarlo allí.

—Antes de terminar por hoy me gustaría que me hablara de Danzig —arrancó al fin.

—¿Alan Danzig? —asintió con la cabeza.

—Danzig no es un personaje importante, al menos de momento, ¿no preferiría que habláramos de Ajmàtov o del propio Tsvietaiev, o que siguiéramos charlando sobre banalidades? —rió abiertamente.

—No veo por qué no podemos empezar por Danzig... —Paltrow río también.

—La razón por la que todavía no quiero hablar de Danzig es porque aún nos movemos en el campo de la épica romántica donde surge esta historia, Danzig entrará luego aunque haya aparecido brevemente en un pasaje primerizo; forma parte del vicio de esta historia, también es útil pero de momento prefiero centrarme en el auténtico rito que nos permitirá descender con seguridad.

La conversación había dejado en la mente del agente un sabor amargo, premonitorio y agrio en cierta manera.

Estaba en sus manos como un ciego lo está de su bastón mientras recorre una calle desconocida, y él lo sabía. Su tozudez iba a obligarle a dejarse llevar adonde quería sin que sus recelos y precauciones, o la cantidad de informes que había leído sobre su forma de actuar le sirvieran para lo más mínimo. Accedió al fin, al menos una parte de él lo hizo, la otra quedaba en guardia mientras trataba de recomponer sus descompuestos esquemas mentales frente a una lucidez fría como el hielo que selló la tumba de Ajmàtov. El disco había terminado y él, gentilmente, pidió a Charlie que le diera la vuelta, y mientras caminaba hacia el gramófono tuvo la sensación de que trataba de apaciguar sus miedos permitiéndole llegar a los datos que solicitó en un principio y que ahora podía leer en el papel circular que decoraba en rosas, azules y negros el centro del vinilo lustroso y cuidado. Algo en su interior se rebeló: si accedía nunca entendería el maldito rito iniciático que encerraba el desconocimiento de nombres y fechas; debía seguirle y para ello tenía que comprender primero lo que guardaba veladamente y con tanto ahínco. Giró la superficie brillante, buscó a tientas el brazo que sostenía la aguja y le miró mientras él le devolvía una mirada calculada, sopesándole.

—No tema, sucumbir a nuestros vicios tampoco es enteramente malo y de paso evitará rayar la superficie de lo que tiene en las manos.

«Lo que tiene en las manos», ¿por qué se había referido al disco como «lo que tiene en las manos»? «Hábil en el hablar y en el mentir», era un aviso que había leído. «Certo e inteligente, goza de una soberbia cultura», dos párrafos más tarde. «Su inteligencia y su sensibilidad hacen de él un neurótico obsesivo, puntilloso y perfeccionista que sufre graves crisis depresivas», dos folios atrás. Manejaba las palabras y los sentimientos a su antojo, era un perfecto artista que improvisaba, decía, mentía, callaba y se cerraba con la misma facilidad, pero Charlie le hizo caso. La aguja descansó suavemente sobre los surcos y se decidió a hablar sin tapujos ni paños templados:

—¿Por qué trata de jugar conmigo?

—Debussy, Claude Debussy —no le miró.

—Trato de... —Paltrow balbuceó como un adolescente— trato de cumplir con mi trabajo, sólo eso, como comprenderá... —maldijo para adentro y trató de mantener el tipo sin perder los estribos—. No lo vuelva a hacer, se lo ruego.

—¿El qué?, yo no juego, es usted quien juega; me limito a llevarle por el camino que considero correcto. Se le está escapando el tiempo entre los dedos y no sabe cómo, eso le altera, tiene miedo y no me extraña —hablaba seriamente, sin levantar la cabeza—. Mañana llega el Essex ese y usted le teme porque él sabe leer en los informes. Lo imagino tratándome con condescendencia, como le hablaría a un abuelo, porque los informes preliminares le han descubierto que soy un anciano venerable. Lo imagino desde su prepotencia, leyendo lo que usted intuye, tamiza y racionaliza, y sacando sus propias conclusiones. Lo imagino pensando que desvarío y que todo lo que le cuento es fruto de mi imaginación, ¿qué se puede esperar de un viejo? Intentará llevarme a su terreno, me hará preguntas estúpidas con la intención de que caiga en sus redes, buscará las paradojas, las incongruencias y me las restregará —sonrió—, con la debida delicadeza, por mi ajada cara, para que entienda que él es el inteligente y yo únicamente una herramienta del gran juego. ¿Sabe? —miró a Charlie con los ojos bien abiertos— creo que ya va siendo hora de que Douglas cambie el organigrama de su «Copycat», usted vale mucho más que el Essex ese, es usted y no él quien ve, es usted y no él quien rastrea encontrando, él sólo busca...

Había descrito a Danny como si lo conociera de toda la vida y Paltrow se sintió profundamente incómodo tratando de seguir las pautas de su particular plan de vuelo sin acostumbrarme del todo a llevarlo de compañero, mal que le pesara. Brideshead le había dado una patata caliente que tenía la obligación de pelar para el gran Danny; tal vez la operación no se había preparado con la suficiente antelación y precaución, tal vez fuera un peso demasiado pesado para sus espaldas de analista que lleva sólo tres años ocupando un puesto secundario en la organización, el caso es que se sentía azorado, inquieto, fuera de lugar...

—No sea chiquillo. Trato de que vea las cosas como las veo; podría ser su abuelo, lo siento —parecía sincero—. Si no consigue seguirme no llegará a ningún si-

tio; me gusta, usted me gusta, ya se lo he dicho antes —¿le adulaba?—, Douglas ha hecho una buena elección pero no cometa el error de pensar que lo que necesita es elaborar los malditos informes para Essex.

—Essex no tiene nada que ver en esto.

—Oh, sí, sí que tiene que ver, es Essex quien le roba más tiempo...

Charlie trató de cambiar de tema, demasiado Danny para un mismo día:

—No creo que el tiempo estuviera jugando en nuestra contra si se ciñera...

—Oh, sí, sí que lo hace —le interrumpió levantando los brazos, ahuyentando sabe dios qué demonio—, el tiempo siempre juega en campo contrario, no lo olvide. No hace falta que nos traslademos a la buhardilla, suba y recoja su cuadernillo y su lápiz, no deje de bajar tampoco sus gafas, y vuelva aquí, estaremos más calientes —miró alrededor, calmado—, esta es la habitación más cálida de todo el edificio, aquí mismo podremos continuar durante unas horas más.

A su manera le está pidiendo perdón, agradeciéndole el trato que había recibido, y también a su manera le está recordando sus obligaciones, cosa que disgustaba a Paltrow. Brian le hará el favor de bajar los trastos de su efímero e inútil trabajo, con su oído y memoria bastaría si no fuera por la maldita sensación de precariedad que le secaba la garganta y atenazaba la boca del estómago. Se preparó para una nueva sesión.

—¿Por dónde empezamos?

—¿Qué tal por donde lo dejamos?

—Eso resultará difícil —Brian les interrumpe delicadamente para retirarse de nuevo—, no sé si lo entiende, pero en los prolegómenos hay demasiada información, demasiados flecos que deben ser atados de forma meticulosa si no queremos perdernos.

Lo entiende, pero no sabe cómo continuar y se lo dice.

—¿Algún nombre en especial que no sea Danzig, alguna fecha, alguna cuestión en particular? —su semblante parecía gozoso mientras Charlie se va calmando y recobra el espíritu de la misión. Aparentemente el anciano estaba perdido sin estarlo del todo, planeaba muy alto, lejos de los pequeños tentáculos que había tratado de tenderle el Paltrow analista entrenado en los usos y costumbres de la casa, a lo largo de toda la tarde, y se materializa en su mente la certeza de que sabrá lo que él quiera que sepa, cuando él quiera y siempre que se encuentre lo suficientemente despierto como para entender lo que quiere decirle, de otra forma no obtendrá nada, las reglas del juego han sido definitivamente establecidas por el anciano. Charlie necesita darle un pie para que continúe, pero zozobra y busca la seguridad de sus anotaciones en su cuaderno, a través de sus gafas.

—Deje eso, los vicios también hay que saber administrarlos.

—¿Entonces?

—Lo que usted quiera, se lo ruego —vuelve a abrir los brazos, solícito pero no tanto.

—Bien, sigamos con Tsvietaiev si le parece —podría haber mencionado a su madre que lo mismo le habría dado para salir de aquella situación.

Un ladrido seco, lejano, le salva obligándole a acercarse a la ventana mientras él se queda silencioso en su butaca.

—¿Ocurre algo? —pregunta.

—Espero que no —el ladrido de nuevo mientras mira detenidamente hacia el portón enrejado. Nada.

Pasados unos momentos, la tensión se disipa cuando divisa el parpadeo intermitente de la linterna de Margot, en su puesto bajo los árboles que custodian la entrada, le ha visto. No hay problemas. Château Gabian está situado en una explanada amplia, llena de pastizales donde se alimentan las reses de las granjas cercanas, todo ello rodeado de árboles y vallas y caminos rurales que las unen entre sí. A lo lejos se pueden ver las luces de una de ellas, seguramente de allí proviene el ruido: estarán dando de comer a los perros, o simplemente vigilando los alrededores, o casi con certeza el animal ladra el paso de algún automóvil que se dirige a la carretera.

La luna está alta y destaca sobre el horizonte con un brillo azulado que se desparrama sobre el pasto parcialmente nevado, los ojos de Charlie se detienen un instante mirándola.

—¿No usan radios y esas cosas? —se vuelve—. Quiero decir que en las películas, y en algunas novelas, el jefe del operativo siempre se comunica con sus subordinados a través de costosos y complejos chismes.

—Nada es seguro, al menos no tan seguro como el propio silencio. Tenemos nuestros propios códigos que nos mantienen alejados de los problemas sin necesidad de alertar a un posible enemigo; nunca se sabe —agradece la oportunidad de informarle de algo y piensa en los cachivaches electrónicos que les custodian desde el interior del equipo móvil que cuida de que nadie entre en su perímetro, y las defensas pasivas que Brad y Ray han dispuesto en la propia casa.

—¿Y quién se supone que es el enemigo? —aquel extraño brillo en sus ojos, otra vez.

—Siempre me dicen quién es el enemigo.

—¿Quiénes?

—¿Quiénes qué?

—¿Quiénes le dicen quién es el enemigo, sus superiores? —Charlie juraría que estaba dispuesto a darle otro varapalo, lo vio encendido a través de sus ojos.

—¿Adónde quiere llegar?

—Alguien escribió una vez lo curioso que resulta que cuando un hombre, un muchacho, tiene que jugarse lo más sagrado que posee, su propia vida —gesticulaba

con la mano—, sea siempre otro quien decide cuándo, cómo y contra quién debe hacerlo... —el fuego se estaba apagando.

—¿Un pensamiento pacifista...?

Pareció perderse, por un momento el silencio se adueño de él y también por un momento Charlie pensó que le iba a dar tregua, se equivocaba como ya había hecho demasiadas veces a lo largo de la velada.

—Es una realidad como un puño —su mirada volvía a ser fría como un témpano.

Tenía intención de haberse sentado, pero temió hacerlo.

—¿Saben realmente sus superiores quién es el enemigo o sencillamente se lo inventan para seguir en sus cómodas poltronas? —el cerebro de Paltrow recaló en la misma pregunta que tantas veces se había hecho sin atreverse a contestar.

—Supongo que forma parte del juego —dijo al fin.

—¿Qué juego?

—Oh, cielos, ya sabe, el gran juego, la gran partida que juegan las potencias... ¿habrá oído hablar de la Guerra Fría y esas cosas? —estaba buscando la paz en el lugar equivocado.

—El juego grandilocuente tampoco existe —parecía meditar en voz alta—; dudo que exista o haya existido alguna vez un juego que merezca que un solo hombre o mujer pierdan la vida en él. La gran mentira sí...